LA RUINA DE LA CIVILIZACIÓN ANTIGUA

GUGLIELMO FERRERO

SIRUELA BIBLIOTECA DE ENSAYO

LA RUINA DE LA CIVILIZACIÓN ANTIGUA

GUGLIELMO FERRERO

SIRUELA BIBLIOTECA DE ENSAYO

Guglielmo Ferrero

La ruina de la civilización antigua

Traducción del francés de
José Manuel Fajardo

Siruela

Biblioteca de Ensayo 132 (Serie Mayor)

Edición en formato digital: enero de 2023

Título original: La ruine de la civilisation antique

En cubierta: Plancha 15 original, Institute of Art,

Mineápolis © de la fotografía, Rawpixel

Diseño gráfico: Gloria Gauger

© De la traducción, José Manuel Fajardo

© Ediciones Siruela, S. A., 2023

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Ediciones Siruela, S. A.

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

www.siruela.com

ISBN: 978-84-19553-57-7

Conversión a formato digital: María Belloso

Índice

1. Las causas profundas

2. La crisis del siglo III

3. Diocleciano y la reforma del imperio

4. Constantino y el triunfo del cristianismo

5. En el siglo III y en el XX

1

Las causas profundas

Se cree por lo general que la civilización antigua se extinguió poco a poco tras una agonía de varios siglos. Esa opinión no es para nada conforme a la verdad, al menos en lo que concierne a Occidente. En el momento en que el emperador Alejandro Severo fue muerto por sus legiones sublevadas, en el año 235 de nuestra era, la civilización antigua todavía estaba intacta en Europa, en África y en Asia. Desde el fondo de sus templos, edificados o restaurados en el transcurso de los últimos siglos con toda la magnificencia que permitía una prosperidad creciente, los dioses del politeísmo griego y romano y los dioses aborígenes, helenizados o romanizados, de las provincias que no eran griegas ni latinas, velaban por el orden social de todo el imperio. Del fecundo seno del politeísmo había nacido incluso, durante los últimos dos siglos, un culto nuevo, el culto de Roma y de Augusto, que a principios del siglo III todavía simbolizaba, de las orillas del Rin a las del Éufrates, la majestuosa unidad del imperio. Con una especie de mezcolanza cosmopolita, densa y colorida, de helenismo, romanismo y orientalismo, una civilización brillante y superficial se extendía, cual costoso barniz sobre una loza rústica, por todo el imperio.

Dos aristocracias, una imperial, que residía en Roma, otra provinciana, que residía en las ciudades secundarias, habían sido preparadas por las culturas griega y latina, o por las dos juntas, para gobernar el imperio con sabiduría, justicia y magnificencia. Las bellas artes —escultura, pintura, arquitectura— florecían, si bien, al tener que satisfacer los gustos de un público demasiado vasto y cosmopolita, habían perdido la simplicidad y la pureza de las grandes épocas. La filosofía y la literatura eran cultivadas con celo, aunque sin gran originalidad, por una creciente multitud de hombres y mujeres de las clases medias y de las clases superiores. En todas partes, incluso en las pequeñas ciudades, se multiplicaban

las escuelas. Los estudios que entonces se tenían en más alta estima, los que se cursaban con mayor fervor y se consideraban dignos de las mayores distinciones, eran los de jurisprudencia. El imperio rebosaba de juristas. Las cualidades que hacen a un gran jurisconsulto —la perspicacia, la sutileza, la fuerza dialéctica, el sentido de la equidad— eran las que conducían directamente a los más altos cargos de los tribunales y del ejército. Traer justicia al mundo, mediante un Derecho que fuera obra pura de la razón y de la equidad, se había convertido en la misión de un gran imperio fundado por numerosas guerras: noble y elevada misión entre todas las que podía proponerse un Estado del mundo antiguo, que hacía cabal realidad la gran doctrina de Aristóteles según la cual el supremo propósito del Estado no es la riqueza, ni el poder, sino la virtud. En todas las provincias, las ciudades, ya fueran grandes o pequeñas, se esforzaban en construir bellos edificios, en abrir escuelas, en organizar fiestas y ceremonias suntuosas, en propiciar los estudios más favorables para la época, en velar por el bienestar de las clases populares. La agricultura, la industria y el comercio prosperaban, las finanzas del Estado y de las ciudades todavía no estaban en muy malas condiciones, y el ejército era aún lo bastante fuerte como para imponer a los bárbaros, que merodeaban por las fronteras, el respeto al nombre de Roma.

Cincuenta años más tarde, todo eso ha cambiado. La civilización grecorromana agoniza junto con el politeísmo. Los dioses huyen de sus templos abandonados y ruinosos, para refugiarse en los campos. Las refinadas aristocracias que gobernaban el imperio con tanta magnificencia y justicia, y que habían levantado el gran monumento del derecho racional, han desaparecido. El imperio es presa de un despotismo que es a la vez débil y violento, que recluta a su personal de funcionarios civiles y militares entre las poblaciones más bárbaras del imperio. Las provincias de Occidente, incluidas la Galia e Italia, están arruinadas casi por completo. Los campos y las pequeñas ciudades se despueblan; lo que queda, tanto en hombres como en riquezas, va a congestionar algunos grandes centros; los metales preciosos desaparecen; las artes y las ciencias decaen. Mientras que los dos siglos precedentes fueron de esfuerzos para lograr una gran unidad política en el imperio por encima de la inmensa variedad de religiones y cultos, la nueva época que comienza va a crear una gran unidad religiosa en medio de la

parcelación del imperio. La civilización grecolatina, destruida en sus elementos materiales por la anarquía, la despoblación y la ruina económica, ve descompuesta su vida espiritual por el cristianismo, que reemplaza el politeísmo por el monoteísmo y se esfuerza en levantar una sociedad religiosa universal, únicamente preocupada por el perfeccionamiento moral, sobre las ruinas de la mentalidad política y militar. En resumen, la civilización antigua ya no es más que una inmensa ruina. No habrá esfuerzo humano que consiga impedir su derrumbe final. ¿Cómo explicarse semejante cambio? ¿Qué es lo que ha sucedido pues durante esos cincuenta años?

I

Para comprender esa gran crisis de la civilización humana hace falta remontarse a los inicios del imperio y comprender la naturaleza de la autoridad imperial tal como esta se formó en el seno de la pequeña república latina. Los historiadores insisten en hacer del emperador romano, durante los dos primeros siglos de nuestra era, un monarca absoluto, concebido según el patrón de las dinastías que gobernaron Europa en los siglos XVII y XVIII. Y, en verdad, el emperador romano se parecía a los monarcas de esos siglos en que su poder duraba tanto como su vida, así como en que ese poder, si bien no se puede decir que fuera propiamente absoluto, era lo bastante grande como para que lo que lo diferencia de un poder absoluto no resulte inmediatamente visible a la mirada de mentes habituadas a las formas y a los principios del Estado moderno. Sin embargo, el imperio romano se diferencia de la verdadera monarquía, sea antigua o moderna, en que en él nunca se reconoció, hasta Septimio Severo, el principio dinástico o hereditario como base de su organización.

El emperador solo adquiría sus poderes gracias a una elección, como los magistrados republicanos: el parentesco y el nacimiento nunca fueron considerados como títulos legítimos para su autoridad. Es cierto que en muchas ocasiones una misma familia detentó el poder durante varias generaciones, pero eso fue siempre por razones fácticas, no por derecho. En todas las ocasiones, el

historiador puede rastrear esas razones fácticas. Esta diferencia bastaría para hacernos concluir que, hasta Septimio Severo, el imperio no fue una monarquía absoluta, sin que tampoco se le pueda llamar una república. Fue un régimen intermedio entre uno y otro principio; y ese carácter incierto le causó debilidades cuyo estudio los historiadores han descuidado demasiado, pero que ejercieron la mayor influencia sobre el destino de la civilización grecolatina.

En todo sistema político no fundado en la sucesión hereditaria, sino en la elección, el gran problema es encontrar un sistema electoral que impida que el principio electivo sea falseado en su aplicación por el fraude o por la violencia. Por numerosas razones que sería demasiado largo examinar aquí, pero las principales de las cuales derivan precisamente del carácter incierto de la autoridad imperial, Roma no logró fijar las reglas de la elección del emperador de manera que fuera imposible cualquier duda sobre el procedimiento, y las tentaciones de fraude y de violencia quedaran así descartadas. En principio, el emperador debía ser elegido por el pueblo romano en los comicios. Eso es tan cierto que podemos afirmar que, al menos hasta Vespasiano, la lex imperio por la que se le confería el poder fue sometida a comicios y aprobada formalmente por estos. Pero sabemos también que, bajo el imperio, los comicios no eran más que una ficción constitucional y que votando la lex imperio no hacían más que sancionar el texto del senadoconsulto mediante el cual el senado había conferido el poder al emperador. El cuerpo que legitimaba efectivamente la autoridad del emperador, confiriéndole el poder constitucional, era pues el senado. El senado habría debido en consecuencia elegir también al emperador, a quien tenía la capacidad de otorgar poderes legales. Pero, por diferentes razones de orden político y constitucional, el senado no fue capaz de reivindicar ese poder de modo que pudiera ejercerlo en todos los casos y con toda la libertad necesaria: si bien es cierto que algunas veces escogió e impuso durante el imperio el jefe de su elección, también lo es que, en otras, tuvo que contentarse con ratificar la hecha por otras fuerzas sociales. Nerva, por ejemplo, fue elegido por el senado, pero Tiberio le fue impuesto por una situación política y militar que no tenía nada en común con la visión y las preferencias de la ilustre asamblea; Claudio y Nerón fueron impuestos por los pretorianos; Vespasiano, por la victoria y por los soldados. De Nerva

a Marco Aurelio, durante el periodo más brillante del imperio, se adoptó un sistema mixto: el emperador escogía dentro del senado, y de acuerdo con el senado, al hombre que le parecía más cualificado para sucederlo, lo adoptaba como hijo y lo asociaba al poder como una ayuda y un adjunto.

Muerto el emperador, el senado, al conferirle al hijo adoptivo el poder imperial, no hacía sino ratificar una elección a la que ya había dado su consentimiento. En suma, en el imperio había un cuerpo que podía y debía elegir al emperador, pero ese cuerpo, el senado, no siempre tuvo la autoridad y la fuerza necesarias para ejercer plenamente su poder, y con frecuencia, en lugar de elegir al emperador, se limitó a ratificar la elección realizada por otros. Sin embargo, esa función la mantuvo siempre: ningún emperador vio legitimada su autoridad antes de recibirla del senado mediante la lex imperio. El senado romano, bajo el imperio, podría compararse pues a los parlamentos de muchos estados modernos que, en principio, deberían escoger, aunque en realidad no suelen hacer más que legitimar mediante su aprobación, a los gobernantes, que son elegidos por la corte o por camarillas poderosas ajenas al parlamento. Esa es la razón por la que los historiadores modernos muestran un gran desdén por el senado de la época imperial, al que consideran como una momia dejada en herencia por la República al imperio, venerable, ciertamente, pero inútil y molesta en la nueva constitución. En el siglo XIX se han hecho demasiadas revoluciones y se ha confundido con demasiada asiduidad la autoridad con la fuerza como para poder apreciar con justeza una institución cuyo papel era imprimir a la autoridad imperial el carácter indeleble de la legitimidad. Pero ahora que la revolución, bruscamente despertada en el fondo de las estepas, avanza hacia las fronteras de la civilización occidental, sería útil y juicioso esforzarse en comprender cómo la prosperidad del imperio durante el primer siglo se debió en parte a una institución que a muchos de los historiadores modernos les parece inútil porque su función era más formal que substancial.

II

Por más que la mayor parte de los historiadores, siguiendo el ejemplo de Mommsen, se obstinen en inmolar al senado, víctima expiatoria, sobre la tumba de César, no cabe ninguna duda de que continuó existiendo y gobernando el imperio después de desaparecido César; pero en la segunda mitad del primer siglo, hizo lo que un viejo árbol que, después de un injerto da de nuevo frutos. Se renovó; adquirió nuevo prestigio, gobernó el imperio con una energía y una sabiduría capaces de aguantar la comparación con las mejores épocas de la República. ¿Cuáles fueron las razones? ¿Cuál fue el injerto milagroso que produjo la transformación del tronco envejecido? Vamos a intentar explicarlo brevemente.

Durante el primer siglo del imperio, que fue una era de prosperidad y de paz, muchas de las familias nativas del norte de Italia, de la Galia, de Hispania, del África septentrional, se enriquecen y conforman por todas partes las nuevas aristocracias locales.

Como es natural, la riqueza provoca en esas familias el deseo de brillar y de predominar; buscan pues, en medio de la paz que las rodea, un modelo a imitar para refinarse, para volverse dignas de la admiración popular y convertirse en una auténtica aristocracia dotada de superioridad intelectual y moral sobre la masa de población pobre o de mediana fortuna. Con la rara excepción de algunas familias, que buscan ese modelo entre las cenizas todavía calientes de las tradiciones nacionales y de las épocas en que eran independientes, la mayor parte lo encuentra en Roma y en la nobleza romana; y no tanto en la nobleza dividida, derrochadora, fastuosa, poco activa, indócil y débil a la vez, de la época de la dinastía Julio-Claudia, como en la imagen solemne y venerable que Cicerón, Salustio, Horacio, Virgilio y Tito Livio habían dibujado de la vieja aristocracia romana adornándola con deslumbrantes colores. Porque la gran literatura latina no fue una distracción de ricos señores ociosos y curiosos, sino el órgano más noble del poderío romano, el vehículo elegante que propagó a la vez el conocimiento de la lengua latina, el gusto por las bellas letras y las doctrinas morales y políticas en las que la aristocracia romana creía, entre las nuevas élites que, de generación en generación, se formaron en las provincias de Occidente y en África, emergiendo de la confusa igualdad de los vencidos. Educadas por preceptores latinos, las nuevas generaciones estudiaron a los grandes autores

como maestros no solo de la forma, sino también del pensamiento y del sentimiento; crecieron teniendo ante sus ojos el maravilloso modelo de la antigua nobleza romana, no como esta efectivamente había sido, sino como la había pintado, depurada de sus vicios y debilidades, el pincel luminoso de Tito Livio en el gran marco de su historia inmortal; se prendaron de sus virtudes idealizadas por el arte: la simplicidad, la entrega cívica, la bravura en la guerra, la fidelidad a las tradiciones civiles y religiosas; estaban persuadidos de que la más elevada ambición que podía tener un hombre era la de ser admitido en esa aristocracia y en el senado que la representaba.

Hasta Nerón, sin embargo, el espíritu excluyente de la vieja Roma siguió siendo muy fuerte. Pocas de las grandes familias de provincias consiguieron traspasar las puertas del senado. Este estuvo compuesto casi únicamente por familias originarias de la Italia central: una aristocracia demasiado restringida para un imperio tan grande y con tantos vicios viejos y nuevos que roer. Un siglo de paz no había sabido cómo apagar la discordia y las rivalidades que siempre habían dividido a esas familias; al contrario, había exacerbado aún más el orgullo y el espíritu de exclusión que habían caracterizado, en todas las épocas, a la vieja nobleza romana. A esos defectos antiguos se habían sumado los nuevos: el frenesí por el lujo y una especie de escepticismo que la inclinaba a jugar incluso con los más peligrosos exotismos. Causa principal de las serias perturbaciones que agitaron al imperio desde Augusto hasta Nerón, esa aristocracia, demasiado restringida y envejecida, quizá hubiera llevado a su pérdida si en las provincias no se hubiera formado una nueva aristocracia que, injertada en el viejo tronco, debía darle al senado un vigor nuevo.

Quien supo llevar a cabo en tiempo oportuno esa delicada operación fue Vespasiano. La terrible guerra civil que se desencadenó tras la muerte de Nerón puso fin al egoísmo inveterado y al espíritu de exclusividad de la antigua aristocracia. El peligro había resultado demasiado grave: todos los hombres de buen criterio comprendieron que hacía falta renovar y reforzar el cuerpo político encargado de escoger y ayudar a los emperadores; y Vespasiano pudo llevar a cabo sin demasiadas dificultades una gran reforma que pocos años antes habría resultado imposible. Los

historiadores de la Antigüedad nos cuentan que, habiendo asumido la autoridad de censor, escogió mil familias entre las más importantes de las provincias y las inscribió en la orden senatorial y en la orden ecuestre, las hizo venir a Roma y reconstituyó de arriba abajo la aristocracia romana. Vespasiano merece, por esta reforma, ser considerado como el segundo fundador del imperio después de Augusto, porque supo darle una aristocracia nueva, en muchos aspectos superior a la antigua. Llegada de provincias, esta aristocracia era más ahorradora, más simple y de costumbres más austeras, más activa, más seria y sobre todo más devota de la gran tradición romana, republicana y aristocrática que la vieja aristocracia originaria de Italia, a la que las guerras civiles, el éxito, la riqueza y la paz del primer imperio habían echado a perder. En una de esas sorpresas que llenan la historia con sus caprichos misteriosos, los nietos de los galos, hispanos y africanos derrotados por Roma, ¡fueron romanos más verdaderos que los descendientes de aquellas familias de la Italia central que habían conquistado el imperio! El espíritu de Roma, moribundo en Italia, revivía en las provincias.

Tácito, Plinio el Viejo y Plinio el Joven en literatura, Trajano y Adriano en política, representaron esa nueva aristocracia provinciana que, con sinceridad y firmeza, aplicó los principios políticos y morales de la República al gobierno del imperio, y supo adaptarlos a la nueva situación del mundo, conciliándolos con el arte y la filosofía del helenismo, y creando mediante esa fusión de romanismo y helenismo la verdadera civilización del imperio. Durante el siglo que esa aristocracia gobernó, el mundo pudo disfrutar de una gran tranquilidad y prosperidad porque la autoridad del senado fue respetada a la vez que lo era la del emperador, porque entre estos dos nunca hubo esos choques y antagonismos imaginados por los historiadores que quieren, a cualquier precio, hacer del imperio de los dos primeros siglos una monarquía. Tal y como ya hemos dicho, el senado escogía, de acuerdo con el emperador, a aquel que debía sucederlo; el Estado era una auténtica república gobernada por el senado y por el emperador, respetuoso el segundo de los derechos del primero, y el primero de la autoridad del segundo como el más eminente y poderoso de sus miembros. Nunca se levantó duda alguna sobre la elección de los emperadores, ni sobre las condiciones requeridas

para que esta fuera legítima. El gran defecto de la constitución imperial fue así momentáneamente soslayado; la autoridad de Trajano, de Adriano, de Antonino y de Marco Aurelio fue reconocida por todos, sin ser minada, como la de Tiberio, Claudio y Nerón, por la oposición secreta e irreductible de la nobleza; y al no ser debilitado por discordias demasiado violentas en el seno del grupo todopoderoso que tenía el gobierno entre sus manos, el Estado romano pudo, en el transcurso de ese siglo, realizar grandes obras de paz y de guerra en el inmenso imperio.

III

Pero los principios de una civilización y las clases que están encargadas de aplicarlos se desgastan con el tiempo. Por bien preparada y fuerte que fuera, esa aristocracia, que había formado la élite de tantas provincias, no escapó a ese destino común. Poco a poco fue desintegrándose, en parte, como todas las aristocracias, por agotamiento interior, y en parte porque fue poco a poco descompuesta por las filosofías y las religiones de espíritu universal que actuaban sobre ella desde fuera. El romanismo era una doctrina nacional y aristocrática, y por consiguiente exclusivista; una especie de carcasa dentro la que el pueblo y el estado se encerraban para separarse del resto del mundo. Estaba pues en contradicción con las filosofías y las religiones universales, tales como el estoicismo y el cristianismo, que fusionaban a todos los hombres y a todos los pueblos en un mismo principio de igualdad moral, por diferentes que fueran unos y otros en sus ámbitos. Debilitada ya por su agotamiento interior y por la acción de filosofías y religiones universales, esa aristocracia fue sorprendida al final por una crisis política que la aniquiló. Dicha crisis política merece ser estudiada atentamente porque con ella comienza la ruina de la civilización antigua. Marco Aurelio no es célebre solamente como emperador. Sus Meditaciones son uno de los más bellos monumentos de la sabiduría humana. Hace dieciocho siglos que el mundo las lee y las admira. Sin embargo, hay que reconocer que la filosofía llamada a gobernar el mundo, en la persona de este célebre emperador, se comportó extrañamente en la cuestión de la sucesión, una cuestión

que emperadores menos filósofos habían resuelto muy bien. En lugar de ponerse de acuerdo con el senado, como sus predecesores, y de escoger a Claudio Pompeyano, al cual el senado proclamaba unánimemente como el más digno, Marco Aurelio nombró en el año 177 como adjunto al emperador, haciendo que se le atribuyesen poderes de tribuno, a su hijo Cómodo, de quince años de edad. Que un filósofo estoico fuera precisamente quien tuviera la tentación de introducir el principio dinástico en la república aristocrática que gobernaba el imperio es un misterio que los libros antiguos no nos permiten elucidar. Pero las consecuencias de ese error fueron terribles. Cuando Marco Aurelio murió en el 180, Cómodo tenía dieciocho años: no tenía pues la edad ni la preparación necesarias para cumplir la dura tarea que le incumbía. En parte a causa de la manera en que había sido impuesto al senado, en parte por la tremenda incapacidad del nuevo emperador, no tardó en surgir entre el senado y el jefe del imperio un conflicto de una violencia que Roma no había visto desde los tiempos de Domiciano. Y, al igual que en la época de Domiciano, esa nueva lucha entre los dos poderes supremos del Estado terminó en una conspiración. Pero mientras que, tras la muerte de Domiciano, el senado supo controlar los acontecimientos e imponer al imperio su nuevo candidato en la persona de Nerva, esta vez, tras el asesinato de Cómodo, no logró dominar la situación ni imponer de nuevo un modo de transmisión legal de la autoridad suprema. La sucesión dio lugar a una violenta guerra civil, que terminó por imponer el absolutismo militar de Septimio Severo sobre las ruinas de la autoridad del senado.

Septimio Severo pertenecía a una familia de la provincia de Lepti, muy rica y muy culta, pero de una nobleza reciente puesto que él era el primer miembro de su familia que formaba parte del senado. Severo había cultivado con idéntico ardor las letras latinas y griegas, pero también había desposado a Julia Domna, miembro de una de las familias más ricas de Siria a la que el culto al Sol debía sus sacerdotes más célebres. Africano de nobleza reciente, helenizado y romanizado, aunque también con una fuerte influencia del Oriente asiático, Septimio Severo no era hombre dado a respetar la autoridad del senado como la había respetado un siglo antes el gran Trajano, sobre todo después de que el senado se posicionara contra él en la guerra civil. El senado, por razones que nos son desconocidas, puso al servicio de los enemigos de Severo toda la

autoridad de que disponía; el africano se vengó de ello cuando la victoria se inclinó a su favor, aplicándose a deshacer lo que Vespasiano había hecho. Seguro de la fidelidad de sus legiones, debilitó y empobreció cuanto pudo a la aristocracia histórica a base de ejecuciones y confiscaciones; la humilló disminuyendo sus privilegios y su prestigio en favor de la orden de los caballeros; asignó a estos numerosos cargos hasta entonces reservados a los senadores, y comenzó a constituir entre los caballeros una nobleza de funcionarios elegidos por él y dependientes de él, a la que dio nuevos títulos honoríficos (vir egregius, vir perfectus, vir clarissimus); ejerció abiertamente el poder absoluto, reforzó el principio dinástico y trató sin reservas al imperio como una propiedad familiar, repartiéndolo entre sus dos hijos; hizo del ejército un poder político por encima del senado al considerar el favor del ejército y la fuerza que esto le daba como títulos de autoridad más válidos que la elección del senado. Septimio Severo fue, en suma, el primer verdadero monarca absoluto o casi absoluto del imperio, el que se atrevió a hacerse llamar oficialmente dominus; el que hizo justicia en su palacio y golpeó la autoridad del senado con una humillación definitiva de la que este no se recuperó nunca. Llevó a cabo una verdadera revolución en el imperio, ¡la revolución que tantos historiadores atribuyen a César!

Y, de entrada, no parece que el imperio se quejara de esa profunda revolución que cambiaba su carácter y naturaleza. Ese menoscabo del senado pudo incluso, al principio, ser reconocido como un beneficio, no solo por el optimismo oficial, sino también por los observadores imparciales. El gobierno de los últimos Antoninos, especialmente el de Marco Aurelio, había sido justo y perspicaz, pero muy débil, lento, poco activo, como suelen serlo los gobiernos de las aristocracias envejecidas. El gobierno de Septimio Severo fue ágil, resuelto, lleno de atrevidas iniciativas, como es capaz de serlo la dictadura de un guerrero rico, inteligente y dotado de las cualidades de un auténtico hombre de estado.

Pero los peligros que la revolución efectuada llevaba en su seno aparecieron cuando, muerto Septimio Severo, el instrumento que él tan bien había manejado pasó a manos más débiles. Había dejado el poder, cual cosa que le perteneciera, a sus dos hijos: Caracalla y Geta. Pero sus dos herederos no armonizaron: Caracalla asesinó a su

hermano y, convertido en único dueño del imperio, poco tiempo después fue víctima a su vez de una conspiración militar. Tras su muerte, las legiones proclamaron emperador al prefecto del pretorio, Marco Ofelio Macrino, quien no era senador, sino un simple caballero. Era la primera vez que los soldados se atrevían a elegir un emperador fuera de las filas del senado. Pero la proclamación de los soldados, por más que Mommsen haya afirmado con mucha ligereza lo contrario, no era un título legal de autoridad que tuviera valor alguno sin la investidura senatorial. No confería más que un poder, de hecho, frágil e inestable: lo que un grupo de legiones había dado podía ser contestado por otro grupo si el emperador elegido no era un hombre fuerte que gozara de un gran prestigio personal. Por ello, Macrino intentó asegurarse la ratificación del senado. Pero mientras él negociaba y maniobraba para hacer legitimar su autoridad, otra revuelta militar, fomentada por la familia de Septimio Severo, lo derrocó y proclamó emperador a Heliogábalo, sobrino de Septimio Severo. Con apenas catorce años de edad, Heliogábalo no se mantuvo mucho tiempo en el poder al no tener más título para gobernar que el mudable favor de los soldados. Al cabo de cuatro años, los mismos que lo habían elevado lo derrocaron y quedó como emperador el primo de Heliogábalo, Alejandro Severo, a quien poco antes su familia y los soldados habían asociado con Heliogábalo en el título por la fuerza. Pero esas revoluciones militares y la inestabilidad del poder imperial que resultaba de ellas espantaron de tal modo a las clases gobernantes, empezando por la propia familia de Septimio Severo, que todos se volvieron hacia el senado para restablecer un gobierno fuerte y respetado, cuya legitimidad fuera incontestable y que se impusiera a la arrogancia de las legiones.

Alejandro Severo recuperó pues, e incluso exageró, la política de Trajano, de Antonino Pío y de Marco Aurelio. Rechazo el título de dominus, suprimió el ceremonial, trató a los senadores como iguales, confió de nuevo al senado la elección de los principales funcionarios, incluidos los gobernadores de las provincias, formó con senadores el Consilium principis, quiso que estos ayudasen a los gobernadores; no solamente limitó la autoridad de los procuradores imperiales, sino que hizo que fueran elegidos por el pueblo. Al igual que Sila, Augusto y Vespasiano, ante la fuerza desencadenada de la revuelta militar, opuso una vez más el senado, guardián del orden y

baluarte de la legalidad. Pero aquella fue la última vez. Las legiones ya no estaban reclutadas, como en el primer siglo del imperio, únicamente entre los italianos, que, por tradición, veneraban al senado cual padre de su nación: ahora estaban llenas de provincianos provenientes de los países bárbaros del imperio, para quienes el senado era una autoridad vaga, lejana, a la que solo se respetaba a causa de su poder. Además, el espíritu que podríamos llamar severiano, la ambición de ser el único sostén de la autoridad imperial, había impregnado demasiado a esas legiones como para que pudieran doblegarse por mucho tiempo ante el senado.

Finalmente, las circunstancias también favorecían su espíritu de rebelión. En ese momento crítico de la historia de Occidente, una gran revolución se produjo en Oriente. El último rey de los partos había sido derrocado y la dinastía nacional de los Sasánidas volvía al trono, decidida a exterminar en Persia la cultura griega, que el imperio de los partos había favorecido, y a reconquistar los territorios del antiguo imperio persa que estaban entonces en poder de los romanos. El imperio romano se encontró de golpe metido en una gran guerra con Persia. Alejandro Severo consiguió repeler la invasión persa, pero empeñó en ello a todas las fuerzas del imperio, incluidas las que defendían las fronteras de Occidente. Los lamanes y los marcomanos lo aprovecharon para franquear unos el Danubio y los otros el Rin. Alejandro Severo, ocupado en Oriente, pensó que, para rechazar esa invasión, ya no podría contar solo con la fuerza de las armas y prefirió recurrir a las negociaciones y a los subsidios. La idea, en sí misma, era prudente desde un punto de vista político. Pero los soldados, descontentos por no poder sentirse dueños del imperio, como lo habían sido bajo Septimio Severo y Caracalla, aprovecharon ese pretexto para rebelarse. Acusaron a Alejandro Severo de convertir al imperio en tributario de los bárbaros, y le dieron muerte junto a toda su familia. Tras lo cual, proclamaron emperador al jefe de la conspiración, un oficial superior nacido en Tracia, un valeroso soldado, pero que apenas sabía balbucear el latín: Cayo Julio Vero Maximino.

IV

Esa rebelión marcó el inicio de una interminable serie de guerras civiles, guerras en el exterior, epidemias diversas, pestes y hambruna, que duraron medio siglo sin interrupción y que despoblaron y empobrecieron el imperio, destruyendo las élites mediante las cuales este, durante el primer y el segundo siglos, había sido gobernado, pacificado y civilizado; y junto a las élites, las artes de la paz y buena parte de la cultura griega y latina.

Se ha discutido hasta el cansancio sobre las razones por las cuales la civilización antigua desapareció en gran parte. Y se entiende que ese tema haya tentado a los pensadores, y lo siga haciendo, porque hay pocas civilizaciones que hayan sido más gloriosas en su plenitud ni hayan sufrido un destino más fatal. Cuando observamos cuál ha sido la suerte de la nueva civilización que, en el año mil, comenzó a florecer sobre las ruinas de la antigua, no podemos evitar preguntarnos por qué Europa goza, desde hará pronto nueve siglos, de un desarrollo casi ininterrumpido, en el que las conquistas y los beneficios acumulados sobrepasan siempre a las pérdidas; y por el contrario, por qué razones la civilización antigua, vigorosa y creativa, fue víctima de una terrible catástrofe en la que hubo de hundirse casi por completo. Algunos acusan a las invasiones de los bárbaros, olvidando que habría que explicar entonces cómo un imperio tan grande, poseedor del tesoro de toda la ciencia militar de la época, no fue capaz, en un momento dado, de defender sus fronteras contra los pueblos que habían recibido de él los primeros rudimentos del arte de la guerra y del gobierno. Algunos atribuyen esa ruina al cristianismo; otros a la preponderancia que adquirieron en el imperio las clases inferiores y las poblaciones más bárbaras; y otros, al fin, a los impuestos abrumadores y al absolutismo del gobierno. Pero todas esas justas explicaciones parciales no explican nada si no se demuestra al mismo tiempo por qué el cristianismo pudo, en un momento dado, imponer al estado doctrinas e instituciones que habrían de aniquilar casi por completo su fuerza política y militar; por qué razones las razas que poblaban el imperio se mezclaron convirtiéndose todas en bárbaras; cómo fue que el estado acabó por estrangular al imperio con su absolutismo despiadado y sus desmesuradas finanzas. Todos esos terribles fenómenos de descomposición social deben tener una causa primera que hay que sacar a la luz.

Esa causa primera es una gran crisis política: la crisis política engendrada precisamente por las guerras civiles que siguieron a la muerte de Alejandro Severo y que se prolongaron durante medio siglo. ¿En qué consiste esa crisis política? En la total aniquilación de la autoridad del senado, al que tantos historiadores han considerado como un estorbo inútil en la organización política del imperio. El senado fue menoscabado por las legiones bárbaras que, en cierto momento, dejaron de doblegarse a su autoridad secular; por el miedo que lo paralizó ante la fuerza desencadenada de las legiones, cuando percibió que su alto prestigio moral ya no existía; por la destrucción de las familias más poderosas y más respetadas; por los nuevos elementos, incultos y groseros, que vinieron a ocupar los puestos de la vieja aristocracia, diezmada por las guerras civiles. Pero cuando el senado fue completamente despojado de su autoridad, ya no hubo en todo el imperio un poder capaz, si no de elegir al emperador, sí al menos de legitimarlo; es decir, lo que vino a faltar fue cualquier principio de legitimidad, en virtud del cual todos se reconocerían obligados a obedecer al emperador; y con la ausencia de ese principio, cualquier rastro de procedimiento legal para la elección de los jefes del imperio. Las legiones escogían a los emperadores, y su favor se convirtió en la única fuente de autoridad suprema. Pero las legiones eran numerosas, residían en países lejanos, rara vez estaban de acuerdo y con frecuencia cambiaban de opinión en sus elecciones.

¿De qué otra manera, que no fuera por la guerra y la espada, se habría podido elegir entre diversos emperadores que eran todos igualmente legítimos o ilegítimos, dado que todos eran escogidos por legiones cuyas aclamaciones tenían el mismo valor legal? Se encadenaron pues sucesivas guerras civiles, encarnizadas e interminables, porque no hay veredicto alguno de la fuerza que no pueda ser recurrido por la fuerza, al menos durante tanto tiempo como una civilización tarde en agotarse totalmente. Sin duda, aquella no era la primera vez en el mundo antiguo que un pueblo quedaba como suspendido en el vacío tras la caída de las instituciones que lo habían regido durante siglos. Pero, en general, las crisis, por ruinosas que solieran ser, habían sido limitadas, porque esos pueblos estaban rodeados de estados en los que el orden legal no se había perturbado y en los que el poder reposaba sobre un principio de sólida legitimidad. El pueblo en revolución

podía siempre tomar prestado de los países vecinos ese principio de legitimidad, y el modelo de las instituciones que reposaban sobre él, para restablecer más temprano o más tarde su propio gobierno. Y si la anarquía de un pueblo duraba el tiempo bastante como para inquietar a sus vecinos, siempre había uno de estos dispuesto a imponerle por la fuerza el orden que él mismo no sabía darse. Esa es la razón de que las guerras de la Antigüedad hayan ido frecuentemente unidas a revoluciones interiores que desestabilizaban los estados.

Por el contrario, y por primera vez en la historia del mundo antiguo, en el siglo III de nuestra era un inmenso imperio se encontró sin ningún principio para distinguir la autoridad legítima de la usurpación violenta, y sin ninguna institución política lo suficientemente fuerte como para imponer ese principio. Ese inmenso imperio, que comprendía una parte de Europa, de Asia y de África, estaba por su propia extensión al abrigo de una intervención exterior que restableciera el orden e impusiera otros principios y otras instituciones. No podía, además, extraer de ninguna parte un principio nuevo de legitimidad y un modelo de instituciones porque, al norte, al oeste y al sur, confinaba con una barbarie turbulenta; y al este, con el nuevo imperio persa, que se reafirmaba y que no era un estado bárbaro, pero cuya fundación era reciente, salido apenas de una guerra civil; un imperio que estaba animado por un espíritu de hostilidad contra el imperio romano, ¡por lo demás tan lejano y tan diferente de él! El imperio fue pues abandonado a sí mismo y obligado a resolver por sus solos medios ese terrible problema que consiste en encontrar un nuevo principio de autoridad y de legitimidad. De ahí la formidable explosión de violencia que destruyó poco a poco la mayor y mejor parte de la civilización antigua.

V

No cabe duda de que la civilización grecolatina, intacta y floreciente en apariencia a comienzos del siglo III, llevaba mucho tiempo corroída por un trabajo de descomposición interior.

Reposaba sobre el politeísmo y sobre un espíritu de tradición local, que estamos tentados de continuo a confundir con el espíritu nacional de nuestra civilización, por más que este sea muy distinto desde muchos puntos de vista. Ahora bien, el cosmopolitismo del imperio, la mezcla de razas, religiones, costumbres y culturas, la unificación del gobierno, el desarrollo del comercio y de la industria, y las nuevas doctrinas religiosas y filosóficas que el cosmopolitismo favorecía, habían dado un golpe de muerte al mismo tiempo al politeísmo y al espíritu de tradición local. La propia prosperidad, esa relativa facilidad con que oscuras familias se enriquecían, se instruían y se incorporaban a las clases superiores mediante la riqueza, la instrucción o mediante ambas a la vez, había sido una causa de debilitamiento, escondida pero profunda. La civilización grecolatina era aristocrática hasta un punto que a veces nos cuesta entender; su fuerza estaba en las élites, muy restringidas pero muy capaces, que ella sabía producir; así que lo que ganaba en difusión, debía perderlo en profundidad. El humanismo igualitario que se desarrolló durante el imperio bajo formas muy diferentes, en la religión, en la política y en las costumbres, solo podía debilitarla.

Pero todas esas causas escondidas o profundas no habrían podido jamás producir una catástrofe, tan violenta y tan general, si no hubiera acontecido un formidable accidente político que precipitase la crisis y la volviera irremediable. Ese accidente político fue la destrucción de la autoridad del senado, efectuada por la revolución de Septimio Severo. Esa destrucción bastó para que el imperio entero se quedara sin un principio de legitimidad según el cual reconocer al emperador que tenía el derecho a mandar; la ausencia de ese principio de legitimidad desencadenó una serie de revoluciones y guerras que en cincuenta años destruyeron casi por entero el trabajo de tantos siglos.

La ruina de la civilización antigua es, pues, el efecto de una decadencia lenta debida a causas interiores y de un accidente que, al destruir mediante un golpe violento la piedra angular de todo el orden legal, arrojó a esa civilización, ya debilitada por su masa y por su decadencia interior, a las convulsiones del despotismo revolucionario. Esa terrible experiencia merece ser meditada en nuestra época, cuya crisis recuerda en muchos aspectos a la del

siglo III. Desde hace medio siglo, la civilización occidental está debilitada por la confusión creciente de doctrinas, costumbres, clases, razas y pueblos; por una especie de anarquía intelectual y moral que ha alcanzado más o menos a todos los dominios; por el esfuerzo, agotador, del trabajo continuo, rápido y sin reposo; por la movilidad, convertida en general, de todos los elementos de la vida social; por una especie de fiebre universal que sobrexcita las voluntades y las inteligencias, haciéndolas capaces de esfuerzos muy intensos, pero cortos y poco profundos; por la vulgarización de todas las actividades del espíritu y de todos los bienes de la tierra. A ese debilitamiento interior, le ha sobrevenido un terrible accidente, el más terrible quizá de toda la historia…

La guerra mundial puede también recordar por sus efectos, aunque en grande, a la revolución de Septimio Severo, porque ella ha destruido o debilitado todos los principios de autoridad y de legitimidad que sostienen el orden social en la civilización. Esos principios eran de dos tipos: el derecho divino de las dinastías en las poderosas monarquías de la Europa central y septentrional, y la voluntad del pueblo en las democracias de la Europa occidental. Con la caída del imperio ruso, del imperio austrohúngaro y del imperio alemán, el derecho divino ha recibido un golpe mortal del que le será bien difícil reponerse. Pero es muy dudoso que el principio opuesto aproveche su ruina. Poco claro en sí mismo y de una aplicación muy difícil, parece salir de esta gran crisis debilitado y desacreditado hasta tal punto que su inesperado triunfo en los imperios centrales y en el imperio ruso no ha animado ninguna esperanza ni levantado entusiasmo alguno en el resto de Europa. Al contrario, ha aumentado las angustias del momento actual porque ha complicado formidablemente, tanto para los vencedores como para los vencidos, las dificultades creadas en los países derrotados en la guerra.

¿Va a encontrarse Europa, como el imperio romano en el siglo III, sin un principio claro y preciso con el que reconocer quién tiene derecho a mandar y con qué limitaciones, y quién, y con qué limitaciones, tiene el deber de obedecer? ¿Iremos a ver nacer de esa incertidumbre, como hace diecisiete siglos, una crisis de revoluciones y guerras que podría dispersar una parte de los tesoros acumulados por el trabajo de tantas generaciones?

Tales son las preguntas que parecen plantearse ante quienes contemplan los formidables acontecimientos de estos años, considerando la experiencia del pasado. Es necesario pues conocer bien esa experiencia del pasado. Nosotros vamos a estudiarla profundamente en sus episodios capitales.

2

La crisis del siglo III

I

Alejandro Severo fue muerto, a inicios del año 235, por una sedición a la cabeza de la cual estaba un tracio, Maximino. Su valor y la protección de la familia de Septimio Severo habían permitido a Maximino llegar a los grados más altos de la milicia, a pesar de que hablaba muy mal el latín. Él representaba pues a las razas más bárbaras del imperio, las cuales, aprovechando las revoluciones o las guerras civiles y el despotismo oriental de la familia de Septimio Severo, intentaban ocupar el lugar de las viejas familias de la aristocracia senatorial. Muerto Alejandro Severo, las legiones proclamaron en Maguncia a Maximino como emperador. La rebelión contra Alejandro Severo, quien quería restablecer la autoridad del senado, y la elevación imperial de ese tracio nombrado por las legiones, eran un desafío lanzado por el nuevo despotismo militar al único principio de legitimidad que se tenía hasta entonces y que estaba representado por el senado; un desafío, en consecuencia, a un orden legal que se basaba desde hacían tantos siglos en la autoridad del senado. Septimio Severo y sus sucesores todavía habían intentado justificar su propio despotismo invocando, al menos formalmente, la autoridad del senado: con Maximino llegó una clara ruptura. La fuerza renegaba del único principio de autoridad que podía justificarla, y afirmaba su voluntad de encontrar en sí misma los títulos necesarios para el ejercicio del poder.

Maximino no se preocupó, en efecto, más que de tener el apoyo de

las legiones: ni siquiera buscó la validación del senado, y gobernó como si este no existiera. Por muy debilitado y desmoralizado que estuviera, el senado no había llegado al punto de soportar semejante humillación de parte de un tracio sin reaccionar. No se sabe bien lo que sucedió entonces en Roma: solo se puede deducir con dificultad de las informaciones fragmentarias que han llegado hasta nosotros. Lo que es seguro es que el senado nombró dos emperadores: Pupieno y Balbino. El primero, un soldado de gran valor que, partiendo de la nada, había llegado a los más altos puestos; el segundo, un senador de mediocre inteligencia, pero muy apreciado, y de alto linaje. El mérito personal y la nobleza de raza eran pues invocadas por el senado para prestar juntas apoyo a su autoridad agonizante. Un principio de legitimidad necesita siempre de la fuerza para hacerse respetar; pero no está dicho que, si ese principio y esa fuerza entran en conflicto, sea siempre el primero quien deba fatalmente sucumbir. Al rebelarse contra el principio de autoridad del que ella no debería ser sino instrumento, la fuerza a veces se debilita. Así fue entonces. Los dos emperadores consiguieron, con la ayuda del senado, constituir un gobierno que logró hacerse reconocer como legítimo por un cierto número de provincias y que organizó un ejército contra el usurpador. Maximino no tardó en comprender que, si el gobierno de Roma se consolidaba, podría volverse peligroso para su poder, el cual solo se apoyaba sobre el favor de un cierto número de legiones. Proyectó pues derrocarlo, fue con su ejército a Italia y se plantó ante la ciudad de Aquilea, que le cerraba el camino. Pero en Italia toda la población era favorable al senado y contraria al usurpador; y al entrar en contacto con el respeto universal que inspiraba la institución que representaba la legalidad, la fidelidad de las legiones comenzó a tambalearse. La resistencia obstinada de Aquilea remató el trabajo y, en la primavera del 238, Maximino fue asesinado al pie de los muros de la ciudad por los mismos soldados que lo habían llevado al poder.

El senado, Roma, Italia y la legalidad habían triunfado sobre las legiones medio bárbaras y sobre la fuerza de la rebelión. Pero la victoria de la legalidad contra la fuerza duró poco. La discordia se estableció entre Pupieno y Balbino; el senado no supo aprovechar la victoria e irritó a los soldados sin desarmarlos. Antes del fin del año 238, una nueva rebelión militar dio muerte a Pupieno y a Balbino y

proclamó emperador a Gordiano. La fuerza había tenido su revancha. Durante ese tiempo, los carpos y los godos atravesaron el Danubio, los persas invadieron Mesopotamia y amenazaban a Siria. Gordiano era joven e inexperto. Por fortuna, encontró en su prefecto del pretorio, Temiseteo, a un hombre inteligente, capaz y —cualidad rara en aquellos tiempos— fiel. Temiseteo organizó el ejército y echó a persas, godos y carpos. Esos éxitos y la gravedad del peligro atenuaron la discordia entre el senado y las legiones, entre la legalidad y la fuerza. Aunque elegido por esas legiones, Gordiano no encontró oposición en el senado. Desafortunadamente, Temiseteo murió en el año 243 y Gordiano no encontró a nadie mejor para remplazarlo que a un oficial superior del ejército, de nacionalidad árabe: Julio Filipo. Este era un valeroso soldado, pero no era tan fiel como su predecesor. Quiso ser, no el subordinado, sino el colega de Gordiano, obligó a sus soldados a que pidieran para él ese honor y, ante la negativa de Gordiano, lo hizo asesinar.

Era la cuarta rebelión militar que triunfaba en pocos años. La fuerza se imponía cada vez más sobre la legalidad, debilitada y desacreditada, del tambaleante poder del senado, que la violencia de las legiones hacía fracasar en todas partes. En efecto, esta última rebelión tuvo en toda Europa repercusiones mucho más graves que las precedentes. Debilitada la autoridad imperial en el centro, la rebelión se extendió por las provincias: surgieron numerosos pretendientes al trono por todos lados; el ejemplo se volvió contagioso. Desde el momento en que las legiones eligen al emperador, ¿por qué ese privilegio habría de estar reservado a las de una provincia y no a las de otra? Cada grupo de legiones buscó su emperador. La fuerza, en ausencia de un principio de autoridad unificador, tiende siempre a fragmentarse y a quebrarse. El peligro se hizo pronto tan severo que se produjo una reacción a favor del senado. Espantados, los hombres se volvieron hacia el único principio de autoridad que todavía subsistía pese a los muchos ultrajes sufridos. Por árabe que fuera, Filipo se dirigió al senado en busca de su validación, esperando así dar a su autoridad el carácter de legitimidad que faltaba a sus competidores. Y el senado se resignó a reconocerlo, al preferir tener en Roma a un emperador que, pese estar elegido por una sedición, buscaba al menos su confirmación. Pero resulta vano que los hombres recurran por necesidad a un principio de autoridad que ellos mismos han

debilitado para satisfacer sus ambiciones. Mientras Filipo intentaba consolidar su posición en Italia acercándose al senado, los godos invadían de nuevo el imperio; y las legiones del Danubio, descontentas al ver que el emperador se quedaba en Italia cuando las fronteras del imperio eran violadas por los bárbaros, anularon los decretos del senado y proclamaron emperador a Decio, gobernador de Dacia y Moesia. Una nueva guerra civil estalló. Decio fue a Italia, batió a Filipo en Verona y lo mató, luego volvió a cruzar los Alpes para ir a combatir a los godos. Pero sin grandes resultados porque, en el año 251, moría en el campo de batalla. Era el primer emperador romano que moría combatiendo a los bárbaros. ¡Y es fácil comprender la impresión que debió causar ese acontecimiento! Las legiones, que ya creían poder disponer del imperio, se apresuraron a proclamar al gobernador de Moesia,Treboniano Galo. Pero Treboniano, también él, en lugar de combatir a los godos prefirió negociar y comprar la paz con dinero contante y sonante. Así que los legionarios se sublevaron otra vez y nombraron emperador al gobernador que le había sucedido en Moesia, Emiliano. Se siguió una nueva guerra civil, en la que Treboniano fue derrotado. Y de nuevo fue invocada la autoridad del senado para dar al nuevo emperador un carácter legítimo, apropiado para fortalecerle en su gobierno. El senado reconoció a Emiliano, pero apenas reconocido, sus legiones, por razones que se ignoran, se rebelaron, lo mataron y aclamaron como emperador a Valeriano en el año 253.

Dieciocho años habían transcurrido desde la muerte de Alejandro Severo, dieciocho años de continuas sediciones. La autoridad del senado estaba destruida y, con ella, la piedra angular de la legalidad. Descartada toda regla y todo principio fijo para la elección del emperador, entregada dicha elección al capricho de las legiones, ya no existía la fuerza capaz de mantener el orden. Las rebeliones militares se multiplicaron, estimuladas por la emulación, por la certeza de impunidad y por la esperanza de botín. Las guerras civiles nacían unas de otras y debilitaban la defensa de las fronteras en todas partes. El imperio comenzó a convertirse en una presa para los bárbaros que, envalentonados por la creciente debilidad del coloso, lo atacaban desde todos los lados.

Entre los años 254 y 260, los godos invadieron de nuevo Dacia,

Macedonia y el Asia Menor; los alamanes y los francos se lanzaron sobre la Galia; una nueva raza germánica, los sajones, hizo su aparición por mar a lo largo de las costas de la Galia y de Britania; graves disturbios estallaron en África, y nuevos peligros amenazaron el Oriente, donde Armenia y Siria volvieron a caer bajo la influencia persa. Como si todas esas desdichas no bastaran, una terrible epidemia de peste hizo estragos en esos años despoblando regiones enteras del imperio.

Valeriano, que era un senador de familia noble y con cierta capacidad, negoció entonces con el senado y, con el acuerdo de este, se esforzó en enfrentar las terribles dificultades del momento mediante una medida que estaba llamada a conducir poco a poco a la civilización antigua hacia una dislocación completa: el reparto del imperio. Nombró césar a su hijo Galieno y le asignó las provincias de Occidente, reservándose para sí las de Oriente. La unidad del imperio, la gran obra y la gran razón de Roma, se rompía por primera vez. La idea que llevaba a esa reforma era clara: reforzar la autoridad imperial y con ella el debilitado gobierno al restringir los dominios demasiado vastos sobre los que esta debía operar. Pero ese era un remedio de naturaleza, por así decirlo, geométrica, que no podía curar un mal de naturaleza moral. El gobierno era débil porque ya no había títulos que fueran indiscutible y universalmente reconocidos y el reparto del poder no podía destruir ese vicio de origen. Mientras que Galieno buscaba contener como mejor podía las invasiones germánicas en Occidente, Valeriano intentó una gran expedición contra Persia. Pero en el año 259 o 260, fue hecho prisionero por los persas y acabaría muriendo en cautividad, no se sabe dónde ni cuándo. Pocos años antes, un emperador había caído en el campo de batalla combatiendo a los bárbaros; ahora, ¡un emperador era hecho prisionero! Ese era un golpe terrible a la autoridad imperial cuyo efecto se hizo sentir muy pronto. Una especie de desmembramiento del imperio siguió de inmediato a aquella catástrofe.

En el año 258, las legiones de la Galia habían proclamado a Póstumo. Póstumo, que era un hombre de mérito, consiguió, tras la muerte de Valeriano, ser reconocido en Hispania y en Britania, y fundó un imperio galoibérico que duró hasta el 267 a pesar de los ataques de Galieno. Al mismo tiempo, en Oriente, un general de

Valeriano, Macriano, con la ayuda de la ciudad de Palmira y del más rico y poderoso de sus habitantes, Odenato, había combatido por iniciativa propia a los persas y los había repelido, salvando así las provincias orientales más ricas. Pero envalentonado por ese triunfo, juzgó bueno apoderarse del imperio en favor de sus dos hijos.

Odenato, por el contrario, permaneció fiel al emperador y, con el título de dux Orientis, se declaró en guerra contra Macriano. Occidente y Oriente estaban desmembrados o a punto de serlo. La audacia de los bárbaros aumentaba a medida que el imperio se debilitaba. En el año 261, los alamanes consiguen invadir Italia y Galieno solo logra derrotarlos ante los muros de Milán. Poco después, los francos invaden la Galia e Hispania y, por lo que parece, se extienden hasta África. Los bárbaros de la Europa oriental, los godos, hérulos y sármatas, saquean las orillas del mar Negro, traspasan los Dardanelos y penetran en Grecia y en Asia. En el 267, los hérulos acampan en la Grecia sacra, en Atenas, en Corinto, en Argos y Esparta. Débil e incapaz, Galieno no sabe cómo oponerse a tanta calamidad; la desesperación se apodera de las poblaciones; cada provincia, cada región, confiando en defenderse mejor sola, se rebela y se da su propio emperador. Durante los últimos años de la vida de Galieno, los pretendientes, los tiranos, como los llama la historia, son tan numerosos y pasajeros que es casi imposible rastrear sus historias. En Germania, donde la guerra contra el imperio romano iba camino de convertirse —por emplear una expresión moderna, pero que se adecúa también al pasado— en la gran «industria nacional», se dan cuenta de que ese es el momento de intentar dar el gran golpe. Varios pueblos germánicos se ponen de acuerdo para formar, bajo el nombre de godos y alamanes, una potente coalición contra el imperio. En la primavera del 268, un fuerte ejército pasa a la orilla derecha del Danubio, invade la Macedonia oriental, Grecia, las Cícladas, Rodas, Chipre y las costas del Asia Menor. Al mismo tiempo, otro ejército entraba en Moesia y penetraba en Macedonia. El plan era claro: conquistar la península balcánica y cortar en dos el imperio interponiéndose entre las provincias de Oriente y de Occidente.

II

Desde hacía más de treinta años, el imperio era pues presa del despotismo militar, las invasiones, la guerra civil, la anarquía, la peste y las hambrunas. Las guerras civiles de la República habían sido poca cosa en comparación porque los elementos esenciales de la civilización no estuvieron amenazados. Esta vez es distinto: todas las fuerzas vitales de la civilización reciben, por el contrario, golpes mortales en las provincias del oeste, comenzando por la población. Esta, ya insuficiente en tiempos prósperos, es diezmada por la guerra, las invasiones, la inseguridad general, por un empobrecimiento universal, por las incesantes pandemias. La obstinación con la que los más sensatos emperadores continuaron trasplantando bárbaros a los territorios del imperio y particularmente a los occidentales, a pesar del peligro político y militar que se derivaba de ello, es la prueba más clara de la gran necesidad de hombres que preocupaba al imperio. La rápida disminución de la población había engendrado, como es natural, una crisis agrícola e industrial, e incrementado aún más el empobrecimiento general que era una de sus causas. Los agricultores, colonos libres, trabajadores esclavos y pequeños propietarios desaparecieron en gran número; se arrambló con la pequeña propiedad, se ampliaron las grandes propiedades, las tierras sin cultivar crecieron. A su vez, la industria, tan floreciente en todo el imperio bajo los Antoninos e incluso bajo los Severos, se vio muy afectada en parte por la muerte de muchos artesanos, que se llevaron con ellos el complicado secreto de sus perfeccionados oficios, y en parte a causa de una creciente pobreza que hacía disminuir el consumo.

Un gran número de minas, principalmente de oro, son abandonadas por falta de mano de obra y porque las regiones mineras son invadidas por los bárbaros; los metales preciosos son atesorados y escondidos por las atemorizadas poblaciones; el capital se vuelve escaso y los intereses al doce por ciento, considerados excesivos en la época de Nerón, se convierten en el interés mensual. A la crisis de la agricultura y la industria se suma la del comercio. La inseguridad general, la dificultad en las comunicaciones, el riesgo

mayor y la elevación de los precios de los viajes, las restricciones impuestas por la pobreza creciente, todo ello había ralentizado la actividad comercial en el siglo III. Las pequeñas y medianas fortunas desaparecieron y, en medio de la miseria creciente, la riqueza se concentró en pocas manos. Las pequeñas ciudades eran abandonadas y despobladas. En las grandes, por el contrario, la población se acumula y se ve aumentar desmesuradamente el número de miserables que, bajo cualquier forma de mendicidad, viven a expensas de los ricos o del estado. El estado se vuelve la providencia y el tormento de todo el mundo. Su fiscalidad, impuesta por la incesante multiplicación de la burocracia, por la mendicidad de las masas, por el aumento de los gastos militares, es atroz e implacable. Hay innúmeros impuestos y su abrumador peso se hace todavía mayor por la política monetaria. En parte para remediar la cada vez mayor escasez de oro, en parte para hacer frente a los gastos de guerra y a los otros gastos públicos sin aumentar demasiado los impuestos, los emperadores alteran el peso y la aleación de las monedas. Bajo Caracalla, el peso del aureus había bajado hasta 6,55 gramos, pero después de Alejandro Severo se volvió tan irregular que los pagos en oro ya no se hacían más que al peso. Con la moneda de plata fue todavía peor. Las proporciones de la aleación del denarius y del antonianus argenteus, emitidos por primera vez por Caracalla, ya habían aumentado desmesuradamente desde los años inmediatamente posteriores a la muerte de Alejandro Severo. Pero, bajo el emperador Claudio el Gótico, ¡el antonianus ya no tenía más que un cuatro o un cinco por ciento de plata! Solo se distinguía de la moneda de cobre por el color que le daba el baño de plata o, en caso de necesidad, de estaño. Incluso las monedas de cobre se emitían con peso reducido. De ahí el vertiginoso aumento y la loca irregularidad de los precios, que hundió en el desespero a las desdichadas poblaciones, y contra la que los emperadores intentaron en vano luchar a golpe de edicto. De ahí el continuo empobrecimiento de las clases más numerosas y menos ricas, todavía agravado por la desgracia causada por la orden que dieron varios emperadores de recaudar los impuestos en oro. ¡El estado rechazaba así la mala moneda con la que él mismo inundaba el imperio!

De la crisis política y económica nace la crisis social. Exterminadas, arruinadas o dispersadas, la aristocracia y la clase media

acomodada, que durante el primer y el segundo siglos habían crecido por todo el imperio, que eran la base de toda su organización política y social, que habían llevado la civilización antigua a su apogeo mediante la fusión del helenismo y el romanismo, desaparecen; sus riquezas, aquellas al menos que no han sido destruidas, y su poder pasan a una nueva oligarquía de nuevos ricos y altos funcionarios, civiles y militares, reclutada casi por entero entre las clases inferiores y entre las poblaciones más bárbaras, que no había sentido más que de lejos la influencia del romanismo y del helenismo. El imperio se vuelve bárbaro, más incluso por dentro que por fuera, y más por la llegada a la riqueza y al poder de los elementos más burdos del imperio, que por las invasiones de los bárbaros que vivían en la otra orilla del Rin o del Danubio. El nivel de la cultura baja en todas partes, en filosofía, en derecho, en literatura, porque los nuevos dominadores la desprecian o, más simple aún, porque la ignoran.

Una cultura refinada entre los poderosos del imperio ya no es la regla, sino una feliz excepción. Y la decadencia se extiende a todas las industrias y a todas las artes en las que la civilización grecorromana había sobresalido tanto, que se vuelven más toscas o más vulgares: la escultura, la orfebrería, la arquitectura. La riqueza que queda es despilfarrada en un lujo bárbaro, de mal gusto, chillón, sobrecargado, ofensivo, bueno para deslumbrar a los espíritus comunes con placeres y fiestas violentas y desordenadas, con construcciones gigantescas e inútiles que, más que embellecer, saturan las pocas ciudades todavía florecientes en medio de la ruina de las pequeñas. Más se empobrece el imperio, más tiende la arquitectura pública de las grandes ciudades a lo colosal. Por último —y ese es el golpe de gracia a la civilización antigua—, la religión que había sido la base de la vida política, social e intelectual, el politeísmo pagano, va camino de morir. Los cultos de Oriente hacen su irrupción por todas partes, amenazando con trastornar un mundo ya sacudido por guerras y revoluciones.

III

Sin embargo, por más que durante treinta años, tras la muerte de Alejandro Severo, hubiera parecido que el imperio se abandonaba pasivamente a la crisis que lo destruía; por más que la incapacidad, la ignorancia, la intriga, la violencia y la corrupción hubieran parecido tomar posesión para siempre del estado, todavía había, en esa civilización antaño tan viva y tan vigorosa hasta en la agonía, fuerzas intelectuales y morales capaces de intentar una reacción desesperada. A pesar de la barbarie invasora, las clases altas aún experimentaban la influencia de una cultura demasiado antigua, demasiado rica y demasiado grande como para que lo que subsistía de ella dejara de actuar por mucho tiempo; y contaban además con hombres de gran corazón y elevada inteligencia. La reacción se produjo en el año 268: una conjura de generales dio muerte a Galieno y, esta vez, para sucederlo, nombró no a un incapaz o a un intrigante, sino al mejor hombre de guerra de la época: Claudio. Claudio sorprendió, no lejos de la antigua Naissus (Nisch), al grueso del ejército enemigo, lo aniquiló y persiguió al resto sin tregua ni piedad. Quién sabe cuánto bien habría podido hacer si la peste no se lo hubiera llevado en el año 270. Pero tuvo como sucesor, aclamado por las legiones de Panonia, al hombre que él mismo había designado, uno de los generales que combatieron a su lado contra Galieno: Aureliano. Aureliano era, como Claudio, un hombre de gran carácter e ingenio. Llegaba en el buen momento porque los godos que había derrotado Claudio no eran más que una avanzada. Italia estaba, en el 270, completamente invadida por los vándalos y los alamanes, ¡que en el 271 destruían un ejército romano cerca de Piacenza!

Aureliano fue el primero que intentó detener la descomposición del imperio y su conversión a la barbarie mediante un vasto y coherente plan de reformas y guerras. Venció y destruyó la invasión germánica en Pavía y en Fano, con lo que liberó Italia; puso de nuevo bajo dominación romana al Oriente, una parte del cual se había desgajado tras la muerte de Odenato y formado un imperio en Siria bajo el cetro de Zenobia, la viuda de aquel; libró al imperio de todos los pretendientes y todos los pequeños emperadores locales que habían pululado durante los años precedentes, y le devolvió la unidad; rodeó Roma de un potente cinturón de murallas gigantescas que todavía admiramos. Es por ello que se le puede llamar con razón restitutor orbis.

Pero la suya era una inteligencia demasiado elevada como para no comprender que la unidad que reconstituía sería muy pronto destruida de nuevo si no se encontraba algún remedio radical para los males que afligían al imperio. Dos de sus disposiciones merecen ser particularmente destacadas. La primera concierne a las fronteras del imperio. Juzgando, con razón, que este era demasiado vasto para sus disminuidas fuerzas, Aureliano resolvió abandonar la peligrosa punta de la Dacia, regada con la sangre de los legionarios de Trajano y el sudor de varias generaciones de colonos. Y dio el nombre de la provincia abandona a la parte de la Moesia que se extendía sobre la orilla derecha del Danubio. La otra disposición es de orden político y religioso. Aureliano instituyó oficialmente el culto del Sol invictus, y proclamó como religión de estado el mitraísmo latinizado.

Para comprender el valor de esta gran reforma, hay que recordar que el mitraísmo era un culto asiático nacido de una fusión del zoroastrismo con la teología semita y con otros elementos tomados de las religiones autóctonas del Asia Menor. Como casi todas las religiones asiáticas, era absolutista y monárquica, puesto que enseñaba que los monarcas reinaban por gracia divina y como tales recibían de Mitra los atributos de la divinidad, que se convertían en consustanciales. La adopción del mitraísmo como culto oficial era pues un acto profundamente político: un esfuerzo por encontrar en el absolutismo místico un principio de legitimidad que remplazara a la antigua validación del senado, ahora ineficaz, y que pudiera sustraer la autoridad imperial a los caprichos de las legiones con sus incesantes rebeliones. En medio de la anarquía en la que se hundía el imperio, Aureliano busca, en suma, un nuevo principio de autoridad, y lo busca allí donde únicamente lo puede encontrar, tras la extinción de todos los que había engendrado el mundo grecorromano: en las grandes monarquías absolutas que confinaban con el lado oriental del imperio romano. Tras la caída de la República, tras la caída del gobierno mixto de monarquía y república, pero de estructura grecolatina, por el cual el imperio se había gobernado durante más de dos siglos, no parecía quedar otra forma de gobierno para un gran estado que el absolutismo oriental, basado en el principio religioso que consideraba que el soberano era dios.

En efecto, Aureliano se esfuerza por convertir el imperio grecorromano en un imperio asiático. Ese intento, sin embargo, a pesar de estar ampliamente justificado por la necesidad política y por la situación del imperio, encontró al parecer una fuerte oposición. A finales del año 275, Aureliano cae víctima a su vez de una conspiración de generales. ¿Por qué motivos? El asunto está muy oscuro. Sabemos que, en su calidad de representante del Sol invictus, Aureliano se había empleado resueltamente en la tarea de restablecer el orden en el vasto imperio; y resulta verosímil que el celo que puso en la represión de los enormes abusos que sufría el mundo romano le valiera muchos enemigos. Pero no es descartable que la conspiración haya sido en parte un movimiento de reacción del espíritu grecolatino contra el absolutismo místico de Oriente ahora victorioso. Un hecho singular, que de otro modo sería inexplicable, lleva a creerlo: las legiones, tras la muerte de Aureliano, se negaron a elegir emperador y quisieron confiar de nuevo la decisión al senado. Sorprendido por un respeto al que hacía tiempo que no estaba habituado, este pensó de entrada en negarse, luego designó al más anciano de sus miembros, el prínceps senatus, Marco Claudio Tácito. Pero ya no eran los tiempos de Trajano, y por haber querido gobernar como Trajano, Tácito fue, a poco más de un mes de su elección, asesinado en una revuelta de soldados.

La guerra civil recomenzó. Una parte de las legiones eligió a Floriano, otra a Probo, uno de los mejores generales de Aureliano. Probo ganó, y hay que anotar que, aunque discípulo de Aureliano, continuó con la política de Tácito y reconoció la autoridad del senado, buscando así consolidar la suya, le restituyó el derecho a juzgar en apelación en los procesos penales, a nombrar a los gobernadores e incluso a ratificar las constituciones imperiales. ¿Cómo explicar esta última tentativa de gobernar el imperio con el apoyo del senado después de medio siglo de disturbios y guerras civiles, cuando el senado ya no era más que una sombra, sino admitiendo que el absolutismo místico de Aureliano había irritado o espantado a lo que todavía quedaba del antiguo espíritu latino? Pero esta tentativa no tuvo más éxito que la precedente. Por más que Probo fuera un general muy capaz, también él cayó víctima de la implacable violencia de las legiones; y de nuevo llegó la anarquía. Las legiones eligieron entonces a Marco Aurelio Caro,

quien se apresuró a dar título de césar a sus dos hijos, Carino y Numeriano, y se puso de inmediato a hacerle la guerra a Persia. Ya había ocupado Seleucia y Ctesifonte cuando, a finales del 283, pereció alcanzado por un rayo, según unos, y según otros asesinado por una conspiración militar. Numeriano, que lo había acompañado, era un poeta incapaz de comandar el ejército en una empresa tan difícil. Se decidió pues la retirada. Pero en el camino también murió Numeriano. Se acusó entonces abiertamente al prefecto del pretorio. Se ordenó una investigación y se la confió a un tribunal de generales que eligió como emperador, el 17 de septiembre del 284, al comandante de la guardia imperial: Diocleciano.

IV

Diocleciano es, tras Claudio y Aureliano, el tercero de los grandes hombres surgidos del caos bárbaro del siglo III. Fue él quien retomó por completo el plan de Aureliano, interrumpido por la última reacción del viejo espíritu romano y senatorial: hacer del imperio romano un imperio asiático en manos de un soberano absoluto, que apareciese ante sus súbditos como una encarnación de la divinidad. En otro momento veremos cómo intentó ejecutar ese gran diseño y a qué lo llevó. Por el momento, nos limitaremos a observar que la transformación del imperio en una monarquía asiática y la divinización del soberano, intentada por Aureliano y retomada por Diocleciano, eran los únicos medios a los que pudo recurrir entonces el estado para restablecer, en medio del caos en que se debatía, un principio de legitimidad que pudiera remplazar a la autoridad del senado. Todas las condiciones para tener éxito parecían existir entonces. Las tradiciones grecorromanas estaban demasiado debilitadas como para poder oponer mayor resistencia. La restitución de un gobierno que no tuviera solo la fuerza, sino también la autoridad moral, se imponía en el imperio como una cuestión de vida o muerte. No había, en todo el mundo civilizado conocido hasta entonces por los griegos y los romanos, otro principio de autoridad que pudiera ser adoptado por un imperio que se derrumbaba. El largo duelo entre Asia y Grecia, entre Asia y

Roma, parecía a punto de terminar con el completo triunfo de Asia, porque todas las fuerzas de resistencia que la civilización grecolatina había opuesto al absolutismo místico de Oriente estaban agotadas. Europa iba a convertirse en un apéndice de Asia… cuando, de golpe, se alzó otro adversario tan formidable como la cultura grecolatina y perfectamente invencible: el cristianismo.

Durante la crisis del siglo III, el cristianismo, a la par que el mitraísmo, había hecho grandes progresos. Se expandió por todo el imperio y entre todas las clases; penetró en el ejército, en el senado, en los tribunales; había conquistado a pobres y ricos, a ignorantes y personas cultivadas; se había provisto ya de una producción teológica abundante y profunda; había constituido una jerarquía simple pero sólida, fundada no sobre la fuerza, como la imperial, sino sobre la sola autoridad.

Cada iglesia contaba con un clero numeroso compuesto por los diáconos, que formaban el personal de servicio, los ancianos, que formaban el consejo de dirección, y el obispo, que era el jefe de la iglesia y su director, con plenos poderes. El obispo, nombrado de por vida, era elegido por el clero con el asentimiento de la asamblea; él nombraba a los ancianos y a los diáconos, y en la época de la que nos ocupamos, era ya un personaje importante en la ciudad; no solo porque sus fieles eran numerosos, sino porque el cristianismo había organizado ya ese maravilloso sistema de obras de asistencia y beneficencia que fue su mayor creación social y una de las causas de su triunfo. Las comunidades cristianas contribuían en todas partes no solo a los gastos del culto y al mantenimiento de sus ministros, sino también al socorro de viudas, huérfanos, enfermos, incapacitados, viejos, gente si trabajo, y de aquellos que habían sido condenados por la causa de Dios; se ocupaban de rescatar a quienes los bárbaros se habían llevado como prisioneros, de fundar iglesias, de curar a los esclavos, de enterrar a los pobres, dar hospitalidad a sus correligionarios extranjeros y recabar subvenciones para las comunidades pobres y amenazadas. Los bienes que poseían las comunidades cristianas provenían en gran parte de donativos hechos por ricos, muchos de los cuales, ya fuera en vida o tras su muerte, dejaban a la Iglesia una parte o la totalidad de su fortuna. La Iglesia acumulaba así bienes de una parte de las clases superiores como un gigantesco depósito de

bienes habices, una porción del cual se gastaba en provecho de todos los hombres golpeados por la desgracia, cualquiera que fuera su forma. No es difícil hacerse una idea de cuán poderosos resultaban como instrumento de poder, en medio de la crisis del siglo III, esa riqueza acumulada y los propósitos de asistencia y beneficencia a los que servía de sostén. Las iglesias cristianas aparecían pues como puertos seguros en medio de la tormenta. Mientras que las almas de la élite llegaban al cristianismo a través de las pruebas de su propio dolor, por la visión del dolor de los otros o por desagrado ante un mundo trastornado y contaminado, en un movimiento supremo hacia la paz y la beatitud, las muchedumbres eran atraídas hacia la nueva fe por la generosa asistencia con que la Iglesia enfrentaba las desgracias y que alentaba un soplo divino de caridad, desconocido en la asistencia oficial o en la protección política de las grandes familias del antiguo estado pagano. Si la fe apegaba a los fieles a la Iglesia, otros lazos materiales reforzaban eficazmente el poder y la autoridad de la religión: las limosnas, los subsidios, la asistencia, los oficios, las cargas eclesiásticas y los ingresos ligados a estas, y por fin, la gestión de las tierras recientemente adquiridas, en la que se empleaba a un número cada vez más considerable de agentes, esclavos, trabajadores, colonos y administradores.

El cristianismo se había convertido pues en un poder a la vez espiritual y temporal. Pero, a diferencia del mitraísmo, no gozaba para nada del favor imperial. Si resulta exagerado decir, como pretenden algunos historiadores, que todos los emperadores del siglo III fueron contrarios a los cristianos, sí es cierto que el cristianismo tuvo que soportar durante ese siglo crueles persecuciones y que siempre fue visto por las autoridades públicas, incluso en los momentos en que las persecuciones sangrientas estuvieron suspendidas, con una desconfianza hostil que contrasta con el favor otorgado al mitraísmo. ¿Cuál era la razón profunda de esa actitud que dejó tan trágicos recuerdos en la historia de la Iglesia? El propio espíritu del cristianismo.

Desde el punto de vista del imperio y de sus intereses políticos inmediatos, no cabía duda de que el cristianismo era una fuerza de disolución. A medida que la crisis del siglo III se agrava, la nueva religión se atreve a sostener, con mayor o menor fervor según las

sectas, que el cristiano no debe buscar cargos públicos, ni honores, ni puestos que puedan poner su fe en peligro, es decir, los puestos más elevados e importantes, porque le está prohibido, si no quiere perder su alma, tomar el cuidado de los templos, organizar juegos en el circo, juzgar o perseguir a sus hermanos. El mundo donde los otros hombres viven y disfrutan está manchado por una religión y una civilización que Cristo maldijo; no hay goce ni dolor, premio ni castigo que puedan inducir a participar en las peligrosas vanidades de su existencia corrompida a un perfecto cristiano, el cual, por el contrario, no aspira sino a salir lo antes posible de este valle de lágrimas y pecado. Lógicamente, el deber del cristiano sería pues el de destruir el imperio; si no lo hace es, como dijo Tertuliano, porque sigue hasta el final la doctrina y el hábito de la ternura y porque le repugna la violencia. Pero mezclarse con su existencia de pecado e impiedad, ¡jamás! Antes la muerte o la miseria.

Uno imagina fácilmente el efecto de semejantes doctrinas en los espíritus elevados en una época donde los cargos públicos se volvían tan pesados y peligrosos; donde las etnias bárbaras se adueñaban del estado; donde los rasgos violentos del espíritu humano eran cada vez más necesarios para el gobierno. El cristianismo destruía el imperio mediante la abstención. Privaba a la administración central y a las administraciones municipales de un montón de hombres inteligentes y cultos de las clases superiores y, sobre todo, acaparaba a los mejores desde el punto de vista moral, a los espíritus más nobles y elevados. La vida de san Agustín mostraría, un poco más tarde, con su célebre caso, cómo los espíritus superiores terminaban por preferir la religión a la política, la Iglesia a la función pública. Pero ya en el siglo III, numerosos ciudadanos destinados por las leyes a la gestión de los asuntos públicos preferían dar sus bienes a la Iglesia y sustraerse, a través de la pobreza, a la pesada carga de las responsabilidades del poder; otros escapaban de ello por diferentes medios, algunos de los cuales serían luego deplorados incluso por los mismos emperadores cristianos: el celibato, santificado por la religión, se generaliza mucho más que en los momentos más críticos del mundo pagano. Pero, todavía más que los empleos civiles, era el ejército el que sufría esa abstención sistemática. Ya desde el siglo II, el cristianismo había declarado que no estaba permitido ser «hombre de espada» y que, si el «hijo de la paz» ni siquiera debía participar en un proceso,

todavía menos podía participar en una batalla; así confirmaba la incompatibilidad entre el servicio militar y el cristianismo, puesto que «el Señor, al desarmar a Pedro, manifestó claramente su voluntad de que cada soldado deponga la espada». A un soldado cristiano no le quedaba otra cosa que «abandonar inmediatamente el ejército y tomar la decisión de sufrir por Cristo la misma suerte que los demás cristianos». Los cánones de la Iglesia de Alejandría desaconsejan el voluntariado —fundamento del ejército romano— y afirman con autoridad que no conviene a los cristianos llevar armas. Lactancio pone en el mismo plano la imposibilidad de participar en una condena a pena capital y la de tomar parte en una guerra, porque al principio divino que prohíbe matar «no cabe atribuirle ninguna excepción». San Agustín demostrará por fin un poco más tarde que para el buen cristiano es indiferente vivir bajo tal o cual gobierno, obedecer al imperio o a los bárbaros, con tal de que el estado no lo obligue a ninguna impiedad o inequidad.

No hay, quizá, en la historia del género humano, una tragedia comparable a esta. Durante diez siglos, la civilización antigua había trabajado incansablemente para crear el estado perfecto, sabio, humano, generoso, libre, justo, que hiciera reinar la belleza, la verdad y la virtud sobre el mundo. Ese estado perfecto había sido la suprema ambición de Grecia y Roma, tanto de la Roma republicana como de la Roma imperial. Guerreros y hombres de estado, filósofos y oradores, poetas y artistas habían aportado lo mejor de sus esfuerzos, durante siglos y siglos, en esta obra inmensa. Arístides y Pericles, Escipión y Augusto, Platón y Aristóteles, Demóstenes y Cicerón, Homero y Virgilio, Horacio y Tácito, Vespasiano y Marco Aurelio habían sido colaboradores en esta única creación. Y ese maravilloso esfuerzo de tantos siglos y de tantos genios desembocaba, en el siglo III de nuestra era, en la más espantosa crisis de anarquía y desorden que había existido nunca; en el despotismo violento y corrupto de la fuerza bruta, despojada de toda autoridad moral; en la destrucción de la civilización más refinada; en la necesidad de arrodillarse ante un soberano asiático como ante un Dios viviente, a fin de salvar lo que todavía pudiera ser salvado del viejo mundo y de sus tesoros. La esclavitud monárquica, que durante tantos siglos había sido considerada por el espíritu grecorromano como lo más abyecto e ignominioso que el hombre podía soportar, ¡resultaba ser la recompensa al largo

esfuerzo de los dos pueblos más grandes de la antigüedad por crear el estado perfecto! ¿Qué civilización, ante una decepción semejante, no habría perdido la esperanza en sí misma y en el porvenir?

Pero el cristianismo supo, por el contrario, hacer frente a esta catástrofe que parecía ir a arrasar el mundo antiguo en toda su concepción de la vida mediante una de las revoluciones espirituales más audaces, más originales y grandiosas, de las que la historia haya guardado memoria. Doy la vuelta por completo al punto de vista antiguo al afirmar que el hecho de que un estado sea bueno o malo, justo o inicuo, sabio o estúpido, es cosa que solo tiene importancia para quienes gobiernan y quienes hacen el mal, pero carece por completo de ella para aquellos que son gobernados y que tienen que sufrir las iniquidades de los poderosos. El propósito supremo de la vida es la perfección religiosa y moral del individuo; a esa perfección cada uno puede llagar con su esfuerzo, cualesquiera que sean los gobernantes y las instituciones, ya sean estas buenas o malas. El hombre no tiene más que un solo señor verdadero, Dios; si sirve bien al único y supremo Señor, si merece su amor y su alabanza, el resto no cuenta. Los poderosos de la tierra se vuelven impotentes.

Esta concepción nueva de la vida, mediante la cual el cristianismo daba vuelta de arriba abajo a las bases intelectuales y morales de la civilización antigua, es la que triunfa definitivamente en medio del espantoso desorden del siglo III como reacción suprema contra ese desorden. Su triunfo es el acontecimiento más importante de la crisis de ese siglo. La influencia que esa concepción nueva de la vida está llamada a ejercer sobre el porvenir será inmensa, porque va a imprimir durante siglos una nueva dirección a toda la civilización occidental.

3

Diocleciano y la reforma del imperio

I

El hombre al que las legiones habían elegido para suceder a Carus era también un dálmata, como Claudio y como Aureliano, aunque de nacimiento todavía más oscuro. La tradición incluso afirma que era hijo de un liberto. Había sido soldado desde muy joven y se formó en la escuela de tres grandes generales: Claudio, Aureliano y Probo. Pero ese bárbaro, ese soldado, era un hombre de genio.

Apenas elegido, Diocleciano tuvo que librar una guerra civil. Carino, que acababa de luchar contra los yacigios, no quería renunciar a la sucesión de su padre. Uno y otro bando se prepararon durante varios meses para el combate y, en la primavera del año 285, los dos ejércitos se encontraron en Moesia. Parece que Diocleciano habría llevado las de perder si la muerte de Carino, asesinado por uno de sus oficiales, no le hubiera facilitado el triunfo. Pero la nueva guerra civil provocó una de las crisis ordinarias en el imperio. Las provincias, abandonadas a sí mismas durante meses, se pusieron a proclamar nuevos pretendientes. Una enorme insurrección de campesinos arruinados y de endeudados colonos insolventes, la revuelta de los bagaudas, estalló en la Galia. En las fronteras, los bárbaros volvían a agitarse, y los piratas hostigaban las costas de la Galia y de Britania. Diocleciano comprendió que la tarea era demasiado pesada para un solo emperador y, poco después de su advenimiento al poder, en la segunda mitad del 285, parece que llamó a su lado a uno de sus compañeros de armas, Maximiano, hijo de un colono de la Panonia

de los alrededores de la ciudad de Sirmio. Maximiano era un valeroso soldado, pero no era más que eso; es probable también que Diocleciano no pensara de entrada hacer de él un igual, sino un lugarteniente firme y fiel. Y, en efecto, Maximiano no recibió el título de augusto, sino el de césar. Solo su éxito contra los bagaudas, cuya revuelta ahogó en sangre en pocas semanas, hizo cambiar de idea a Diocleciano, quien, en el 286, le confirió el título de augusto y entregó, cuando menos al principio, iguales poderes a los dos jefes del estado sin alterar por ello la unidad política y legislativa del imperio. Claro que cada uno tenía su propio ejército, su prefecto del pretorio, su presupuesto particular, pero las leyes y la moneda siguieron siendo comunes, y los actos públicos llevan los nombres de los dos. El nombre de Diocleciano venía, no obstante, en primer lugar, y su voluntad era siempre preponderante porque, por más que su poder no fuera más grande que el de Maximiano, su autoridad personal y su valor eran muy superiores. La administración y las fuerzas militares de los augustos eran distintas, pero sin límites infranqueables, ya que nunca vacilarían en penetrar por cualquier motivo en los territorios que les habían sido respectivamente confiados.

En suma, a la cabeza del imperio ya no había un emperador, sino dos, iguales en poder, del mismo modo que, durante muchos siglos, hubo dos cónsules a la cabeza de la República. Por lo demás, esa reforma, ya intentada por Valeriano al comienzo de la crisis del siglo III, se imponía ahora como necesidad. El imperio era amenazado por todos lados. De nuevo, aprovechando la revuelta de los bagaudas, los hérulos, burgundios y alamanes atravesaron el Rin; además, el capitán de la flota encargada de dar caza a los piratas sajones y francos, un tal Carausio, se puso de acuerdo con estos en secreto y, condenado a muerte por Maximiano, se rebeló y tomó el título de augusto en Britania, se apoderó de la isla y de varias ciudades de la costa de la Galia y creó una potente flota, al amparo de la cual desafió la autoridad de los dos legítimos emperadores. La situación no era menos crítica en Oriente, donde el imperio seguía siendo amenazado, como lo venía siendo desde Valeriano, es decir, desde que Roma perdió su principal defensa contra el nuevo imperio de los Sasánidas: Armenia. Tener dos emperadores, uno en Oriente y otro en Occidente, no estaba pues de más. En efecto, mientras que Maximiano conseguía rechazar en el

Rin la nueva invasión germánica, Diocleciano intentaba entrar en Armenia intrigando más que combatiendo. El momento le era favorable. La guerra civil había debilitado al imperio persa a tal punto que el rey Bahram había enviado embajadores a Diocleciano para solicitarle su amistad; Armenia estaba descontenta con la dominación persa; el heredero de la corona armenia, Tiridates, vivía exiliado en Roma y bien a su pesar. Diocleciano lo empujó y ayudó secretamente a reconquistar el trono, y Tiridates, aprovechando la difícil situación del rey de Persia y el descontento en Armenia, pudo, sin resistencia, mediante un golpe militar hábilmente preparado, recuperar la posesión del reino de sus padres. Armenia estaba de nuevo bajo la influencia de Roma, y el rey de los persas, lejos de hacer la guerra, hubo de resignarse a reconocer un hecho consumado.

Este éxito mejoró la situación en Oriente, por más que un nuevo enemigo —los sarracenos, venidos del desierto de Siria y de Arabia — hiciera aparición sobre los territorios romanos, saqueándolos y devastándolos, y que Egipto hubiera comenzado a agitarse por razones que nos son desconocidas. Pero en Occidente, por el contrario, las dificultades no disminuían. Maximiano no había podido dar cuenta de Carausio, quien había enrolado un gran ejército de francos y sajones; nuevos movimientos amenazadores se producían en Germania, donde godos, vándalos, gépidos y burgundios estaban en guerra. En la Europa oriental, los sármatas también se removían; en Numidia, en Mauritania, los indígenas comenzaban a agitarse de nuevo. Los dos augustos se esforzaban en hacer frente a todas esas dificultades, yendo de uno a otro confín del imperio, confiriendo a tal o cual general poderes civiles y militares más amplios, haciendo a veces de la necesidad virtud y, puesto que no lograban vencerle, reconociendo a Carausio como tercer augusto. Varios años de experiencias terminaron por convencer a Diocleciano y a Maximiano de que ni siquiera dos emperadores daban abasto con la tarea, y en el año 293 Diocleciano se decidió a dividir todavía más la administración del imperio: dio a los dos augustos dos nuevos colaboradores oficiales con un grado sin embargo inferior: dos césares. Uno de los dos llamados a tan alta dignidad fue Galerio, un soldado enigmático y capaz, sin cultura refinada, originario de Dacia. El otro, Constancio —apodado Cloro, a causa de su tez pálida—, descendía, por el contrario, del lado

materno de Claudio el Gótico; era de familia rica, de carácter amable y espíritu cultivado; un aristócrata alejado de la banda de arribistas que gobernaba el imperio. Las provincias fueron distribuidas entre los cuatro emperadores de la manera siguiente: Diocleciano guardó para sí la parte más oriental del imperio, Bitinia, Arabia, Libia y Siria; Galerio tuvo Dalmacia, Panonia, Moesia, Tracia, Grecia y el Asia Menor; Maximiano, Roma, Italia, Retia, Sicilia, Cerdeña, Hispania y todo el resto de África; Constancio, Britania y la Galia. Dadas las razones de su elevación al trono, los jefes del imperio no debían residir en Roma, sino en las principales líneas fronterizas: Diocleciano en la ciudad de Nicomedia, en Bitinia; Galerio en la de Sirmio en Panonia; Maximiano, en Milán: y Constancio, en Tréveris, en la Galia.

II

Pero la multiplicación de emperadores, como ya hemos observado al hablar de Valeriano, era un remedio de naturaleza geométrica cuando el mal del que moría el imperio era de naturaleza moral. Por sí solo, ese remedio no podía ser más eficaz en ese momento de la historia de lo que había sido en tiempos de Valeriano. Habría podido incluso, por el contrario, acelerar el desmembramiento del imperio empujando a cada uno de los emperadores a volverse independiente. Pero Diocleciano completó esa repartición de Europa mediante una reforma orgánica y profunda de toda la institución suprema. Esa gran reforma estaba, en el 293, ya completada, y debía darle al poder de los cuatros emperadores al mismo tiempo una legitimidad más cierta y más respetada, así como órganos de gobierno más poderosos y eficaces, y aumentó de ese modo la fuerza y la autoridad de la suprema carga. Emprendiendo resueltamente la vía por la que Aureliano había dado los primeros pasos un tanto tímidamente, Diocleciano fijó oficialmente el principio de la divinidad de los emperadores. Los emperadores son a Deis geniti et deorum creatores; Diocleciano toma el título de Júpiter, Maximiano, el de Hércules, y la divinidad de la que ellos y el imperio reciben su fuerza es, precisamente, el dios del Sol, Mitra, dispensador de tronos e imperios.

Esa nueva majestad divina del imperio es inculcada bajo formas tangibles en la conciencia de los sujetos. Las relaciones de estos y los emperadores, así como todos los actos exteriores de la soberanía, son objeto de un ceremonial que los dos primeros siglos de nuestra era habían ignorado. El emperador debe llevar una diadema como los grandes monarcas orientales, una diadema de rayos, como el sol, que lo ilumina con su gracia. Su atuendo y su calzado deben estar salpicados de piedras preciosas. Ya no es un simple mortal, como lo eran Augusto, Trajano y Vespasiano, al que uno tenga derecho a acercarse cualquier día y a cualquier hora, o que aborde con familiaridad a otros hombres y cuya casa se abra con facilidad a todos los ciudadanos libres. Para dirigirle la palabra, hay que observar un protocolo especial, y cuando se llega a su presencia, es de rigor prosternarse en una especie de adoración. El absolutismo oriental triunfa finalmente sobre las ruinas del helenismo y del romanismo, destruidos poco a poco por la gran crisis del siglo III en un imperio que ahora los bárbaros pueblan y gobiernan en gran parte.

Pero no servía de gran cosa conferir al poder supremo de una autoridad mayor y un prestigio divino si al mismo tiempo venía a debilitarlo la pluralidad de personas que debían ejercerlo. Por dividido que estuviera entre cuatro soberanos, el poder supremo debía, según Diocleciano, permanecer como una monarquía, es decir, como una unidad. ¿Cómo intentó resolver el insoluble problema de levantar una monarquía, un gobierno dotado de una fuerte unidad, con cuatro soberanos? De entrada, subordinando los dos césares a los dos augustos y asegurándose para sí, entre los dos augustos, la función de regulador y de coordinador supremo. El título de Júpiter que toma, puesto al lado del de Hércules acordado a Maximiano, indica una relación de superior a inferior. Además, aplica a la monarquía divinizada, para hacer de ella una unidad, el principio dinástico de la monarquía asiática, que ya se había infiltrado, en los siglos I y II, en la constitución de la autoridad suprema del imperio romano. Augustos y césares forman una sola familia. Al igual que Maximiano había sido adoptado por Diocleciano, los dos césares son adoptados por los dos augustos; repudian a sus esposas para casarse con las hijas de los augustos, que los adoptan como hijos: una especie de incesto dinástico que recuerda a la monarquía egipcia de los faraones y de los Ptolomeos.

Al sumar al principio religioso y al dinástico el principio de la cooptación, podría creerse resuelta la más espinosa de todas las cuestiones que concernían a la autoridad suprema, aquella que desde hacía tres siglos agitaba al imperio en vano: la cuestión de la sucesión. A la muerte de un augusto, su césar debía ocupar su lugar y nombrar a su vez a otro césar, al que haría entrar en la familia divina de los señores del mundo.

Pero no era solo autoridad lo que necesitaba el poder supremo para curar las heridas del imperio: también necesitaba fuerza, es decir, órganos hábiles, seguros, obedientes. Diocleciano intentó infundir esa nueva fuerza al estado con la creación de un sistema burocrático completo que ya no dependía del senado, sino solo y exclusivamente del Emperador-Dios, como en las monarquías asiáticas. Puede que él no dejara de notificar al senado su elección al trono y las elecciones sucesivas, ni de respetar todavía ciertas formas consagradas por la tradición. Pero, de cualquier modo, el senado, en tanto que cuerpo político, es anulado. Puede escuchar sus consejos, pero también puede no seguirlos. Ya no tiene provincias que administrar, puesto que estas han pasado a estar bajo jurisdicción del emperador; el senado es excluido de la dirección política y es remplazado por el Consistorium principis, el nuevo cuerpo que examina, como el antiguo senado, las cuestiones de carácter legislativo y que está formado por todos los grandes funcionarios del estado. Toda la administración depende pues ahora del emperador y de su Consistorium principis, y es en representación suprema suya que actúa esta; una administración formada por una burocracia reclutada sin consideración a rangos sociales, descendencias o nacionalidades, y en la que todos los sujetos del estado, y muy pronto los propios bárbaros, no tardarán en ser admitidos en igualdad de condiciones.

III

Aquella era, desde el punto de vista de las tradiciones grecolatinas, una gran revolución. La civilización griega y la civilización latina se habían basado, ambas, en el doble principio aristocrático, necesario

y casi místico, de la inelegibilidad de pueblos y de clases. Ese doble principio aristocrático implicaba, en las relaciones exteriores, la superioridad innata y eterna de los griegos o de los romanos sobre los otros pueblos; y en las relaciones interiores, la superioridad innata y eterna de las clases a las que pertenecía el privilegio de mandar al común de los mortales. Los gobiernos griegos y latinos fueron casi todos aristocráticos, basados en el privilegio hereditario de una pequeña oligarquía, la única cualificada para gobernar. Los ensayos de gobiernos verdaderamente democráticos, en los que los cargos podían ser ocupados por hombres de todas las clases, incluidas las clases medias y las populares, fueron raros y de poca duración. El más célebre de esos ensayos fue el de Atenas, pero sabemos a qué catástrofe condujo. En cuanto a Roma, nunca fue gobernada por una democracia, ni siquiera en los momentos más agitados de la República; y el mismo imperio romano, hasta Caracalla, es decir, hasta el inicio del siglo III, menos de un siglo antes de Diocleciano, había sido gobernado por lo que podríamos llamar «la aristocracia de una aristocracia». Las órdenes senatorial y ecuestre, que ejercían como privilegio todos los altos cargos del imperio, eran una aristocracia reclutada entre los ciudadanos romanos, los cuales por su lado, nobles y plebeyos, ricos y pobres, sabios e ignorantes, constituían en su conjunto, entre las poblaciones del imperio, una segunda aristocracia dotada de privilegios importantes y sometida a un derecho penal especial. La civilización grecolatina estaba basada pues en el poderío de sus élites, y ese poderío lo estaba su vez en la idea de que los hombres y los pueblos no son moralmente iguales, sino desiguales. Una de las consecuencias de ese carácter aristocrático del estado y de la sociedad grecolatinos era la limitación de los ámbitos de los que se podía extraer el personal dirigente y, por consiguiente, la limitación en el desarrollo de todos los órganos políticos y administrativos. Hoy día nos cuesta comprender por qué Roma, incluso en el apogeo de su poderío, dudó con tanta frecuencia en extender sus conquistas y en agrandar su imperio. Pero una aristocracia es un cuerpo cerrado, que no se improvisa ni se desarrolla a voluntad, como puede improvisarse y desarrollarse una burocracia reclutada entre todas las clases sociales y todas las naciones; por eso Roma tuvo siempre que velar para no extender su imperio de una forma que hiciera que su aristocracia no pudiera proveer el suficiente número de administradores y de oficiales; y por eso se esforzó igualmente

siempre en administrarlo con la menor cantidad de funcionarios posible. Por más que no podamos dar cifras precisas, de todo lo que sabemos sobre la historia interior y exterior del imperio se deduce indirectamente que los cuadros de la administración romana fueron relativamente restringidos hasta el final de la dinastía de los Antoninos. Administrar con el mínimo de funcionarios fue regla constante del gobierno imperial, justamente porque era un gobierno aristocrático.

En la época de la que hablamos, el cristianismo había propinado ya, en el dominio de las ideas, un golpe mortal a la organización aristocrática de la civilización antigua al afirmar que todos los hombres eran hijos del mismo Dios y que eran todos iguales para él. La doctrina de la igualdad moral de los hombres ya había sido enunciada por algunos grandes filósofos de la Antigüedad, pero solo el cristianismo consiguió hacerla penetrar en la consciencia universal, destruyendo así en su mismo fundamento al auténtico gobierno aristocrático y creando la democracia moderna. Tras ser destruido en la conciencia de las masas el principio según el cual los hombres no sería moralmente iguales, sino desiguales, la aristocracia pudo ser todavía una convención social aceptada en ciertas épocas por conveniencia, pero dejó de ser esa forma orgánica y casi sagrada de la sociedad civil que había sido en la Antigüedad. Lo que explica por qué en el mundo cristiano y musulmán los gobiernos aristocráticos han sido siempre débiles y deben ser considerados como pálidas imitaciones de las verdaderas y grandes aristocracias del mundo antiguo.

A su vez, Diocleciano propinó, en el dominio de la política, un golpe mortal al principio aristocrático con su reforma de la administración. Hubo, sin lugar a dudas, un vínculo entre los dos hechos. Los progresos del cristianismo fueron una preparación necesaria para la reforma de Diocleciano. Pero sobre todo son, naturalmente, razones de orden político las que empujaron al emperador a llevar a cabo esa reforma; y, entre esas razones, la más importante fue la necesidad de remplazar la organización aristocrática del imperio, destruida con las crisis del siglo III, por una nueva organización que conviniera a las exigencias políticas y militares generadas por esas mismas crisis. La escasez de personal y la pequeñez de los órganos políticos y administrativos, en

comparación con la extensión del imperio que había que gobernar, habían estado entre las primeras causas de la catástrofe a la que, en el transcurso de los últimos cincuenta años, había sucumbido la aristocracia del imperio. Había que crear una administración que dispusiera de fuerzas y de órganos proporcionados no solo a la grandeza del imperio, sino también al esfuerzo cada vez más considerable que debía hacer el estado para detener el amenazante curso de la disolución universal. ¿Y dónde reclutar esa administración, ahora que la aristocracia, ya insuficiente en el siglo II, había desaparecido casi por completo, si no escogiendo los funcionarios entre todas las clases y entre todas las poblaciones?

La multiplicación de los cargos y de los funcionarios, de lo más alto a lo más bajo, fue pues uno de los principios de la gran reforma de Diocleciano. Por primera vez en la historia de ese imperio fundado por una aristocracia militar, Diocleciano separó la administración civil de la administración militar y puso a la cabeza de cada provincia a dos funcionarios con sus respectivos empleados: el proses o gobernador civil y el dux o gobernador militar. Esa reforma tenía ciertamente dos fines: de una parte, hacer más difíciles, gracias a la división de poderes, los pronunciamenti de las legiones en las provincias y las continuas proclamaciones de nuevos emperadores, verdadera plaga del siglo III; de la otra, remediar las insuficiencias del estamento militar que, reclutado ahora casi por entero en las provincias menos civilizadas, no siempre tenía las cualidades necesarias para el gobierno civil de un imperio que, por muy en decadencia que estuviera, no dejaba de ser heredero de una gran cultura. Pero, entretanto, otro principio vital de la civilización antigua, la unidad de todas las funciones públicas, se hallaba destruido. Hay que señalar también que la división entre autoridad civil y autoridad militar, que nos parece uno de los progresos políticos más importantes en la historia de la civilización, aparecía por primera vez en la historia del imperio romano como un apaño en una época de decadencia. Eso no es todo: a esta reforma se une otra que podríamos definir como la parcelación de las provincias. Diocleciano no se limita en absoluto, como Valeriano, a multiplicar el número de emperadores, multiplica también el de los gobernadores al asignar a cada uno de ellos un territorio más restringido con el fin de que lo gobierne más fácilmente y de que, al disponer de fuerzas mediocres, no pueda convertirse en un peligro.

Así es como hacia el año 297 pueden contarse noventa y seis autoridades civiles para las provincias en lugar de las cincuenta y siete que había encontrado Diocleciano a su llegada al poder.

Al mismo tiempo, para impedir que esa parcelación de las provincias debilitara el imperio y la fuerza de la autoridad central, instituyó las diócesis. Hasta entonces, las diócesis habían sido las subdivisiones fiscales y judiciales de las provincias. La diócesis de Diocleciano es el agrupamiento de varias provincias en una circunscripción superior bajo las órdenes de un nuevo mandatario: el vicario. El número de vicarios es de doce: cinco en Oriente, con los nombres de Oriens, Póntica, Asiana, Tracia y Moesia; y siete en Occidente, con los nombres de Panonia, Britania, Galia, Vienensis, Italia, Hispania y África. De ahora en adelante, habrá pues dos augustos y dos césares a la cabeza del imperio. Inmediatamente por debajo de ellos, doce vicarios a la cabeza de otras tantas diócesis y, al lado de estos, los procónsules, gobernadores de ciertas provincias privilegiadas. Por fin, por debajo de los vicarii, estarán los presides o, a veces, los consulares o correctores, como se llama indistintamente a los gobernadores de las nuevas provincias reducidas. Al lado de esta jerarquía civil vienen los duces, jefes militares, cuyos poderes territoriales están determinados por razones militares y no se corresponden necesariamente con la extensión de las provincias o de las diócesis.

Pero la multiplicación de los jefes del estado, su reparto en determinados centros estratégicos y la separación del poder civil y el poder militar no eran bastante para reforzar la defensa del imperio. El aumento del ejército debía completar la reforma administrativa. Hizo falta cuadruplicar la guardia de los emperadores, sumar a los veteranos pretorianos los nuevos, que formarán las milites Palatini y Comitatenses. También hubo que aumentar los efectivos militares. Diocleciano los subió de 350.000 soldados a 500.000 y, proporcionalmente, aumentó todavía más el número de oficiales. Para encuadrar con más fuerza cada legión y asegurarse su fidelidad, redujo sus efectivos y multiplicó los tribunos militares.

La pluralidad de tribunales, el desarrollo de la burocracia central y provincial y el aumento del ejército exigían mucho dinero y nuevos

recursos para el presupuesto. Diocleciano los proporcionó con mucha energía e ingenio. Comienza por decretar una revisión general del valor de las tierras, un nuevo catastro, como diríamos hoy, e introduce sobre la marcha un nuevo sistema de impuestos uniforme para todas las provincias, pero en el que se debía tener en cuenta estrictamente la calidad de los terrenos y de sus rendimientos. A tal efecto, crea una nueva unidad fiscal denominada, según los lugares, jugum, caput, millena o centuria, que comprendía tierras de naturaleza distinta y de diferente extensión, pero cuyo conjunto debía tener un valor idéntico y, por consiguiente, aportar una idéntica contribución. Por ejemplo, como cinco jugera de viñas o veinte jugera de tierras cultivables de primera calidad hacían un jugum, mientras que para llegar al mismo resultado eran necesarias cuarenta jugera de segunda calidad y sesenta de tercera; y cualquiera que fuera el cultivo, hacía falta más si el terreno estaba en la montaña y menos si estaba en el llano. La recaudación del impuesto era regulada con el mayor cuidado. La suma pues que el estado imponía a una circunscripción fiscal que abarcaba un cierto número de juga era notificada a los decuriones (los miembros del pequeño senado de cada ciudad), los cuales repartían el montante entre los propietarios y los arrendatarios del suelo público (possesores), exceptuando aquellos que no poseían más que una pequeña porción, y se encargaban de vigilar de cerca que ese montante fuera cubierto, pues eran responsables de lo que faltara. El sistema tributario parecía perfecto y con un rendimiento asegurado.

IV

Gracias a la reforma de Diocleciano, el imperio romano salió renovado de la gran crisis del siglo III. En adelante, será una vasta cosmópolis de razas diversas, medio bárbaras en la mayoría de los casos, gobernadas por el despotismo asiático de cuatro soberanos-dioses, sometidas a una burocracia innumerable dependiente de esos soberanos y reclutada sin distinción de nacionalidad, de nacimiento o de rango social. No puede negarse que el imperio ha recuperado, gracias a esas grandes reformas políticas y

administrativas, una parte de su antigua prosperidad. Diocleciano consiguió reconstituir, hasta cierto punto, el poderío y la unidad del imperio. De entrada, se ocupó de Britania. Carausio había sido asesinado por uno de sus oficiales, un tal Alectus, que se vanagloriaba de haberle sucedido. Alectus fue derrotado y muerto (en 296). En Alejandría, una insurrección, cuyo objetivo parece haber sido el de oponer un pretendiente propio a los soberanos legítimos, fue rápidamente reprimida (en 296). Y por fin, en Persia, se superaron serias dificultades. En el año 294, había muerto el rey de Persia, Bahram, y le había sucedido su hijo Narsés. Bajo su reinado se produjo una reacción contra la política conciliadora de su predecesor; en el 296, aprovechando que Galerio se hallaba en Panonia y que Diocleciano estaba ocupado en Egipto, Narsés se lanzó sobre Armenia, amenazando al mismo tiempo Siria. Galerio, al que Diocleciano había llamado de inmediato y enviado contra los persas, cometió la imprudencia de atacar al enemigo en el mismo terreno sobre el que, tres siglos y medio atrás, las legiones de Craso habían encontrado la muerte. Y también él fue batido. Diocleciano tuvo que reconstruir el ejército destruido enrolando en él a muchos de los bárbaros de Occidente, buena parte de ellos godos y dacios, para intentar invadir el país enemigo por otro lado, siguiendo los caminos montañosos de Armenia.

El nuevo ejército fue confiado a Galerio, quien ansiaba vengarse de su precedente derrota, cosa que logró. Mediante un impetuoso ataque nocturno, no solo destruyó el campamento persa, sino que capturó a toda la familia real. Únicamente Narsés, herido, consiguió escapar por poco. Envalentonado, Galerio soñaba ya, cual nuevo Alejandro, con la conquista de Persia. Pero los bárbaros amenazaban de nuevo las fronteras; en ese mismo año 297, Constancio se vio obligado a partir hacia Britania y, mientras que los germanos, crecidos ante su ausencia, amenazaban la Galia, Maximiano tuvo que correr a África, donde había estallado otra rebelión.

Diocleciano estaba pues dispuesto a hacer las paces con Persia, y a principios del 298, esta se hallaba concluida y en condiciones que podían hacer recordar los lejanos tiempos en que Roma triunfaba en todas partes. Toda Mesopotamia, antaño conquistada por Septimio Severo, era restituida al imperio; además, el rey de Persia cedía

cinco provincias armenias del alto valle del Tigris, conquistadas antaño por Sapor I. Las diferentes fuentes no se ponen de acuerdo en determinar cuáles. Armenia, hasta Zinta en el reino de Atropatene, era entregada a Tiridates; la Iberia (actual Georgia) se convertía en estado vasallo, pero no ya de Persia, sino de Roma. El imperio romano recuperaba en Oriente una frontera estratégicamente excelente para la defensa de Siria y del Asia Menor, y unos aliados valiosos; en suma, concluía una paz que habría de durar cuarenta años.

Durante ese tiempo, Diocleciano conseguiría restablecer sólidamente el orden en el interior del imperio. La anarquía crónica llegaba a su fin ante un gobierno estable y uniforme. Firmemente conducido por dos augustos y los dos césares, y por la recia voluntad y el vigoroso pensamiento del primero de los augustos, el navío del estado desplegaba sus velas hacia un horizonte sonriente. La meticulosidad de las leyes pesaba sobre los sujetos, pero también los unificaba con una fuerte disciplina pública; incluso el aumento de los impuestos parecía compensarse con su nuevo reparto, con los métodos racionales para su recaudación y con la renovada prosperidad general. La nueva familia imperial disfrutaba del favor universal; su divinidad ya no incomodaba a nadie, incluso era adorada por los pueblos sometidos, y la felictas sæculi parecía querer coronar los duros esfuerzos de dieciocho años de penosa labor. La crisis política y militar, comenzada con la muerte de Alejandro Severo, parecía pues terminada.

V

Desafortunadamente, había en la obra de Diocleciano una contradicción que la minaba soterradamente. Había intentado salvar al imperio de los bárbaros que lo amenazaban desde el exterior, haciéndolo bárbaro en su interior; dicho de otro modo, había rematado la destrucción del romanismo y del helenismo producida por la crisis del siglo III, convirtiéndola por así decir en oficial, mediante una reorganización del imperio basada en principios opuestos a aquellos sobre los que se apoyaba el estado

griego y latino, y aniquilando así lo que había sido el alma, la fuerza, el sostén del helenismo y del romanismo: la unidad de las funciones públicas, la organización aristocrática de la sociedad, el espíritu político y el politeísmo. En otros términos, Diocleciano remplazaba una maravillosa civilización, que había sido durante siglos una unidad viva en sus órganos diversos —religión, familia, estado, cultura intelectual— por un sistema de instituciones que, aparte de algún recuerdo histórico persistente de la grandeza de Roma, no tenía otro principio espiritual que el culto asiático del Soberano-Dios: un principio demasiado nuevo y demasiado pequeño como para poder animar una masa inmensa como era el imperio. Este queda como un gran cuerpo con un alma pequeña y débil en busca de un alma de su talla. El orden instaurado por Diocleciano era, pues, un orden vacío; y en ese orden vacío, nacen y se desarrollan dos corrientes contrarias. Una tiende a resucitar, con la restablecida paz, la cultura antigua —literatura, arte, filosofía, religión— gracias a lo que todavía queda de ella. Esa cultura había sido tan rica, tan gloriosa, que eran muchos los que no podían creer que, incluso tras tantas calamidades, hubiera muerto, y querían a todo precio hacerla revivir con su antigua unidad. La otra corriente tendía a llenar el vacío del orden restablecido con la nueva doctrina cristiana que tumbaba la antigua concepción de la vida y del estado. Al destruir definitivamente la estructura aristocrática de la sociedad antigua, Diocleciano había apartado el principal obstáculo a la cristianización del imperio, y por formidables que fueran todavía los obstáculos que persistían, estos no desalentaban a una doctrina animada por un impulso tan poderoso y por una consciencia tan fuerte de su misión de regeneración del género humano.

Situados entre estas dos corrientes, Diocleciano y sus colegas intentaron favorecer la primera, sin oponerse en todo caso seriamente a la segunda. Se esforzaron en devolver su importancia al estudio de la jurisprudencia, de la literatura, de la arquitectura, protegiendo las escuelas y a los profesores, recompensando y honrando a los hombres de élite. Así fue cómo Diocleciano llamó a Nicomedia al gramático Flavio y al retórico Lactancio, y protegió la escuela de Derecho de Beritus e intentó atraer a ella como estudiantes incluso a jóvenes árabes. Así fue igualmente cómo Constancio Cloro escogió de entrada para el magister memoriæ al

famoso retórico Eumenes y luego le nombró profesor de la célebre escuela de Augustodonum. Es doctrina oficial del nuevo régimen, expuesta por Eumenes en páginas de gran elocuencia, el que las letras son la fuente sagrada de todas las virtudes y la mejor preparación para todas las carreras, incluso para la de las armas. Esa atención a la vida espiritual se explica fácilmente. Por venido a menos que estuviera el imperio después de tantas calamidades y con tantos bárbaros en el poder, seguía necesitando esa gran cultura que lo había creado, engalanado y hecho vivir durante dos siglos. Por el contrario, es mucho más difícil de comprender por qué el imperio pudo vivir durante tanto tiempo, hasta el año 303, en paz con el cristianismo, que en tantos aspectos capitales era contrario al espíritu de la reforma de Diocleciano. Sin embargo, en esa época los cristianos eran muy numerosos en toda la administración y en la corte, y parece que incluso la emperatriz y su hija tenían vínculos con el nuevo culto. Diocleciano era demasiado sabio y demasiado prudente como para no comprender cuán peligrosa habría resultado una persecución para la unidad y la paz del imperio, y durante muchos años se negó a tratar a los cristianos como enemigos. No obstante, había en la corte un partido muy poderoso que no aprobaba esa sensata política y cuyo jefe era Galerio. Ese partido terminó por prevalecer, al parecer por causa de las dificultades que el cristianismo le creaba a la autoridad imperial, particularmente en el ejército con respecto a la disciplina militar. Todavía había entre los cristianos fanáticos que se negaban a prestar servicio militar, como ese Maximiliano que fue ejecutado en Tébessa el 12 de marzo del 295. Así y todo, a medida que la nueva religión se extendía, el número de cristianos que se resignaban a servir en el ejército era cada vez más grande.

Pero si la repugnancia hacia la guerra disminuía, la dificultad que permanecía insoluble era la del culto a los emperadores. Los cristianos no podían reconocer y adorar al Soberano-Dios; sin embargo, este era la base misma de la disciplina militar. En ese punto el acuerdo era imposible y el conflicto tenía que estallar algún día. En el 302, un edicto expulsó del ejército a todos los cristianos y fue seguido, un año más tarde, el 24 de febrero del 303, de otro edicto, el primero auténticamente anticristiano de Diocleciano, que imponía la destrucción de los templos y de los libros cristianos, la disolución de las comunidades y la confiscación

de sus bienes, prohibía las asambleas de fieles y excluía a estos de todo cargo público. El edicto era relativamente moderado, puesto que no contenía ninguna amenaza de muerte, pero su proclamación fue seguida de grandes perturbaciones. Una sedición estalló en Siria, el palacio imperial de Nicomedia fue incendiado. Los enemigos de los cristianos los acusaron de ser los autores de esos desórdenes; por su lado, los cristianos acusaban a sus enemigos de alentar contra ellos, mediante tumultos provocados a propósito, la cólera de Diocleciano.

Es imposible decidir cuál de los bandos llevaba razón. En revancha, lo que sí es seguro, es que esos tumultos provocaron un segundo edicto mucho más duro. Ese edicto ordenaba el encarcelamiento de los obispos, curas y diáconos que se negaran a entregar los libros sagrados, mudos depositarios de la doctrina sediciosa para las autoridades romanas. Pero a Diocleciano le desagradaba evidentemente llevar las cosas al extremo, tanto que, en la segunda mitad de ese mismo año, el 17 de septiembre del 303 aprovechó la gran solemnidad pública de las Vicennalia, es decir, de las fiestas en honor del vigésimo aniversario del gobierno de los dos augustos, para promulgar una especie de amnistía general. Todos los presos cristianos que se declarasen dispuestos a regresar abiertamente a la vieja religión habrían de ser puestos en libertad. En cuanto a los otros, no podían beneficiarse de la gracia e incluso, en razón de su insensata obstinación, habrían de ser tratados en lo venidero con mayor severidad.

Esos edictos son el documento más elocuente del poderío del cristianismo. Dan testimonio claramente de las vacilaciones de Diocleciano para lanzarse contra un enemigo que sabía numeroso y fuerte. Como hace siempre un estado cuando se enfrenta con un peligro sin tener fuerza suficiente para eliminarlo, también Diocleciano tuvo que recurrir a medidas que se quedaban a medias y que no podían traer otro resultado que el de agravar el mal. La resistencia de los cristianos se agudizó y el imperio se vio obligado a tomar medidas rigurosas, cosa que de entrada se había abstenido de hacer. A fines del 308 o del 309, Diocleciano cayó gravemente enfermo y Galerio asumió la regencia de Oriente. El partido de la lucha a ultranza y de la intransigencia prevaleció entonces en el gobierno: Galerio y Maximiano se pusieron de acuerdo para

promulgar el último edicto de persecución que Diocleciano se avino a suscribir. Ese edicto obligaba a todos los súbditos del imperio a hacer sacrificios a sus divinidades bajo pena de toda clase de castigos corporales reservados a los recalcitrantes.

Esa persecución duró ocho años. Pero, si bien fue la más violenta y sistemática de todas las que emprendió el imperio contra el cristianismo, no tuvo esa implacable ferocidad que la tradición eclesiástica habría de atribuirle. Fue llevada a cabo de manera diferente, con mayor o menor dureza, según los países y según el carácter de los césares y augustos. De ese modo, Constancio Cloro solo destruyó algunas iglesias sin concentrarse en violentar la conciencia de los fieles. Si ordenó ejecuciones, estas fueron debidas en gran parte a la intensa reacción y a la auténtica fe en sacrificio que empujaba —con alegría— a numerosos fieles al martirio. Pero Diocleciano tuvo poca participación en las diversas vicisitudes de esta larga persecución, algo cuya gran importancia histórica se verá más adelante. Sus veinte años de gobierno lo habían agotado y, aunque todavía no había alcanzado los sesenta, su vida febril y extenuante había minado antes de tiempo su robusta constitución.

Desde hacía años meditaba su retirada, una retirada que le permitiera asistir como espectador desinteresado al cumplimiento de sus grandes reformas sin que tuviera que estar presente en todas partes para dirigirlas. E hizo que le construyeran un retiro en Salone, en Dalmacia, para apartarse en él. Pero deseaba una cosa más: no estar solo a la hora de retirarse de los asuntos del estado y llevarse con él a su fiel compañero de fatigas, Maximiano, a quien había hecho jurar que lo imitaría. ¡Aquel diligente administrador parecía poseído por la peligrosa curiosidad de saber qué le sucedería al imperio tras la desaparición de aquellos que lo habían restaurado! Y la gran hora sonó por fin, el primero de mayo del 305. Ese día, a tres millas de Nicomedia, sobre una colina que se elevaba suavemente por encima de la llanura, al pie de una columna que soportaba la estatua de Júpiter, allí donde él mismo había entregado la toga púrpura a Galerio, rodeado por las altas personalidades del imperio y los altos dignatarios del ejército, Diocleciano se despojó de su diadema, de su cetro, de su manto imperial, y nombró como sucesor a Galerio, quien a su vez designó como césar a un oficial de sus protectores, Maximino Daia.

Ese mismo día, quizá a la misma hora, la misma escena tenía lugar en Milán, donde Maximiano cedía su trono a Constancio y colocaba la toga púrpura de los césares sobre los hombros de otro oficial: Severo.

Es entonces cuando comienza para él y para Maximiano esa época de sus vidas conocida en la historia bajo el nombre de «quies augustorum». Sin embargo, parece ser que durante los ocho años que Diocleciano sobrevivió en su inmenso palacio de Salone, entre mar, cielo y montes, pasando de sus batallas a la humildad de su huerto, el viejo y fatigado augusto nunca fue considerado como un hombre común. Hasta el último día de su vida conservó todos sus títulos y recibió todos los homenajes que su pasado merecía: para los nuevos príncipes siguió siendo «nuestro señor y nuestro padre». Y cuando llegó su última hora, el senado de Roma lo honró con esa apoteosis que equivalía a la divinización y que solo se concedía a los emperadores.

Con todo, había vivido lo suficiente como para ver el resultado de la lucha entre el imperio y el cristianismo que él había querido evitar como una terrible calamidad, y para asistir al triunfo definitivo del cristianismo, que en su sabiduría tanto temía y que debió de parecerle un acontecimiento todavía más funesto que la propia lucha. Ese triunfo marcaba el fin de la civilización antigua, y era la consecuencia necesaria de toda la obra que él había realizado con designios bien distintos.

4

Constantino y el triunfo del cristianismo

I

Diocleciano había intentado reconstituir la autoridad sobre tres principios: la división del imperio, la divinidad de los emperadores y la elección por cooptación. Su sistema era, pues, más complicado y refinado que la monarquía asiática fundada sobre los principios dinásticos de herencia y, en cierta medida, sobre la unidad. El hijo no era, por derecho, sucesor de su padre, pero el sucesor escogido se convertía por adopción en hijo del predecesor. Así fue como, en el último reparto del imperio, Diocleciano había excluido del trono al hijo de Constancio Cloro, Constantino, al igual que al hijo de Maximiano, Majencio. Como homenaje supremo a la civilización grecolatina que, a punto de morir, había engendrado ese sistema y a su creador, Diocleciano quiso salvar los derechos soberanos de la inteligencia al no considerar, a la hora de elegir al emperador, ese accidente de un accidente que es el nacimiento, y esforzándose al mismo tiempo por evitar en cada sucesión las luchas por ambición que tanto daño habían hecho al imperio.

Pero el sistema era demasiado complicado para las pasiones violentas y la grosera cultura de los elementos semibárbaros en poder de los cuales había caído el imperio. Y no pudo funcionar. No había transcurrido un año desde la abdicación de Diocleciano y Maximiano, cuando Constancio Cloro moría, dejando, como hemos dicho, un hijo, Constantino, al que Diocleciano había excluido de su nuevo reparto del poder. Pero Constantino era un hombre inteligente, enérgico, muy ambicioso, y en cuanto su padre hubo muerto, juzgó bueno hacerse proclamar césar por sus soldados en Eboracum sin esperar la decisión de los augustos (el 28 de julio del

306). Ese golpe de audacia triunfó. Con el fin de evitar la guerra, Galerio, que era el más anciano y de mayor autoridad de los dos augustos, aceptó el hecho consumado y nombró césar a Constantino, dándole a Severo el rango de augusto. Pero la guerra civil que él había querido evitar al ceder en la Galia, estalló al poco tiempo en Italia, precisamente porque él había cedido en la Galia, y lo hizo de una manera más grave. La vieja Roma soportaba con mal humor el rango de ciudad de provincia en que había caído. La ausencia de la corte y del emperador herían el orgullo de la metrópolis a la vez que lesionaban sus intereses. El senado ya no tenía autoridad, los pretorianos no contaba para nada y al pueblo le faltaban los grandes espectáculos y los beneficios de tiempos pasados. De modo que, aprovechando el pretexto que les ofrecía el nuevo censo ordenado por Galerio, la población y el cuerpo de los pretorianos se levantaron y proclamaron (el 27 de octubre del 306) como augusto al hijo de Maximiano, Majencio, que vivía no lejos de Roma y que también quería, desde la proclamación de Constantino, acceder al trono imperial. Majencio, para afirmar su autoridad, llamó a su padre, que no estaba muy satisfecho con su retirada, y le hizo retomar el título imperial. El sistema de la tetrarquía estaba destruido. ¡A partir de ahora el imperio contaba con seis emperadores, cuatro augustos y dos césares!

Esta vez Galerio no quiso aceptar los hechos consumados y encargó a Severo reconquistar Italia. Pero el nombre de Maximiano, el antiguo colega de Diocleciano, todavía tenía fuerza: los soldados de Severo no quisieron combatir contra el viejo general y prefirieron pasarse al adversario. Severo, tras huir a Rávena, devolvió a Maximiano (en el 307) la toga púrpura con que este, poco tiempo atrás, lo había investido. Una segunda tentativa contra Majencio, dirigida en persona por Galerio, no tuvo mejor suerte. Italia, descontenta con el nuevo régimen y con unos nuevos señores que le eran extraños, se declaró por entero solidaria con Roma y Majencio. Las ciudades cerraron sus puertas al legítimo heredero del poderío de Diocleciano. En esas condiciones, Galerio juzgó prudente no asediar Roma, que había sido tan bien fortificada por Aureliano, salió de la península e invitó a Carnuntum (en la Panonia) al mismísimo Diocleciano, confiando en su consejo y autoridad para encontrar una solución al conflicto que amenazaba con desmembrar el imperio.

El respeto por el fundador de la tetrarquía era grande, pero el resultado fue mediocre. Ni siquiera el creador de la tetrarquía logró reorganizarla. Lo habría logrado, probablemente, si hubiera consentido en volver al poder. Pero no quiso. Maximiano, que había reñido ya con su hijo, y Galerio intentaron en vano persuadirlo de que volviera a vestir la púrpura imperial. La conferencia decidió tan solo que un nuevo augusto, un antiguo camarada de Galerio, Liciniano Licinio, sustituiría a Severo en el gobierno de Iliria (en noviembre del 307), que Maximiano regresaría a la vida privada y que Majencio sería excluido del imperio. El remedio era peor que la enfermedad. Majencio se mantuvo en Italia a despecho de lo deliberado en Carnuntum. Maximiano no se despojó de la púrpura e intentó entenderse con Constantino, al que hizo casarse con su hija Fausta para encontrar en él el apoyo que no había hallado en Majencio. La nominación de Licinio creó nuevas dificultades. Licinio subía hasta el mayor grado del imperio sin haber atravesado el de césar, suplantando así a Maximino Daia y a Constantino. Llegó el turno de que los dos césares protestaran. El primero se hizo proclamar augusto por sus tropas y el segundo reclamó para sí una auténtica investidura por parte de Galerio. A comienzos del 308 había cuatro emperadores, además de Majencio y Maximiano, y ya no había entre esos cuatro ninguna relación de subordinación. Todos los esfuerzos de Diocleciano habían resultado estériles ante las rivales ambiciones de augustos y césares; la unidad del imperio estaba rota de nuevo; la incertidumbre del principio de autoridad sobre el que reposaba el cargo supremo, esa enfermedad mortal que, desde Augusto, no había dejado de atormentar al imperio, engendraba una nueva crisis, que no habría de terminarse sin ríos de sangre. La primera víctima de ella fue Maximiano, que desapareció en circunstancias oscuras. Se dice que conspiraba contra su yerno, y es cierto que Constantino lo hizo arrestar en Marsella y que luego, dos años más tarde (en el 310), desapareció para siempre, sin consideración a los grandes servicios que había prestado al imperio. Es en medio de esos desórdenes e intrigas cuando de golpe, en el 311, tres de los cuatro emperadores legítimos, Galerio, Constantino y Licinio, promulgan un edicto que suspende la persecución del cristianismo.

II

¿Cómo explicar ese repentino cambio de una política que duraba tantos años? ¿A qué debían los cristianos el ver terminarse la última gran persecución que habrían de sufrir? Dada la imposibilidad que tenemos para poder apreciar el papel jugado en ese viraje por las convicciones personales de los emperadores, sí que podemos determinar la influencia ejercida por la peligrosa situación interior del imperio. Era evidente que el acuerdo entre los cinco augustos no podía durar mucho tiempo, ahora que no había entre ellos una autoridad preponderante, y que más pronto que tarde se produciría una nueva guerra civil. Majencio y Maximino Daia eran favorables al antiguo culto pagano y contrarios al cristianismo; Maximino Daia pretendía incluso dotar al paganismo de una organización más fuerte. Es pues verosímil que los otros tres augustos pensaran en procurarse con ese decreto el apoyo del elemento cristiano, tan poderoso, ante futuras eventualidades. En otros términos, los cristianos sacaban provecho del debilitamiento del estado, cuya causa estaba en esa nueva crisis del poder supremo.

El decreto del 311 es pues uno de los signos, luego de tantos otros, que anuncian una nueva guerra civil. Esta pareció estallar, en efecto, inmediatamente después de la proclamación del edicto, con la muerte de Galerio. Licinio y Maximino se prepararon para disputarse la sucesión por las armas, pero poco después pactaron y se repartieron el Oriente. Maximino tomó Asia Menor, Siria y Egipto; Licinio, el resto de las provincias orientales, del Bósforo al Adriático. La crisis iba estallar en breve, pero no en Oriente, sino en Europa. Desde hacía al menos dos años, Constantino, que ya se había destacado en guerras victoriosas frente a francos y alamanes, seguía atentamente los asuntos de Italia. Majencio se consolidaba, preparaba ejércitos destinados, se decía, a arrebatar la Galia a Constantino y la Iliria a Licinio, y se había aproximado a Maximino, que proseguía intensamente con la persecución de los cristianos en Siria, en Egipto y en otras provincias. A su vez, Constantino se acercó a Licinio, al que entregó por esposa a su hermana Constanza, preparó un ejército, estableció contactos secretos en Italia para no repetir el error de Severo y de Galerio, y entró en la península como

en un país enemigo. Una vez que se creyó preparado, a comienzos del 312, atravesó los Alpes por el monte Cenis con cerca de cincuenta mil hombres, la mitad de los cuales eran legionarios escogidos y experimentados; rompió fácilmente las primeras resistencias; se apoderó del valle del Po y a continuación marchó sobre la metrópolis. Majencio no se había movido de Roma, confiando en la sólida posición de la ciudad, en sus numerosos ejércitos y en todos los obstáculos que habían hecho fracasar las expediciones de Severo y Galerio. Pero Constantino había preparado mejor su expedición y tenía a su favor a una parte de la población: los cristianos. No fue pues detenido en el camino por las dificultades y las resistencias a las que Severo y Galerio no pudieron sobreponerse. Cuando Majencio supo que Constantino se aproximaba a Roma a la cabeza de un fuerte ejército tras una marcha victoriosa, y que las poblaciones, cansadas de su gobierno, habían favorecido la invasión, comprendió que no podía permanecer encerrado tras los muros aurelianos y salió de la ciudad para enfrentar al enemigo en campo abierto. La batalla tuvo lugar en Saxa o en Castra Rubra, cerca del actual Puente Milvio, y terminó con la derrota de Majencio. El propio Majencio y una gran parte de su ejército perecieron en el río (el 25 de octubre del 312). Al día siguiente, el vencedor hizo su entrada en Roma. El cuerpo de los pretorianos fue disuelto y su campamento, en el que habían sido proclamados y derribados tantos emperadores, desmantelado. Pero mucho más agradables para el senado debieron de ser ese día las palabras que Constantino quiso dirigirle, prometiendo casi una restauración de sus antiguas prerrogativas. En recompensa obtuvo el título de primer augusto y un arco triunfal que todavía podemos admirar y que fue ornamentado con los restos del arco de Trajano.

III

La conquista de Italia, que en breve sería completada con el sometimiento de África, alteraba profundamente el equilibrio de fuerzas entre los tres emperadores y, sobre todo, empeoraba la situación de Maximino. Precisamente para resolver los problemas de la nueva situación, Licinio y Constantino se reunieron, a

comienzos del 313, en Milán. No sabemos cuáles fueron los asuntos tratados en la nueva conferencia. La paupérrima tradición historiográfica de la época no nos ha transmitido nada. Sin embargo, no es difícil suponer que, mientras que Licinio consentía el nuevo engrandecimiento del poder de Constantino, obtenía a cambio de este la libertad de acción contra Maximino. Pero el Congreso de Milán, sobre el que estamos tan mal informados, es famoso en la historia por otra razón: por el nuevo edicto de tolerancia en favor de los cristianos, que es considerado como el triunfo definitivo del cristianismo. En realidad, no se trata de un triunfo, porque ese edicto todavía no reconoce en absoluto a la nueva religión como superior a las otras, ni como la única religión verdadera o como culto oficial del estado. El edicto se limita a confirmar el precedente del 311 de una manera enfática; concede de nuevo a los cristianos la libertad de culto acordada dos años antes; levanta algunas restricciones todavía remanentes y ofrece una nueva disposición práctica de la voluntad de los augustos al ordenar la restitución a las iglesias cristianas de todos los bienes secuestrados durante la persecución. La crisis del poder supremo seguía produciendo efectos de los que los cristianos se beneficiaban: los dos emperadores fueron acentuando su política favorable a ellos conforme Maximino iba desarrollando en las provincias orientales la política contraria llevando a cabo las últimas persecuciones. El cristianismo y el paganismo se convirtieron, en manos de emperadores rivales, en armas de una guerra civil. No es del todo imposible que los dos emperadores no repararan en la enorme importancia que su edicto iba a adquirir a ojos de la historia, y es verosímil pensar que, entre las cuestiones tratadas, este fuera considerado como de una importancia relativa en comparación con otras cuestiones de las que la historia no habría de ocuparse. Pero ¿cuándo los hombres de estado, ocupados en disputarse el poder, han comprendido el auténtico objeto de sus luchas y el verdadero significado de sus actos? Ellos no ven y no se apasionan más que por el pequeño juego en que están metidos. Y, en efecto, Maximino vio de inmediato con claridad la jugada de sus adversarios y no dudó un instante en reaccionar. Licinio todavía estaba en Italia cuando él invadió la península balcánica y tomó de entrada al asalto Bizancio y luego Perinto, avanzando por fin hacia Adrianópolis. Licinio tuvo que acudir allí y encargarse de la defensa. Pero una gran batalla, librada no lejos de Perinto, a unas

dieciocho millas de Heraclea, el 30 de abril del 313, cambió la suerte de la guerra. Maximino, derrotado, se fue a Cilicia, donde murió.

IV

Poco antes, Diocleciano había muerto en Salone después de haber asistido a la catástrofe de su sistema. La tetrarquía que él había organizado estaba reducida a una diarquía que ya no se basaba en unas fuerzas equilibradas. ¿Cuánto tiempo podía durar ese equilibrio al que la desconfianza, la ambición, la rivalidad, todas las violentas pasiones de aquella época medio bárbara, y ya no regida por ningún principio indiscutible de autoridad, minaban de continuo? No tardó, en efecto, en estallar una guerra entre los dos augustos sobrevivientes. Parece que Constantino tomó la iniciativa bajo un pretexto cualquiera. Licinio fue derrotado en Cibalis, en la Panonia, junto al río Save (hoy Vinteow), el 8 de octubre del 314, y luego, de nuevo, en Tracia. Pero ni una ni otra fueron victorias decisivas. Constantino comprendió que, para vencer definitivamente a su rival, debería llevar la guerra hasta el corazón del Oriente, comprometiendo en ello a la mayor parte de sus ejércitos y desguarneciendo las fronteras siempre amenazadas del imperio. No tenía fuerzas suficientes para semejante empresa, así que prefirió el acuerdo. A su vez, Licinio, que había sido derrotado, consintió en negociar. Constantino se quedó con la Iliria, Grecia, una parte de Moesia, Macedonia, Epiro, Dardania, Dalmacia, Panonia y el Nórico. Tras resistir a ese primer golpe, el equilibrio se restableció entre los dos emperadores y se mantuvo alrededor de nueve años. Durante cerca de nueve años, el imperio mantuvo la forma equívoca de una diarquía, en la cual el poderío de los dos emperadores estaba limitado tan solo por la desconfianza y el miedo recíprocos.

Pero aquello no fue sino una larga tregua. Una vez destruido el sistema de Diocleciano por la ausencia de un augusto que lo dominara con su autoridad, el imperio fue empujado, con la inercia de las cosas, hacia la monarquía hereditaria y autoritaria por las ambiciones de los dos emperadores y de las dos cortes en

competición. En esos nueve años, los dos emperadores se prepararon para la lucha decisiva de todas las maneras posibles, organizando ejércitos, buscando aliados y, sobre todo, explotando la lucha entre la antigua religión moribunda y la nueva, que la suplantaba con tanta energía. Constantino se esforzó por todos los medios en asegurarse el apoyo del elemento cristiano; Licinio, opuestamente, cambió su política precedente y se apoyó sobre el elemento pagano. Cuando estalló la guerra en el 323, Constantino no representaba solamente al Occidente contra el Oriente: llevaba consigo el compromiso de los cristianos contra su rival, el cual era visto con confianza y simpatía por los paganos. Sabemos que la victoria sonrió al campeón de los cristianos. El 3 de julio del 323, los dos ejércitos se encontraron sobre la llanura de Adrianópolis: Licinio fue derrotado y, tras haber combatido con energía, se encerró en Bizancio, que clausuraba la ruta terrestre a Asia, igual que su poderosa flota cerraba la marítima. Pero la flota de Constantino estaba bajo el mando del hijo mayor del emperador, Crispo, quien, aun siendo muy joven, se había distinguido ya en las operaciones precedentes contra los francos y había recibido el título de césar. Crispo derrotó a la armada de Licinio a la entrada del Helesponto. Licinio abandono entonces Bizancio e intentó cerrarle a Constantino las vías hacia el Asia Menor. Pero, rodeado por el enemigo, tuvo que batirse cerca de Crisópolis (Scutari), donde fue vencido de nuevo (el 18 de septiembre del 324). Entonces se rindió al vencedor, quien, pese a haberle prometido respetar su vida, lo hizo matar un año después.

V

Con esta victoria caían los últimos vestigios del sistema de Diocleciano, y la monarquía hereditaria podía finalmente gobernar toda Europa, cuya unidad había sido reconstituida. Esta vez el fruto parecía maduro, y la larga evolución de la república aristocrática, reorganizada por Augusto, tocaba a su fin. Constantino tendría la gloria de crear la dinastía que gobernaría el vasto imperio como los Ptolomeos habían gobernado Egipto. Todas las condiciones para el éxito parecían estar dadas finalmente. Los reparos del espíritu y de

la tradición grecolatinos estaban muertos. Ya no había instituciones lo bastante fuertes como para oponer una resistencia seria. La dinastía estaba lista porque Constantino había derrotado a todos los jefes cuya ambición hubiera podido oponerse a la suya. El imperio tenía necesidad de una autoridad central, única y fuerte, sólida y permanente que sustituyera, mediante la burocracia dependiente de ella, a la desaparecida aristocracia en todas sus funciones. Pero una vez descartadas todas las otras dificultades, surgió una nueva, esa a la que ya hemos hecho alusión, más formidable que las precedentes: el cristianismo. Constantino se había apoyado en los cristianos en su lucha decisiva contra Licinio y, habiendo vencido con ellos, ya no podía gobernar más que de acuerdo con los cristianos y respetando sus creencias. Los apologistas cristianos tuvieron más razón que muchos historiadores modernos cuando dijeron que la victoria de Constantino contra Licinio fue la victoria decisiva del cristianismo contra el paganismo. Después de esa victoria, el cristianismo es ya de hecho, si no de derecho, la religión oficial del imperio, y no tardará en convertirse en tal también legalmente. Constantino podía pues introducir en el imperio el ceremonial y todas las instituciones de las monarquías asiáticas, pero no la doctrina de que el soberano era un Dios, porque esa herejía política habría horrorizado a los cristianos. Si bien él había podido constituir un poder más fuerte que el de Diocleciano, al evitar repartir la autoridad suprema entre cuatro soberanos, había tenido que renunciar, por consideración a los cristianos, al principio de la divinidad del emperador, y por ese lado, su gobierno resultaba mucho más débil que el de Diocleciano.

La monarquía absoluta y hereditaria es un sistema político muy cómodo, sobre todo porque da una solución simple a los dos problemas que se presentan ante cada cambio de gobierno: el de la unidad y el de la continuidad. Pero entre los inconvenientes que presenta hay uno particularmente grave: la dificultad para justificar la atribución de poderes ilimitados a una sola familia como privilegio hereditario. Los antiguos, que con frecuencia daban prueba en sus concepciones políticas de una ingenua audacia que hoy nos falta, encontraron una solución a esa dificultad tan radical cuando hicieron de los soberanos divinidades. Siendo dioses, los reyes podían tener privilegios que habrían sido absurdos si fueran hombres. El cristianismo destruyó esa justificación del poder monárquico, un poco grosera pero excelente para los espíritus

simples, cosa que explica por qué el problema político se convirtió, después de su ascenso al poder, en algo mucho más difícil y complejo de lo que era antes.

Constantino vivió la primera experiencia al respecto a su costa. Si hubo un emperador que hizo esfuerzos supremos, tras la victoria sobre Licinio, para reconstituir la unidad del imperio, para darle un nuevo gobierno coherente y poderoso, para salvar la civilización antigua, su cultura y sus artes, ese fue Constantino. ¡Cuán rica, diversa y tenaz fue su obra! Una rápida exposición de ella nos dará una idea. Remodeló definitivamente el sistema político y administrativo de Diocleciano buscando reforzar el estado. Si el soberano ya no es considerado como un dios, la corte sí que se vuelve totalmente oriental: la pompa del ceremonial, las complicaciones de la etiqueta, el lujo de los cortesanos, el misterio tras el que se esconde el emperador, se incrementan enormemente. Los grandes dignatarios tienen un numeroso personal, minuciosamente jerarquizado y graduado, que depende de ellos. Está formado por: el questor sacri Palatii, que recibe las peticiones y prepara y refrenda las leyes que el Consistorium debatirá; el magister officiorum, una especie de ministro de la casa real, que dirige al personal de la policía, a los guardias de palacio y a los empleados de la administración central; y los dos ministros de finanzas, el comes sacrarum largitionum y el comes rerum privatarum. El nuevo Consejo del emperador, el Consistorium, también se dota de una mucho mayor regularidad que bajo Diocleciano.

Por debajo de los ministros de la casa imperial y del Consistorium se halla la burocracia, creada por Diocleciano y ampliada notablemente por Constantino. El aumento de la burocracia es uno de los fenómenos que acompañan a la decadencia y dislocación del imperio. Todos los altos funcionarios del imperio tienen una oficina, un scrinium que depende de ellos, y cada scrinium tiene un personal jerarquizado que servirá de modelo a las monarquías absolutas de los inicios de la historia moderna.

La organización provincial es todavía la de Diocleciano. En lugar de cuatro tetrarcas, solo hay un emperador, pero la división administrativa creada por Diocleciano subsiste. El imperio es

dividido en dos o tres, puede que incluso en cuatro, secciones; al frente de ellas están precisamente los prefectos del pretorio, quienes, una vez desparecido el cuerpo de los pretorianos, se han convertido en grandes funcionarios, civiles y judiciales. De ellos dependen los vicarios, y de los vicarios, los præsides o los consulares o los correctores. Sin embargo, el número de provincias en que está dividido el imperio parece haber aumentado y por las mismas razones que llevaron a Diocleciano a su reforma de las provincias.

Durante ese tiempo, ¿qué ha sido de las viejas magistraturas y del senado romano? Roma todavía conserva su senado, sus cónsules, sus pretores, sus ediles y tribunos. Pero esas gloriosas magistraturas ya casi no son más que cargos municipales. La organización del ejército sigue siendo la de Diocleciano, pero con reformas que, en parte, exagerándolo, han desnaturalizado un tanto su carácter original. Los efectivos de cada legión siguen siendo escasos; el mando militar está claramente diferenciado del civil; incluso el de la caballería está separado del de la infantería, así como la dirección del servicio de víveres y pagos lo está de la del movimiento de los ejércitos. El ejército entero está dividido en tres grandes secciones. La primera está representada por la milicia palatina (domestici, protectores, scolares), que puede ser comparada con la antigua guardia pretoriana. Esta incluye a una quinta o sexta parte de todos los efectivos, actúa ahora como un ejército de reserva y sigue al emperador en las expediciones importantes. La segunda sección está representada por el ejército regular o comitatenses, formado por ciudadanos y bárbaros, y repartido en pequeñas guarniciones por las ciudades del interior. La tercera sección, por fin, comprende a las tropas de la frontera (riparienses, castriciani, limitanei), reclutadas sobre todo entre los bárbaros y la escoria de la población. Estas eran inferiores a los comitatenses, su servicio más largo y su retribución menor; debían permanecer en determinadas zonas de la frontera o en los castillos, fortalezas y campos atrincherados. Una parte considerable de esas tropas eran colonos del lugar.

El defecto de este sistema es fácil de descubrir: mientras que los cuerpos de élite —la milicia palatina— son en gran parte tropas de desfile, el nervio del ejército (los comitatenses) está dividido en

pequeños núcleos y dispersado por pequeñas ciudades del interior para mantener el orden público; cumple pues una función de gendarmería más que de verdadero ejército. Además, en las tres secciones del ejército abunda el elemento bárbaro. Constantino abre a los bárbaros incluso las puertas de la milicia palatina. Y llegará a reclutar a cuarenta mil godos de una sola vez.

VI

La legislación económica de Constantino fue también muy importante. Él fue quien parece haber obligado definitivamente al imperio a entrar en la vía de la organización coercitiva del trabajo y de la producción. La razón principal que nos hace creerlo así es que, dentro del Código teodosiano (XIII, 5), las leyes más importantes que organizan el servicio de los navicularii sean de Constantino, y que las leyes de los emperadores sucesivos relativas a ese servicio suelan hacer alusión a otras leyes suyas que no han llegado hasta nosotros. Los navicularii eran los armadores que efectuaban transportes marítimos por cuenta del estado (de trigo, mármoles, soldados, objetos necesarios para el ejército, etcétera). Esas leyes nos dan pues una idea bastante exacta de la organización de los transportes marítimos en el siglo IV, y vale la pena detenerse en esto un instante para hacerse una idea de las condiciones a las que se encontraban reducidos el trabajo y la producción durante la agonía del imperio. Los navicularii formaban en cada provincia una corporación cuyos miembros eran designados por el gobernador según ciertas reglas fijadas por la ley. Eran siempre escogidos entre las clases pudientes y si bien, como miembros de la corporación, disfrutaban de muchos privilegios, no podían negarse a formar parte de ella pues se trataba, para las personas señaladas por la ley, de un deber, como hoy lo es el servicio militar, y un deber que se transmitía con la propiedad. Aquel que compraba o heredaba los bienes de un navicularius asumía también su tarea. ¿En qué consistía esa tarea? El navicularius debía construir un barco según el diseño que le proporcionara el estado y tenerlo a disposición de este para todas sus necesidades. Recibía del estado, gratuitamente, los materiales necesarios para la construcción y unas subvenciones

(subsidia) para los gastos de navegación; también parece que el estado le daba garantías frente a naufragios y otros accidentes. Los gastos de reparación y la eventual diferencia entre lo que realmente costaban los viajes y las subsidia entregadas por el estado corrían a cargo del navicularius.

Es pues una organización coercitiva de los transportes marítimos, hecha por vía de requisición, la que vamos a encontrar en el imperio a comienzos del siglo IV. Ese sistema de requisición era en gran parte una novedad, pues no hay traza alguna de él en los siglos precedentes. Todo nos hace pensar que en los siglos I y II los transportes marítimos eran libres; los emperadores se limitaban entonces, como mucho, a sostener con subvenciones y favores a los armadores que se dedicasen particularmente al servicio del estado. Este sistema de requisición debía resultar, por otra parte, muy oneroso para los naviculariі, como lo prueban los esfuerzos que hacían para escapar de esa carga y los numerosos inconvenientes de un servicio así organizado, a los cuales las leyes trataban de poner remedio. Esos inconvenientes resultan también curiosos al estudiarlos. El mayor era la lentitud intencionada de los viajes. Como los viajes resultaban onerosos para los naviculariі, estos tenían interés en viajar lo menos posible por cuenta del estado. La cosa era especialmente fácil porque la navegación en aquella época no podía desafiar a las tempestades y al mal tiempo como hace la navegación moderna, que dispone de barcos de hierro y máquinas de vapor. Hacía falta esperar el buen tiempo y refugiarse en los puertos cuando se acercaba tormenta. Con el pretexto de no exponer al barco, del que el estado era en cierto modo propietario y garante, al riesgo de un naufragio, el navicularius podía detenerse en ruta cuanto quisiera, buscar fletes privados por su cuenta e intentar sacar provecho personal del oneroso servicio que el estado le imponía. Ese inconveniente era hasta tal punto inherente al sistema que, como nos enseña el Código teodosiano, Constantino tuvo que conceder a los naviculariі un plazo de dos años, ¡para cada viaje de ida y vuelta por el Mediterráneo! Si en dos años el navicularius no entregaba a la autoridad que le había confiado las mercancías a transportar los securitates, los recibos de esas mercancías entregados por las autoridades a las que estas iban destinadas, aquel viajaba por su cuenta y riesgo y el estado dejaba de responder por la pérdida del barco en caso de naufragio. El

interés del navicularius en viajar lentamente era tal que el estado se contentaba con exigir a cada barco por su servicio un solo viaje cada dos años: tal es el significado de esa ley. En suma, los transportes marítimos estaban medio paralizados, ¡en un imperio que tenía en el Mediterráneo su gran vía de comunicación entre las provincias!

Pero el Código teodosiano nos hace saber que ni siquiera esa generosidad del estado bastó para impedir nuevos abusos. Los dos años concedidos por Constantino para cada viaje eran más que suficientes para que los navicularii mañosos y sin escrúpulos hicieran negocios que perjudicaban el interés público. Aquellos que transportaban trigo con mucha frecuencia lo vendían en el primer puerto de escala, sobre todo en los años de escasez de alimentos, ¡para comprar la siguiente cosecha a mejor precio! Hubo de hacerse una ley por la que, aun concediendo los dos años para el viaje, se obligaba a losnavicularii a entregar la carga el primer año (Código teodosiano, XIII, 5, 26).

Constantino no tuvo otra que resignarse a un sistema tan imperfecto, tan oneroso, tan lleno de abusos, porque ya no podía servirse, como habían hecho los emperadores de los siglos I y II, de la navegación libre. Pero ¿por qué razón no podía servirse de la navegación libre? No tenemos ninguna información directa sobre este punto. Pero disponemos de un documento de la mayor importancia que nos permite atribuir esa dificultad extraordinaria a los precios excesivos que habían alcanzado los transportes marítimos, al igual que todos los objetos y todos los tipos de trabajo, a comienzos del siglo IV. Ese documento es el famoso edicto de Diocleciano De pretio rerum venalium, que tasa todas las mercancías fijando precios que los comerciantes y los clientes no pueden sobrepasar «so pena de muerte». Ese documento no solo nos ha transmitido valiosas informaciones sobre la carestía de la vida a inicios del siglo IV, sino que va precedido por un largo prefacio del emperador en el que la carestía de la vida es analizada y deplorada con mucho detalle y fuerza, aunque en un latín muy oscuro y extraño. Se dice expresamente en ese prefacio que los precios exorbitantes de todas las cosas «agotan los recursos de la administración militar», de modo que los tesoros cosechados en todo el imperio para mantener al ejército resultan cada vez más

insuficientes.

No cabe ninguna duda de que Constantino recurrió a la organización coercitiva de los transportes marítimos por cuenta del estado porque los transportes libres le habrían costado sumas exorbitantes. Faltaría pues, para llegar a la causa profunda de esa crisis, explicar por qué los precios habían aumentado hasta el punto de desorganizar toda la administración. Diocleciano, que deploraba el mal y quería curarlo con mano dura, no hizo ningún esfuerzo para buscar sus causas. Pero nosotros podemos adivinarlas, incluso después de tantos siglos: estas eran la destrucción de hombres y riquezas causada por la guerra, las hambrunas, las epidemias y la depreciación de la moneda. El imperio ya no tenía los hombres, ni las riquezas, necesarios para mantenerse en el nivel de civilización al que había llegado; como quería conservar una administración y una organización social demasiado costosas para sus disminuidos recursos, todo se encarecía —trabajo y objetos—, como sucede cuando se pide al mercado más de lo que este puede dar. La depreciación de la moneda, cuyas causas ya hemos visto, tenía que producir los efectos que produce en todas las épocas. Una vez alterado el patrón de medida de los valores económicos, nadie sabía ya con certeza lo que valían las cosas; el valor de todo se volvía inestable y, para ponerse a resguardo de las fluctuaciones de la moneda, todo el mundo recurrió a un mismo medio, que parece ser de cierta eficacia contra un mal tan caprichoso: intentar ganar lo máximo posible vendiendo a precios más elevados todas las cosas.

Las guerras y la anarquía descomponían pues la organización económica mediante la cual se había sostenido hasta entonces la vida material de la civilización antigua. Constantino intentó detener esa desorganización, que amenazaba la existencia misma del imperio, mediante una organización coercitiva. Como las causas de la desorganización persistieron, la nueva organización se apagará poco a poco: durante el cuarto y quinto siglos, la vida económica del imperio se transformará en un sistema complicado de requisiciones cada vez más tiránicas que acabarán sofocándola.

VII

Constantino llevó a cabo, por fin, uno de los actos más audaces que un jefe del imperio pudiera pensar. Recuperó el diseño de Antonio, retiró la corona a Roma y transportó a Oriente la capital del imperio.

Esa acción es amplia, fuerte, profunda y rica en ideas geniales. Es la manifestación de un genio político y administrativo de primer orden, pero es también la prueba evidente de que la monarquía pura era más débil aún que el sistema de Diocleciano. Podríamos definir la política de Constantino diciendo que, para conquistar y ejercer él solo el poder absoluto, había debilitado, apoyándose en el cristianismo, las bases que Aureliano y Diocleciano habían intentado consolidar mediante los cultos orientales.

¿Por qué razón habría complicado Constantino todavía más el ceremonial y multiplicado la burocracia, si su gobierno no se hubiera sentido más débil que el precedente, a pesar de la concentración de todos los poderes en una sola mano? De la misma manera, cómo se puede explicar que un soldado y hombre de estado de tanto genio, fraccionara e inmovilizara al ejército con un número tan grande de guarniciones en el interior, lejos de las fronteras, sino admitiendo que el ejército debía ahora servir para mantener por la fuerza el orden en el interior, amenazado por tantas causas de disolución, más que a dedicarse a defender el imperio. Tampoco se puede explicar que Constantino abriera tan fácilmente las filas de las legiones a los bárbaros, si no se admite que se sentía impotente para luchar contra la renuencia que la nueva sociedad cristiana mostraba hacia la vida militar. Y no es, por fin, posible explicar la fundación de Constantinopla, si no es como señal de debilitamiento del imperio. Si las causas de ese gran acontecimiento fueron numerosas, la principal de ellas debe buscarse en la decadencia de las provincias occidentales, devastadas por los bárbaros, empobrecidas, despobladas. Así como el desarrollo de las provincias occidentales, y sobre todo de la Galia, había fijado la sede del imperio en Italia, de la misma manera, ahora que Occidente se hundía en ruinas, esta se desplazaba hacia Oriente, es decir, hacia las provincias más ricas, más pobladas y menos afectadas por la crisis de la época. Constantino escogió el lugar con extraordinaria

inteligencia, pues Constantinopla es el sitio ideal para la capital de un imperio que está mitad en Asia y mitad en Europa. Pero llevar la capital del imperio al Bósforo era declarar que la tarea de Roma en Occidente —la última gran obra de la civilización antigua— había terminado y que comenzaba un tiempo nuevo.

Constantino no tendrá más éxitos, ya sea en su tentativa de asegurar con el principio dinástico la unidad y continuidad del poder supremo, ya en sus tentativas por resolver el problema del principio supremo de autoridad que había atormentado al imperio desde los tiempos de Augusto. La dinastía que quiere fundar es minada de inmediato por la discordia, las sospechas y los celos: a los males que habían afligido hasta entonces al imperio, les suceden las sangrientas y oscuras tragedias dinásticas. Es con la propia familia del fundador que comienza la larga historia de las revoluciones de palacio, de las que Constantinopla será teatro durante tantos siglos. Ya en el 326, por razones desconocidas, Constantino hizo matar a su hijo Crispo, el vencedor de los francos y de Licinio, y poco después a su segunda esposa, Fausta, hija de Maximiano. En el 333, realizó un acto menos trágico, pero todavía más significativo como prueba de la debilidad del edificio político que él había levantado: repartió el imperio entre sus tres hijos y uno de sus sobrinos. A Constantino le asignó Hispania, la Galia y Britania; a Constancia, Asia, Siria y Egipto; a Constante, Italia, Iliria y África, y dio el título de augusto a los tres; y al sobrino, con el título de césar, la Dalmacia, Tracia, Macedonia y Acaya. Finalmente, a un hermano de este, Anibaliano, le fueron asignados, con el título de rey de reyes, el trono vacante de Armenia y las regiones limítrofes del Ponto. ¿De qué servía haber luchado tanto y derramado tanta sangre para derribar la tetrarquía de Diocleciano, si la reconstruía más débil y bajo una forma más peligrosa? Tampoco Constantino tenía fuerzas para resolver la terrible cuestión del principio legal de la suprema autoridad. El principio dinástico, despojado del carácter divino, era, también él, débil, incierto, oscilante, como todos los otros principios que el imperio había ensayado. Constantino comprendió que no tenía ni la fuerza ni la autoridad necesarias para imponerse a las ambiciones de todos los miembros de su familia y transmitir su poder a uno solo de sus hijos; prefirió romper el imperio con la ilusión de asegurarle así más fácilmente la tranquilidad, satisfaciendo todas esas ambiciones rivales que él no podía

suprimir.

VIII

Pero ese reparto del imperio, que anulaba en su parte esencial la obra de Constantino, no era el peligro más grave. ¡Solo rompía la unidad material! Mucho más grande era el peligro que amenazaba la unidad moral del imperio, con el cristianismo triunfante. No hay duda de que Constantino —y él mismo lo dice en un edicto que citaremos más adelante— se había aproximado al cristianismo y lo había favorecido con la idea de reconstituir la unidad moral del imperio, rota por la lucha mortal entre paganos y cristianos. Constantino seguía siendo en gran medida un hombre político de ideas tan antiguas como para no considerar, a la romana, que la religión era un instrumento de la política. Puesto que el cristianismo estaba ahora más extendido y era más fuerte que el paganismo, la sabiduría política movía a acelerar la cristianización de todo el imperio. Pero el cristianismo no era una religión que pudiera servir de instrumento político en manos del estado, como lo habían sido las diferentes religiones paganas. Tenía una moral y una doctrina propias, independientes, que ningún estado podía modificar para sus fines políticos. Constantino no tardó en percatarse de ello cuando las herejías, limitadas durante mucho tiempo por las persecuciones, estallaron, como fuerza destructiva para la paz y el orden, en cuanto el cristianismo triunfó con su ayuda y su apoyo. No es exagerado decir que Constantino, al buscar reconstituir la unidad del imperio con la ayuda del cristianismo, introdujo con ello una nueva fuerza disolvente: las disputas teológicas. La historia de la gran herejía arriana es la prueba de ello. Un presbítero de Alejandría, Arrio, había comenzado a sostener desde hacía un tiempo que Cristo, o el Logos, por emplear el lenguaje teológico, había sido creado de la nada como las otras criaturas y no de la substancia divina, que había sido creado voluntariamente y no por necesidad, y que había sido adoptado como hijo en previsión de sus méritos, sin que resulte de esa adopción ninguna participación en la divinidad. Arrio venía así a negar la identidad de las tres personas de la Trinidad y la divinidad

de Cristo. Esa herejía no era una novedad, otras herejías análogas la habían precedido. En Oriente, donde la cultura filosófica y la pasión por la dialéctica todavía estaban vivas, esa doctrina había levantado una tormenta formidable. Desde que los cristianos no tenían ya que temer la persecución de los paganos, la divinidad de Cristo se había convertido en objeto de una lucha terrible. El obispo de Alejandría, Alejandro, sostenido por el voto de un sínodo de cien obispos, expulsó a Arrio de la comunidad cristiana en el 321. Pero Arrio no estaba solo: la simplicidad de su doctrina la hacía más accesible a las mentes vulgares que la opuesta doctrina, muy oscura y profunda, de la Trinidad; las simpatías que encontraba del lado del neoplatonismo pagano, tan extendido en Oriente, el odio y los rencores dejados por las herejías precedentes y las numerosas discordias que dividían el mundo cristiano le proporcionaron de inmediato numerosos partidarios, si bien no muy escogidos.

Enseguida empezaron a oponerse los sínodos entre sí, los ánimos se calentaron y a las disputas teológicas siguieron las peleas, la violencia en las calles. La seguridad de la que disfrutaban después del triunfo favorecía también la explosión de las bajas pasiones entre los cristianos. Constantino, que había sido apoyado por los cristianos en sus esfuerzos por reconstituir la unidad del imperio, ¿podía acaso ver con indiferencia esa crisis religiosa que derivaba casi en guerra civil? El engranaje de las disputas teológicas lo atrapó. Lo que él pensaba, con su sentido de la política, sobre esas disputas lo sabemos por la carta que dirigió a los cristianos disidentes.

Me propuse reconducir a una forma única la opinión que todos los pueblos se hacen de la divinidad porque sentía claramente que, si podía restablecer el acuerdo sobre ese punto, como era mi deseo, la gestión de los asuntos públicos se vería facilitada. Pero, ¡oh, divina bondad!, qué noticia ha venido a golpear cruelmente mis oídos, ¡incluso mi corazón! ¡Me entero que hay entre vosotros más disensiones de las que había antaño en África! Sin embargo, me parece que la causa es bien menor e indigna por completo de tanta contestación […] Tú, Alejandro, has querido saber lo que tus sacerdotes piensan sobre un punto de la ley, sobre tan solo una

parte de la cuestión, totalmente desprovisto de importancia; y tú Arrio, si lo piensas, deberías callarte […] No hacía falta preguntar ni responder, puesto que son problemas que ninguna necesidad impone discutir, sino que la ociosidad sugiere, buenos como mucho para aguzar los talentos. ¿Es justo que por palabras vanas os embarquéis en un combate de hermanos contra hermanos? […] Esas son cosas vulgares, propias de niños sin experiencia y no de sacerdotes o de hombres sensatos. Devolvedme pues, os lo ruego, a los días tranquilos y las noches sin inquietud, de manera que también en el futuro pueda disfrutar yo de la pura alegría de vivir.

El sentido de la carta es claro. Constantino, que concebía la religión como un instrumento político con el que mantener el orden en el estado, considera el furor de esas discusiones teológicas como una locura. Una religión que, en lugar de ayudarlo a gobernar, le crea dificultades, le parece, en su fiel interpretación del pensamiento romano, una monstruosa absurdidad. Y en efecto, aprovechando la autoridad de que goza entre los cristianos, toma la iniciativa de hacer un gran concilio que debía cortar con la cuestión. En la primavera del 325, en Nicea, se reunieron más de doscientos cincuenta obispos, en gran parte procedentes de las provincias orientales. Constantino inauguró el concilio con un discurso bastante modesto. Al restablecer, dijo, la concordia en la Iglesia, la asamblea haría algo del agrado de Dios y rendiría un gran servicio al emperador. El concilio estaba presidido por uno de sus secretarios, el obispo Osio, un adversario del arrianismo, y todas las influencias imperiales se desplegaron en contra de ese partido.

Arrio fue rechazado una vez más. El concilio decretó que Cristo no había sido sacado de la nada y que no era diferente de su padre, al contrario, había sido engendrado por este «de la esencia del padre», «verdadero Dios del Dios verdadero», quien le era consustancial.

Pero la ilusión de haber reconstituido así la unidad moral del imperio duró poco. Lo que a su sentido político de romano le parecía una furiosa demencia, era una cosa tan profunda, que incluso toda la autoridad imperial resultaría impotente contra esa pretendida locura. Condenado por el Concilio de Nicea, Arrio partió al exilio, pero el arrianismo cundía y era potente, tenía amigos

devotos incluso en la corte, entre ellos Constanza, la hermana de Constantino, así que no renunció a la lucha. Aprovechando los errores de sus adversarios y suavizando su doctrina, Arrio y sus partidarios lograron reconquistar el favor de Constantino, persuadiéndole de que la reconciliación era posible.

El emperador, siempre animado por el deseo de restablecer la unidad moral del imperio, intentó esa reconciliación, pero chocó con una oposición invencible, especialmente del nuevo obispo de Alejandría, Atanasio. Esa intransigencia de los adversarios terminó por empujar completamente a Constantino del lado de Arrio. El favor imperial dio ánimos a la secta, que consiguió, en el 335, que se condenara a Atanasio en el Concilio de Tiro. Fue el turno de que Atanasio partiera al exilio en la Galia y de que sus partidarios se perdieran de vista, perseguidos y dispersados; Arrio regresó triunfador; la corte fue invadida por los arrianos, que se convirtieron en casi todo el Oriente en el partido dominante en la Iglesia. Pero el partido adversario no se calmó, y ese periodo de lucha inmensa, de una furia implacable, agitó a todo el imperio, sumando una nueva causa de debilidad a las ya existentes.

IX

¿Cómo explicar ese fenómeno casi increíble? Esas disputas teológicas, que han jugado un papel tan grande en la historia del cristianismo, les parecen a los hombres modernos, al igual por otra parte que a Constantino, ¡casi una inconcebible locura! Pero aquí se plantea una cuestión grave. ¿Por qué razón toda la fuerza y la sabiduría de la autoridad imperial resultaron impotentes contra ese delirio, o lo que consideramos como tal? ¿Cómo han podido los hombres odiarse, perseguirse, masacrarse durante siglos y empujar a un gran imperio a la ruina por cuestiones tan abstrusas y tan sutiles? Y es que, a nosotros, que no vemos lo que se escondía detrás de esas disputas, nos parece que estas tenían por objeto las palabras. Pero juzgar así es no comprender uno de los más grandes dramas de la historia humana. Qué vida prodigiosa cobran esas oscuras discusiones teológicas cuando se las coloca en el espantoso

desorden del inmenso imperio que se hundía porque ya no había ningún principio de autoridad sólido y cierto con que sostener el orden social: ni el antiguo principio grecolatino, el principio aristocrático y republicano consagrado por el politeísmo, que había caído; ni el nuevo principio asiático y monárquico, que no llegaba a echar raíces sólidas. Las luchas teológicas de esa época no son más que un esfuerzo titánico por constituir una disciplina intelectual de hierro, una doctrina de vida, indiscutida e indiscutible, resistente a todos los asaltos de los intereses y las pasiones, en un momento en que la autoridad política se tambaleaba, la autoridad religiosa estaba todavía repartida y débil, y todas las tradiciones había sido trastornadas por las revoluciones, las guerras, las mezclas de razas y de pueblos, y por las infiltraciones de los bárbaros. Si todo era inestable en el mundo, las leyes, las tradiciones, las fuerzas del estado, las fortunas y los intereses de hombres y familias, ¡que al menos el pensamiento humano fuera firme y estable, en la doctrina que Dios había revelado a los hombres por medio del Mesías y los apóstoles, y transmitido en una edición auténtica in æternum con los libros santos! Tal es el pensamiento profundo que se halla en el fondo de todas esas luchas teológicas terribles y oscuras. Muchas, si no todas, de las grandes luchas de la ortodoxia contra la herejía se explican y comprenden cuando uno se da cuenta de que, tras cuestiones teológicas en apariencia sutiles y teóricas, se esconde la cuestión, por lo demás bien grave, de la unidad y estabilidad de las doctrinas fundamentales del cristianismo, y que esa unidad y estabilidad eran la base final del orden en un mundo que se descomponía por no haber encontrado un principio de autoridad sólido y cierto. El arrianismo es un caso particularmente claro e instructivo de esa verdad. Al separar a Cristo de Dios como una de sus emanaciones y exteriorizaciones, el arrianismo admitía implícitamente que a Cristo podrían sucederle otras emanaciones y exteriorizaciones. Como Dios había sacado voluntariamente de la nada y adoptado a Cristo, bien podría sacar voluntariamente de la nada y adoptar a otros redentores. El Libro de la Revelación no estaba pues cerrado, podía continuar en nuevos volúmenes, todavía podrían aparecer otros Mesías y los cambios en la doctrina del cristianismo volverse continuos, tal como lo conciben ciertas sectas del protestantismo más radical, de las que Arrio fue un verdadero precursor. Pero ese continuo devenir de la doctrina, en medio de la disolución universal de las leyes, las costumbres y los estados, debía

causar espanto, cual locura criminal, a las mentes ilustradas y profundas que sentían cuán necesario era dar a los hombres, desesperados por la universal movilidad, alguna cosa sólida, fija, inquebrantable, a la que agarrarse. Esa es la razón por la que tantas grandes mentes se opusieron a la herejía arriana, incluso arriesgando el exilio y la muerte. Si Cristo era hijo de Dios, consustancial al padre, verdadero Dios nacido del Dios verdadero sin romper por ello la unidad, entonces el misterio de la encarnación era único y definitivo para toda la eternidad; ningún otro Mesías vendría jamás; el Libro de la Revelación estaba cerrado para siempre y desde ahora la humanidad habría encontrado el fundamento indestructible de eterna verdad sobre el que construir el orden moral y social mediante los dos Testamentos, a condición de interpretarlos exactamente.

El terrible ardor de las grandes luchas teológicas, en medio de las cuales se formó poco a poco el dogma así entendido, no resulta de ese modo difícil de explicar. ¿Qué querían los grandes fundadores y defensores de la ortodoxia? Unificar y fijar las creencias sobre la base de la revelación y de los libros santos mediante la fuerza del pensamiento, sobre todo de ese instrumento particular de la inteligencia que es la dialéctica. Pero el pensamiento es uno de los elementos más móviles del universo, y la dialéctica un instrumento poderoso, pero muy poco seguro porque de él se sirven perfectamente todas las pasiones, incluso aquellas que siembran la perturbación y el desorden en los espíritus y en el mundo. Ya los filósofos griegos se sirvieron de ella, más para destruir que para sostener las creencias y las tradiciones del mundo antiguo y para sustituirlas por la eterna movilidad de las pasiones y de los intereses, enmascarados tras ingeniosos sofismas. Además, si el pensamiento humano es siempre reacio a someterse a una disciplina fuerte y seria, más reacio lo es todavía en tiempos de anarquía política y social. Querer reconstituir el orden en un imperio en ruinas, comenzando por el pensamiento, era empezar la obra por el lado más difícil, seguir la línea de mayor esfuerzo, afrontar, con razonamientos, todas las peligrosas pasiones que la anarquía desencadena y que buscan prolongarla ¡porque viven de ella!

Esa obra era necesaria para salvar una parte del mundo de una catástrofe total, que habría arrasado con toda la civilización antigua, pero era la más difícil de las que se presentaban al espíritu humano. No hay pues que asombrarse de que, en esa defensa titánica de la ortodoxia, hayan aparecido tantos hombres extraordinarios por su grandeza intelectual y moral a los que la Iglesia ha santificado. La grandeza de la naturaleza y del genio humano solo aparece en los tiempos de crisis, frente a empresas difíciles y casi imposibles.

Pero, comparados con este esfuerzo sobrehumano por unificar la verdad mediante la dialéctica y la elocuencia, empleando los más poderosos instrumentos de la cultura antigua con vistas a un objetivo tan nuevo, ¿cuáles fueron los esfuerzos de Constantino para salvar los restos de la cultura antigua? En ese aspecto, también había continuado sensatamente la obra de Diocleciano. En la nueva capital del imperio había fundado lo que nosotros llamaríamos una universidad, en la que profesores pagados por el estado enseñaban las lenguas y literaturas griega y latina, retórica, filosofía y jurisprudencia, para preparar a los funcionarios del imperio. Nos han llegado también varias leyes de Constantino que otorgan privilegios y ventajas o que aseguran el porvenir de médicos, gramáticos y profesores de bellas artes en todas las ciudades del imperio. Peros esos esfuerzos eran estériles. Burocratizadas como enseñanza oficial, no teniendo ya, en la agonía del paganismo, ninguna tarea vital que cumplir, las literaturas y filosofías antiguas se agostaban con la mediocridad de los profesores de las materias, que querían vivir y hacerse con una posición a expensas de los genios del pasado, mientras que los nuevos genios, los espíritus de gran fuerza, daban la espalda al presente, despreciando la protección oficial, y se entregaban a la gran obra vital de su época…

Uno de los más grandes libros de la antigüedad, las Confesiones de san Agustín, nos hace ver vívidamente esa crisis espiritual de la cultura antigua. San Agustín había recibido de la naturaleza todos los dones para convertirse en un gran escritor: la imaginación, el

sentimiento, el estilo, la lengua, una mente sintética y filosófica. La fuerza de la dialéctica igualaba en él al poder de las imágenes, con el impulso de la fantasía y del sentimiento en lo más profundo del pensamiento. Y se había convertido en uno de esos profesores oficiales de literatura a los que, desde Diocleciano, el imperio pagaba y honraba para que conservaran viva la tradición de la literatura antigua. Por una vez, la enseñanza oficial había echado mano de un verdadero genio. Pero ese hombre de genio nos ha dejado la inolvidable descripción de la existencia miserable que llevó ejerciendo su oficio de profesor en Cartago, Roma y Milán; del inquieto descontento que le roía en esa época; de la furiosa agitación de su gran talento en medio del vacío de esa cultura ya agotada y esquematizada en el marco convencional de la enseñanza oficial. Hasta que un día, en un pueblo cercano a Milán, se hizo la luz sobre esa gran alma, asqueada por el vil oficio al que una civilización moribunda quería condenarla. El profesor de literatura abandonó la cátedra, tiró los viejos libros muertos, descendió, como un intrépido buzo en el mar, hasta los abismos teológicos de la gracia, de la predestinación, del libre albedrío, para sentar allí las bases del gran puente sobre el que Europa habría de hacer el largo y difícil pasaje de la civilización antigua a la moderna.

La obra de Constantino, en suma, no fue un fracaso, sino un éxito a medias que contribuyó a evitar de momento la catástrofe, prolongando la agonía. Después de él, el imperio sigue vivo, pero entre sacudidas continuas y debilitándose cada vez más. Aumenta la pobreza; el estado se desorganiza a la vez que se vuelve más violento, opresivo y rapaz; la fiscalidad imperial hace estragos; la atroces tragedias dinásticas se repiten; el ejército se descompone; la defensa de las fronteras vacila; los campos se despueblan en beneficio de las ciudades; las pequeñas ciudades se hunden en la ruina para provecho de las grandes; los bárbaros se infiltran por todas partes; la cultura, en todas sus formas, de las bellas artes a la filosofía, se deteriora; las luchas religiosas se emponzoñan; la unidad del imperio se rompe; el Oriente y el Occidente se separan. Oriente se defiende mejor de la decadencia que Occidente porque la monarquía absoluta, de regreso a su país de origen, se establece allí un poco más sólidamente y puede frenar la disolución general con más fuerza y durante más tiempo que en Occidente. También la fuerza del imperio va retirándose poco a poco hacia Asia, hasta el

día en que el Occidente cae bajo los renovados golpes de los bárbaros. La civilización antigua está ahora destruida casi por completo en Occidente. Durante siglos, en esas inmensas regiones de nuevo bárbaras y desiertas, muchas de las cuales son colonizadas por bárbaros germánicos, no quedará de ella más que vagos recuerdos, unos pocos vestigios fragmentarios, de los cuales el único verdaderamente vital será la teología, creada en los últimos años del imperio para unificar la doctrina de la nueva religión. La teología ha sido, a lo largo de siglos en Occidente, la última forma sobreviviente de la alta cultura en medio de la ruina total de todas las otras, y la que ha impedido que Europa se hundiera en una barbarie completa y definitiva. Es, en efecto, de esa última forma sobreviviente de la que, poco a poco, han ido saliendo de nuevo todas la otras para desarrollarse: la filosofía, la literatura, el derecho, todo el gran movimiento intelectual que condujo al Renacimiento. Con la disciplina intelectual, conservada mediante el dogma durante el gran caos de la Edad Media, Europa fue recuperando y desarrollando, poco a poco, los principios de autoridad que el imperio buscó en vano y que le han permitido reconstituir gobiernos sólidos y fuertes. Pero a medida que ha reconstituido la autoridad de los gobiernos y se ha sometido a una vigorosa disciplina política, Europa se ha vuelto más intolerante con esa disciplina y esa unidad intelectual que desde la época de Constantino hasta la Reforma le habían parecido una necesidad vital, más vital que la organización de los estados y los ejércitos, y que habían sido el puente sobre el que había atravesado el hondo abismo de la barbarie anárquica. Comienzan pues al mismo tiempo la organización de los estados y la rebelión del pensamiento humano contra todas las autoridades a las que había estado sometido durante la Edad Media; doble movimiento, paralelo e inverso, que habrá de desarrollarse durante tres siglos hasta conducir a la situación actual: estados de un poder formidable, como nunca se ha visto, que se apoyan sobre una de las más grandes anarquías intelectuales y morales de la historia, es decir, sobre el vacío. Vamos a bosquejar rápidamente, en el último capítulo, la última fase, y la más importante, de esta transformación extraordinaria del mundo.

5

En el siglo III y en el XX

La ruina de la civilización antigua fue un acontecimiento muy complicado. Pero la investigación que hemos hecho sobre sus orígenes parece probar que comenzó con una gran crisis política. Fue la crisis política la que, desencadenando una anarquía incurable, desorganizó poco a poco la civilización antigua en todos sus elementos esenciales. También nos es posible determinar en qué consistió esa crisis. El imperio romano había buscado conciliar dos principios de autoridad diferentes: el principio monárquico, que había tenido un gran desarrollo en Oriente, en Asia Menor, Siria y Egipto, con las dinastías anteriores y posteriores a la conquista de Alejandro, y el principio republicano, que se había desarrollado en Europa, sobre todo en Grecia e Italia, en las instituciones de la ciudad antigua. La conciliación de ambos, de la que el imperator o princeps era el símbolo, había sido siempre defectuosa porque no había logrado definir el principio constitucional del que la autoridad suprema de esa monarquía republicana debía emanar. Ese principio no era hereditario como en las monarquías, ni era una elección regular cuyo procedimiento fuera fijado por leyes y tradiciones, como en las repúblicas. No obstante, mientras el senado conservó su antiguo prestigio y su inmensa autoridad, este fue reconocido por lo general como la fuente de legitimidad de la autoridad imperial. Un emperador era considerado legítimo tan pronto como era reconocido por el senado. Asimismo, el senado consiguió durante dos siglos, al precio de luchas a veces muy violentas y de una sangrienta guerra civil, asegurar la continuidad legal del régimen. Pero una vez debilitada la autoridad del senado con el advenimiento de Septimio Severo y por el establecimiento de una auténtica monarquía absoluta, ya no hubo ningún principio de legitimidad claro y fuerte para escoger al emperador: ni el hereditario, ni la elección, ni la validación del senado. De ahí la crisis de revoluciones y guerras que, como ya hemos expuesto, lo

destruyó todo.

En el fondo de esa inmensa crisis histórica nos encontramos pues con la lucha de dos principios políticos opuestos, que intentaron conciliarse y que acabaron por destruirse mutuamente. Una confirmación impactante de esa visión histórica viene dada por la suerte tan diferente que corrió el imperio en Oriente y en Occidente. Eso que habitualmente se llama caída del Imperio romano es en realidad la catástrofe de la civilización en las provincias de Occidente. Debilitada por una anarquía incurable, sumergida por la oleada de invasiones, la Europa antaño romana se despuebla, vuelve a ser bárbara, es troceada en un gran número de estados, que tendrán durante siglos el carácter común de su gran inestabilidad. En Oriente, por el contrario, la autoridad imperial, bajo la fórmula de la monarquía absoluta, resiste todavía durante siglos los golpes de la mala fortuna. Consigue mantener un cierto orden, una fuerza militar, una tradición de cultura, y salva la parte de la civilización antigua que había podido escapar a la crisis del siglo III y que no entraba en violenta contradicción con el espíritu cristiano. Es gracias a esa resistencia que el Oriente pudo convertirse por segunda vez en educador de un Occidente de nuevo bárbaro. Pero esa vitalidad del imperio de Oriente solo se puede explicar por las diferentes vicisitudes de la crisis política. La monarquía absoluta y hereditaria, fundada por Constantino, tuvo más éxito en Oriente que en Occidente porque allí estaba su tierra de origen y, por consiguiente, un terreno favorable preparado por la tradición. En el fondo, el Oriente nunca vio en el emperador más que al sucesor y continuador de los reyes que habían gobernado sus estados bajo diferentes nombres en los siglos precedentes a la conquista romana. Había entendido la república aristocrática de Augusto como una monarquía unificada y universal. Con ese mismo sentimiento monárquico consideró el Oriente a la persona y a la autoridad del emperador, un sentimiento que, al actuar sobre Occidente, debilitó durante los dos primeros siglos del imperio el carácter republicano de la constitución de Augusto. Y fue el hábito secular a un gobierno de funcionarios lo que hizo que en el siglo III se sintiera menos en Oriente la destrucción de la constitución aristocrática, que, sin embargo, hizo tambalearse a todo el edificio social de Occidente. En suma, una vez destruida la constitución aristocrática de la sociedad imperial, con su régimen mitad

republicano, mitad monárquico, Occidente ya no tiene gobierno. Las viejas instituciones republicanas ya no son posibles, la monarquía absoluta y hereditaria, fundada por Constantino, no tiene raíces vivas en el sentimiento de los pueblos, es débil, inestable, incapaz de defender las provincias contra las invasiones bárbaras y de poner un poco de orden en el interior. Poco a poco, la civilización se descompone y desaparece. En Oriente, el principio de la monarquía es más fuerte porque encuentra un terreno preparado por la historia; la monarquía absoluta y hereditaria, a pesar de las tan frecuentes conspiraciones palaciegas, rebeliones militares y crisis dinásticas, es capaz de gobernar, de mantener un relativo orden y de defender el país contra los enemigos exteriores. Si bien con dificultad, la civilización continúa viva.

Vista así, esa experiencia histórica es muy importante para nuestra época. Nos encontramos en una situación que, con un trasfondo más amplio y bajo formas más complicadas, tiene profundas analogías con la que hemos descrito. Hice alusión a ello en el primer capítulo, pero es útil volver sobre el asunto. El mundo todavía no se ha dado cuenta de los efectos políticos que la guerra mundial ha tenido, independientemente de la voluntad y de los planes de los hombres que han parecido conducir los acontecimientos. Todavía razona como si estuviéramos al día siguiente del Tratado de Utrecht. No ha visto y sigue sin ver más que vencedores y vencidos, como si solo hubiera habido un traspaso de poder y de prestigio de unas potencias a otras. Todavía no ha comprendido que, en el mes de marzo de 1917, uno de los dos principios sobre los que se apoyaba todo el orden social en Europa, el principio monárquico, recibió un primer golpe terrible con la revolución rusa, y un segundo golpe, este sí decisivo y mortal, en el mes de noviembre de 1918, cuando el imperio de los Habsburgo y el de los Hohenzollern se derrumbó. No sospecha todavía que la caída del principio monárquico en Europa es un acontecimiento de una importancia enorme, que con él se termina una crisis política comenzada hace dos siglos, y que Europa se arriesga de nuevo, como en el siglo III, a encontrarse sin ningún principio de autoridad.

Un vistazo rápido y profundo a los acontecimientos de los dos últimos siglos, después de este largo estudio sobre la crisis de la civilización antigua, podría quizá aclarar un poco las espesas

tinieblas sobre el porvenir que nos rodean. La Europa cristiana, nacida poco a poco de la catástrofe de la civilización antigua, encontró una solución al problema político que era casi perfecta, en el marco de las ideas religiosas entonces dominantes. Dio un carácter sacro a todos los gobiernos, republicanos o monárquicos, aristocráticos o democráticos, mientras fuesen legítimos, es decir, siempre que debieran su origen a un acto legal de validez indiscutible o que hubieran sido legitimados por el tiempo. La obediencia a esos gobiernos era un deber impuesto por Dios, siempre que esos gobiernos no impusieran alguna cosa contraria a la ley divina. En cuanto a los errores y las faltas de los gobiernos legítimos, no hacía falta, según esa concepción del estado, darles mucha importancia, siempre que no condujeran a una depravación general, porque siendo el propósito supremo de la vida la perfección moral y religiosa del individuo, esta podía alcanzarse independientemente de la perfección del gobierno. Los abusos de los gobiernos perjudicaban mucho más a quienes los cometían que a quienes eran sus víctimas porque estas estaban en paz por sus pérdidas materiales y sufrimientos, mientras que los otros cargaban en su conciencia con un pecado por el que se les pedirían las más severas cuentas.

En esa concepción del gobierno casaban bastante bien el deber de mandar de los jefes, el derecho de los pueblos a ser bien mandados y la necesidad de una cierta tolerancia frente a las faltas de los poderosos. Pero por perfecta que fuera, solo podía mantenerse en el marco de las ideas religiosas entonces dominantes. Y comenzó a desmoronarse ante la ola de incredulidad que recorrió a las clases dominantes de toda Europa después de la Guerra de los Treinta Años, una guerra que, al convertir abiertamente al catolicismo y al protestantismo en armas de una gran lucha política, representó para Europa la primera gran escuela de escepticismo religioso. El siglo XVIII le opuso la concepción filosófica y racionalista que condujo a la Revolución francesa. La autoridad es cosa humana; su origen está en la misma voluntad de quienes la obedecen y estos tienen, en consecuencia, el derecho a controlarla; el verdadero soberano es pues el pueblo; la ley, para ser justa, solo puede expresar la voluntad de este. La teoría era seductora y sedujo al espíritu de un siglo ilustrado, lleno de confianza, que por otra parte estaba descontento por muchas razones con el régimen al que se hallaba

sometido, y al que en el fondo reprochaba, bajo el nombre de tiranía, su debilidad, su espíritu rutinario, su respeto a tradiciones y derechos adquiridos.

La Revolución francesa buscó aplicar el nuevo principio. Pero las dificultades en su aplicación no tardaron en aparecer en cuanto se salió de la teoría. ¿Qué era el pueblo? ¿Cómo se reconocía su auténtica voluntad? ¿Mediante qué órganos podría esta expresarse? Sabemos de las oscilaciones que se manifestaron en la Revolución francesa para responder a todas esas preguntas. Basta seguir las constituciones que se elaboraron en ella en pocos años para ver cuán difícil era la aplicación del principio de la soberanía del pueblo. Unas veces le parece que la expresión verdadera de la voluntad popular es el sufragio universal, otras veces el sufragio doble, otras el sufragio censitario. Por fin, la voluntad popular no se vuelve más que una formalidad para legitimar una dictadura militar basada en la fuerza y ejercida por una autoridad mucho más absoluta que la de la monarquía. Pero esos tanteos se explican fácilmente cuando se vuelve la atención hacia el nuevo soberano que debía reemplazar a los antiguos. El pueblo, cuya voluntad debería gobernar el estado, mostraba que para gobernar solo tenía ideas; a veces mostraba incluso la voluntad de renunciar a su poder y de restablecer las autoridades a las que debería suceder. ¿Se puede dejar al nuevo soberano la libertad de abdicar? La Revolución francesa se debatió por entero en esa contradicción irresoluble, porque, en el fondo, ella era el esfuerzo de una élite, relativamente restringida, contra la voluntad profunda de las masas, hecho en nombre de la soberanía del pueblo.

Igualmente, todos los regímenes basados sobre un principio tan oscilante y poco claro han sido débiles e inestables; incluso la dictadura militar que fue la coronación de todos los esfuerzos de la Revolución. Sostenida por las victorias, se hundió en cuanto la victoria la abandonó. Conmocionada por tantas guerras, desconcertada por la lucha de dos principios de autoridad antagónicos, Europa hizo entonces un gran esfuerzo por conciliarlos y por restablecer un orden duradero. Esa fue la obra del Congreso de Viena y de la Santa Alianza. Mientras el Congreso delibera para reconstituir Europa sobre un principio de legitimidad, es decir, para reconocer como títulos legítimos de autoridad el tiempo y la

adhesión de los pueblos, la mayoría de los grandes estados es de la opinión de que hay que reforzar el principio de legitimidad mediante la concesión de instituciones representativas. La dinastía legítima entra en Francia con la Carta. El emperador de Rusia ambiciona el título de protector de la libertad. El rey de Prusia ha prometido, también él, una constitución a su pueblo. De entre los grandes estados, solo el emperador de Austria permanece fiel a la doctrina absolutista. Las otras grandes monarquías se inclinan, con mayor o menor resolución, por una conciliación de los dos principios políticos, basada en la subordinación del principio nuevo al antiguo. La monarquía permanecerá como principio soberano del estado, las instituciones representativas funcionarán bajo su control, la paz ayudará en esa conciliación. Las ideas revolucionarias habían hecho tambalear las instituciones monárquicas con la ayuda de la guerra. La Santa Alianza será una tregua acordada entre las monarquías de Europa para no facilitar demasiado con sus luchas la tarea de la Revolución.

Pero la conciliación fracasa. En Francia, la dinastía legítima no consigue mantener a la Cámara en la posición subordinada que le asigna la Carta más que con grandes esfuerzos, a pesar de que el parlamento es elegido tan solo por una minoría de ricos. La lucha entre la corona y el parlamento, entre el derecho divino y la soberanía del pueblo, entre la vieja aristocracia y la burguesía, es continua, encarnizada, implacable. Esa lucha, debido al temor que levanta, contribuye a la victoria del partido absolutista en toda Europa, completa a partir de 1821. En todas partes se olvidan de otorgar las constituciones prometidas y el derecho divino triunfa. A su vez, ese triunfo universal del derecho divino actúa sobre Francia donde, con Carlos X, el partido monárquico se impone a ultranza. La lucha entre los dos principios se envenena, hasta que estalla en las jornadas de julio de 1830.

La dinastía legítima es derrocada. El principio de la soberanía popular sale victorioso de una lucha sangrienta que dura tres días. Pero no osa llevar su victoria hasta el final, hasta proclamar la república y coronar al pueblo como soberano del estado. El mismo Lafayette resiste y cuando el duque de Orleans se presenta el 31 de julio en el ayuntamiento para rendir homenaje al pueblo soberano, aparece junto a él en el balcón con una bandera tricolor. Una

camarilla de hábiles parlamentarios, movidos diestramente por un banquero, prepara una nueva conciliación entre los dos principios: la monarquía burguesa o, como la definió el propio Louis-Philippe, un trono rodeado de instituciones republicanas. El rey reconoce que el origen de su autoridad está en el pueblo y en el parlamento que lo representa; el título hereditario es abolido, el derecho electoral se amplía un poco, aunque permaneciendo estrictamente censitario. El pueblo que gobierna Francia está formado por doscientos mil electores. Pero la nueva conciliación no tiene más éxito que la precedente. La contradicción entre el carácter censitario del sufragio y la doctrina de la voluntad popular era todavía tolerable bajo una monarquía legítima. Esta afirmaba ser la autoridad y no reconocía a la voluntad del pueblo más que un papel subordinado de colaboración, por decirlo así. Pero la monarquía burguesa, por el contrario, no era más que una delegación del pueblo y estaba sometida al pueblo por cuya voluntad había sido creada. ¿Cómo podía el pueblo soberano reconocerse en una pequeña minoría de doscientos mil pudientes? Es entre 1830 y 1848, y por reacción contra esa monstruosa contradicción, cuando el sufragio universal se convierte en expresión casi mística de la soberanía del pueblo.

La revolución de 1848 es su gran revancha. Francia derroca la monarquía burguesa y proclama la soberanía del pueblo con una república basada en el sufragio universal; Europa sigue su ejemplo, se alza casi entera contra la monarquía absoluta, exige constituciones. El impulso fue tan grande que todas las monarquías, a excepción de Rusia, fueron obligadas a ceder, incluso en Austria y Prusia. Al igual que en Francia, el sufragio universal es proclamado fuente de toda autoridad en lugar de Dios en casi todos los grandes estados de Europa. Pero se repite entonces, a una escala más amplia, lo que había sucedido ya oscuramente en la época de la Revolución: una vez pasado el primer entusiasmo, el sufragio universal vacila en aceptar el poder supremo, desconfía de sus fuerzas, mira alrededor de sí en busca de apoyos y por fin se vuelve hacia el antiguo principio de autoridad que él habría debido reemplazar, para descargar su responsabilidad sobre este. La Asamblea Nacional, elegida en 1848 por sufragio universal, está compuesta la mitad por partidarios de los antiguos regímenes monárquicos, y la otra mitad se reparte entre una gran mayoría de republicanos improvisados y una pequeña minoría de republicanos

sinceros y fervientes. Su voluntad es tan confusa e incierta, su confianza en su autoridad tan débil, su acción tan poco enérgica, que un gran desorden invade toda Francia. La revolución se encuentra enseguida ante esta paradójica contradicción: el sufragio universal, no obstante ser el soberano, ¿tiene derecho a abdicar de su autoridad suprema en favor de los antiguos regímenes? ¿Se puede o se debe ejercer violencia sobre él para obligarlo a gobernar a pesar de su reluctancia? En las sangrientas jornadas de junio, el ala extrema del partido republicano se levanta contra la Asamblea y el sufragio universal, ¡al que acusa de traicionar a la Revolución! Es derrotada: el sufragio universal permanece en teoría como señor del estado, pero se debilita, se desmoraliza cada vez más ante las crecientes dificultades interiores y exteriores, hasta el día en que, llamado a elegir al nuevo presidente de la república, tiene la idea de darse a sí mismo, mediante el sombrero y la espada de Napoleón, el aire y el aspecto de un auténtico soberano. Después de ese día, la suerte de la República está echada: el sufragio universal no servirá muy pronto más que para legitimar, mediante una consulta teórica, a una monarquía militar, fundada por un golpe de estado sobre el prestigio de un nombre. El mismo drama se desarrolla más rápidamente y de forma más simple en Alemania. Apenas elegido por sufragio universal, ¿qué es lo que busca el parlamento de Fráncfort? Un emperador para toda Alemania. Solo aspira a reemplazar, en lo sacro, al papa de la Edad Media por un nuevo emperador. El parlamento se dirige al emperador de Austria, al archiduque Jean, al rey de Prusia, y cuando ve que todos sus llamamientos son inútiles, se deja disolver sin resistencia, como si ya no tuviera nada que hacer.

De igual modo, la revolución de 1848 fracasa en todas partes. La soberanía del pueblo no dura más que un instante. Constituciones tímidas y desconfiadas, que subordinan las instituciones representativas al poder monárquico, como en la Carta de Luis XVIII: eso es todo lo que queda en los países en los que el absolutismo no ha logrado, como sucede en Austria, retirar todas las concesiones hechas. El fracaso es tan grande, que los partidos y las doctrinas democráticas quedarán desmoralizados durante tres generaciones. Pero el principio victorioso, el derecho divino, no resulta menos debilitado por su victoria de lo que queda el principio vencido por su derrota: he ahí el contrasentido trágico de 1848, que

es la clave de toda la historia de Europa hasta la guerra mundial. El principio victorioso no solo estaba debilitado por las concesiones que había tenido que hacer ante la amenaza de la revolución y por las instituciones parlamentarias adoptadas después de 1848 en casi todos los grandes estados de Europa, sino también por las discordias surgidas entre las grandes y las pequeñas monarquías europeas. La revolución de 1848, si bien no desarraigó la monarquía del suelo de Europa, sí que había roto la Santa Alianza y la tregua entre las monarquías. Gobernada por el sobrino de Napoleón, Francia ya no podía formar parte de un sistema que había sido organizado contra la familia del nuevo emperador: el pequeño rey de Cerdeña se había atrevido, en 1848, el primero de todos, a romper los tratados de 1815, declarando la guerra al imperio austriaco; el parlamento de Fráncfort, aunque no había encontrado un emperador, logró despertar las sospechas y la desconfianza entre Prusia y Austria al ofrecer su corona al rey de Prusia; enseguida la guerra de Crimea enemistará para siempre a los Habsburgo y a los Romanoff. El acuerdo entre las tres grandes cortes del norte, que era, dentro del sistema de la Santa Alianza, el fundamento del poderío monárquico en Europa, se rompe para siempre; Europa queda en cierto modo librada a sí misma en medio de un desorden inquieto, lleno de discordias. Vittorio Emanuele II y Cavour son los primeros que aprovechan ese desorden y esas discordias. Explotando la envidia y la desconfianza que el restablecimiento del imperio ha hecho nacer entre Francia y Austria, consiguen arrastrar a Napoleón III a una guerra contra el imperio de los Habsburgo. Enarbolando la bandera liberal y constitucional, consiguen provocar, a partir de la batalla de Solferino, un amplio movimiento en toda la península, lo que les permite reunirla en un solo estado. Las pequeñas cortes absolutas son reemplazadas en Italia por una única monarquía constitucional. Pero los acontecimientos en Italia no habrían bastado por sí mismos para sacar a Europa de su estado de incertidumbre y trastorno, si el Piamonte no le hubiera abierto camino a Prusia. En un golpe de una fantástica temeridad, Bismarck consigue resolver en beneficio de Alemania y del principio monárquico la incierta situación creada en toda Europa por la revolución de 1848. Aprovechándose de la discordia que la revolución de 1848, la guerra de Crimea, la guerra de Italia y la revolución en Polonia han hecho nacer entre Austria y Rusia, entre Rusia y Francia, entre Francia e Inglaterra, y sirviéndose del ejército prusiano reorganizado y de la doctrina

revolucionaria del sufragio universal, logra, contra la voluntad del parlamento prusiano, derrotar a Austria y crea la Confederación del Norte bajo hegemonía prusiana; lanza a esa confederación contra Francia y funda así el imperio alemán, con un jefe por derecho divino y un parlamento elegido por sufragio universal.

Bismarck parece haber resuelto el problema que Luis XVIII y Carlos X no habían podido resolver: hacer colaborar al principio monárquico y al principio democrático, subordinando este a aquel. Durante cuarenta años, Alemania ejecutó con éxito el plan político que había hecho caer en Francia, en 1830, a la dinastía legítima. Esa es la razón por la que la guerra de 1870 les pareció a los partidos conservadores del mundo entero una revancha de la monarquía contra la revolución de 1848, el gran triunfo del principio monárquico. Las instituciones parlamentarias se generalizan, solo Rusia se resiste hasta 1905, la base de las instituciones electivas se vuelve cada vez más amplia. Incluso el imperio austriaco adopta al fin el sufragio universal. Las ideas republicanas van decayendo; Francia está aislada desde el punto de vista político, y si bien consigue, mediante esfuerzos tenaces y continuos, organizar una república basada en el sufragio universal y en la opinión pública, se queda sola entre las grandes potencias de Europa. La rodea también una gran desconfianza. Y no cabe duda de que si puede proseguir con relativa tranquilidad en su ambicioso esfuerzo es porque se beneficia de la solidez del orden general, asegurado en toda Europa por el poderío monárquico. La monarquía parece haber obtenido la victoria definitiva en su gran lucha contra las doctrinas democráticas comenzada en 1789.

Pero es de nuevo una ilusión. El acuerdo entre las tres grandes cortes del norte, Berlín, Viena y San Petersburgo, base del poder del principio monárquico, se rompe para siempre. Todos los esfuerzos hechos por Bismarck para restablecerlo, fracasan. Rusia termina por aliarse con Francia. Los ejércitos de conscriptos, regalo envenenado hecho por la revolución a las monarquías, crecen sobre todo en Alemania y en Rusia. El prestigio del principio monárquico aumenta con esos nuevos ejércitos de Jerjes, a cuyo mando hay tantos reyes y emperadores. Pero nadie sospecha que un poderío demasiado grande puede resultar más peligroso que la debilidad. Al final, el sistema monárquico de Europa reposaba enteramente sobre la

hegemonía de Alemania, y esa hegemonía no se podía mantener por mucho tiempo más que mostrando que la fuerza que la había fundado era todavía tan preponderante como en 1870 o más aún. ¡Tarde o temprano habría de llegar el día en que Alemania tendría que dar prueba de ello al mundo! Llegado ese día, Alemania y Austria atacaron a Rusia con los inmensos ejércitos que el servicio militar obligatorio y el progreso de la industria les habían permitido organizar. Nace así una guerra ilimitada en la que Austria y Alemania destruyeron Rusia, y al destruirla se suicidaron. La revolución rusa, por el ejemplo y por el vacío que creó en el flanco de los imperios centrales, y la guerra ilimitada, por el atroz agotamiento de todas las energías de los dos países, provocaron la revolución alemana y la revolución austriaca. La caída de los Habsburgo y de los Hohenzollern, tras la de los Romanoff, fue el hundimiento final del principio monárquico, es decir, ¡del principio de autoridad que dominaba la mayor parte de Europa!

Y he aquí que Europa se encuentra, a inicios del siglo XX, en la situación en que estaba el imperio romano a comienzos del siglo III: entre dos principios de autoridad igualmente impotentes, o sea, sin principio alguno para gobernar. La gran lucha contra el principio democrático, comenzada en 1789, parece haber cesado con la ruina de los dos adversarios. El principio monárquico está muerto. Ya tambaleante por la incredulidad, el racionalismo, las doctrinas igualitarias, las guerras y las revoluciones de un siglo, ha sido arrancado de raíz por la guerra mundial. Todavía hay aquí y allá tronos en Europa, como rocas que sobresalen en el diluvio, pero quienes los ocupan no son reyes, sino sombras. Europa podrá asistir todavía a restauraciones parciales, pero esas restauraciones no serán más que apaños y componendas políticas, ¡que durarán lo que duren esas componendas! El respeto, la admiración, la confianza casi religiosa en ese principio están muertas por mucho tiempo. La catástrofe que las ha matado es demasiado terrible. Pero el principio opuesto, aquel que debería beneficiarse de la catástrofe del principio monárquico, ¿está realmente reemplazándolo? Bien que podemos dudarlo. En la civilización occidental hay tres gobiernos que reposan verdadera y exclusivamente sobre el principio de soberanía del pueblo: los de Suiza, Francia y Estados Unidos. Suiza no es solo un país pequeño, sino que, incluso como país pequeño, se encuentra en condiciones muy especiales: no

puede pues servir de ejemplo más que de una manera muy limitada. Estados Unidos ha demostrado que las instituciones democráticas pueden gobernar incluso un inmenso continente, pero lo han demostrado en América. Y América no es Europa. Francia es un gran estado de Europa, gobernado por la democracia, pero solo consiguió organizar las instituciones democráticas mediante un esfuerzo tenaz y a veces terrible que duró más de un siglo, en medio de una Europa entonces sólida y tranquila, y sacrificando a ese supremo objetivo otros bienes e intereses preciosos. Nada semejante se encuentra en los países que han improvisado tantas repúblicas entre 1917 y 1918. Estos han adoptado, de un día para otro, instituciones que habían sido despreciadas hasta entonces, basadas en principios desacreditados a sus ojos desde 1848 por los acontecimientos y por una hábil propaganda. ¿Qué fe pueden tener en esos principios? La república democrática no es para esos pueblos más que una improvisación más allá de la cual solo hay la dictadura brutal de la fuerza.

Rusia es la prueba. La república democrática ha durado allí ocho meses, de marzo a noviembre de 1917. En el mes de noviembre de 1917, el pueblo soberano, después de haber reinado brevemente, fue desposeído por la dictadura del Partido Comunista o, para ser más exactos, de la pequeña oligarquía que domina ese partido. Una de sus primeras hazañas fue disolver la Constituyente; tras lo cual ha comenzado una encarnizada campaña contra los principios democráticos de Occidente, oponiendo a la democracia burguesa la doctrina de la dictadura del proletariado, que no es más que una justificación preventiva de un régimen de absolutismo. En Hungría, la república cayó en menos de un mes bajo la dictadura del proletariado, para volver a caer de nuevo bajo una dictadura militar que todavía la gobierna. En Alemania, la república se debate penosamente con impotencia en medio de dos oposiciones extremas, que la atacan con creciente energía desde derecha e izquierda. En todas las otras repúblicas de formación reciente hay la misma incertidumbre. Al mismo tiempo, la confusión y el desorden alcanzan a las monarquías que todavía resisten intentando asemejarse lo más posible a las repúblicas: en Italia, Rumanía y Serbia.

Tal parece ser el gran peligro que amenaza en este momento a la

civilización occidental. Salvo Francia y Suiza, el resto de Europa continental ya no ve claramente cómo puede y debe gobernarse. Ha dejado de creer en un principio de autoridad universalmente respetado y, en la gran incertidumbre en la que está hundida, se deja seducir fácilmente por delirios revolucionarios y arrastrar a locas aventuras. La guerra mundial ha dejado muchas ruinas, pero ¡qué poco representan todas juntas en comparación con esta destrucción de cualquier principio de autoridad! Si Europa tuviera gobiernos con una cierta fuerza y una autoridad reconocida, el trabajo de reconstrucción sería fácil y rápido con los formidables medios de que dispone la civilización occidental. Pero arruinada por la guerra, hundida en una miseria profunda, enfrentada a toda clase de dificultades políticas, económicas, militares y diplomáticas engendradas por la guerra, y sin gobiernos que sean capaces de gobernar, la mayor parte de Europa podría caer perfectamente en una larga anarquía. Lo que sucederá entonces en Europa lo podemos adivinar en la historia de los siglos III y IV. El principio de autoridad es la piedra angular de todas las civilizaciones, y cuando el sistema político se deshace en la anarquía, la civilización se descompone rápidamente a su vez.

Es por eso que he recordado un poco extensamente a los contemporáneos esa trágica página de la historia antigua. Tres países se hallan hoy en una situación relativamente mejor: Estados Unidos, Inglaterra y Francia. Han vencido la guerra, aunque a un precio terrible; son más ricos que los otros y tienen gobiernos que todavía funcionan en medio de la anarquía general. Sobre todo Francia parece, desde ese punto de vista, favorecida. Se dispone a recoger el fruto de su largo trabajo de un siglo porque tiene la suerte de disponer de un gobierno democrático que funciona en este extraño momento de la historia en que el gobierno democrático es el único posible, aparte de la dictadura y de la tiranía, pero no funciona en ninguna parte. No obstante, esta es la razón por la que esos países deben servirse de sus riquezas, de su fuerza y del orden relativo que reina en ellos, para ayudar a los otros países a reconstituir el estado y la riqueza sobre las únicas bases posibles. ¡Que no se dejen seducir por la ilusión de poder aislarse en medio de la anarquía desbordante! Esa anarquía producirá una desorganización general de la civilización en dos tercios de Europa, que no tardarán en ser engullidos por un inmenso vacío. Europa se

salvará entera o perecerá toda. El peligro es tan grande y general que una crisis de anarquía sería, desde cierto punto de vista, todavía más temible en nuestra época que en el siglo III. En aquel siglo, el estado y la civilización se desorganizaron en el seno de dos creencias religiosas, el paganismo y el cristianismo, que ponían un límite a la anarquía intelectual y moral e, indirectamente, a la anarquía política. Todo hombre tenía entonces al menos un cierto número de ideas y de principios que permanecían inquebrantables en su espíritu, incluso si el universo entero se derrumbaba. Pero la anarquía política que podría desencadenar hoy la caída de todos los principios de autoridad en Europa vendría a sumarse a la más completa anarquía intelectual que Europa haya conocido nunca. Cada partido o grupo que, en los sobresaltos de esa anarquía, se apoderara del poder por un día, se creería con el derecho a rehacer, sobre principios nuevos, el mundo entero: el estado, la moral, la estética, la familia, la propiedad. ¡Cuánto desorden podría nacer de esas tentativas! Rusia nos lo muestra.

Sería juicioso considerar sobre todo desde ese punto de vista los acontecimientos que agitan Rusia desde hace tres años. Eso enseñaría a una civilización llena de ilusiones sobre su fuerza y segura de su solidez cuáles pueden ser las consecuencias lejanas del hundimiento de un principio de autoridad en una época que ya no tiene disciplina intelectual alguna.